

Orestes: En la versión original, la numeración de los capítulos tiene dos fallas, así que no la tomes como modelo. (Esta nueva versión da un capítulo de menos).

Por otra parte, cada capítulo empieza en página aparte, par e impar. No puse los saltos porque mi máquina tiene problema para reconocer los saltos de página que agregó el escaneado. Trataré de solucionarlo para el próximo libro.

m.

ADOLFO BIOY CASARES

LA AVENTURA DE UN FOTÓGRAFO EN LA PLATA

I

Alrededor de las cinco, después de un viaje en ómnibus, tan largo como la noche, Nicolasito Almanza llegó a La Plata. Se había internado una cuadra en la ciudad, desconocida para él, cuando lo saludaron. No contestó, por tener la mano derecha ocupada con la bolsa de la cámara, los lentes y demás accesorios, y la izquierda, con la valija de la ropa. Recordó entonces una situación parecida. Se dijo: “Todo se repite”, pero la otra vez tenía las manos libres y contestó un saludo que era para alguien que estaba a sus espaldas. Miró hacia atrás: no había nadie. Quienes lo saludaron repetían el saludo y sonreían, lo que llamó su atención, porque no había visto nunca esas caras. Por la forma de estar agrupados, pensó que a lo mejor descubrieron que era fotógrafo y querían que los retratara. “Un grupo de familia”, pensó. Lo componía un señor de edad, alto, derecho, aplomado, respetable, de pelo y

bigote blancos, de piel rosada, de ojos azules, que lo miraba bondadosamente y quizá con un poco de picardía; dos mujeres jóvenes, de buena presencia, una rubia, alta, con un bebe en brazos, y otra de pelo negro; una niña, de tres o cuatro años. Junto a ellos se amontonaban valijas, bolsas, envoltorios. Cruzó la calle, preguntó en qué podría servirles. La rubia dijo:

–Pensamos que usted también es forastero.

–Pero no tan forastero como nosotros –agregó riendo la morena– y queríamos preguntarle...

–Porque hay que desconfiar de la gente pueblera, más que nada si uno deja ver su traza de pajuerano –explicó el señor con gravedad, a último momento atenuada por una sonrisa.

Almanza creyó entender que por alguna razón misteriosa todo divertía al viejo, sin exceptuar el fotógrafo de tierra adentro, que no había dicho más de tres o cuatro palabras. No se ofendió.

La morena concluyó su pregunta:

–Si no habrá un café abierto por acá.

–Un lugar de toda confianza, donde le sirvan un verdadero desayuno –dijo el señor, para agregar sonriendo, con una alegría que invitaba a compartir–. Sin que por eso lo desplumen.

–Lamento no poder ayudarlos. No conozco la zona. –Tras un silencio, anunció–. Bueno, ahora los dejo.

–Yo pensé que el señor nos acompañaría –aseguró la morena.

–Yo quisiera saber por qué trajimos tantos bultos –protestó la rubia.

Entre las dos no atinaban a cargarlos.

–Permítame –dijo Almanza.

–Le voy a encarecer que nos acompañe –dijo el señor, mientras le pasaba los bultos, uno tras otro–. El pueblero, y peor cuando se dedica al comercio, es

muy tramposo. Hay que presentar un frente unido. A propósito: Juan Lombardo, para lo que ordene.

–Nicolás Almanza.

–Una auspiciosa coincidencia. ¡Tocayos! Mi nombre completo es Juan Nicolás Lombardo, para lo que ordene.

Almanza vio semblantes de asombro en la rubia, de regocijo en la morena, de amistosa esperanza en don Juan. Éste le tendía una mano abierta. Para estrecharla, se disponía a dejar en el suelo los bultos recién cargados, cuando la muchacha de pelo negro le dijo:

–¡Pobre Papá Noel! Miren en qué situación lo ponen. Ya va a tener tiempo de darle la mano a mi padre.

El grupo se adentró en la ciudad. Don Juan, con paso enérgico, marchaba al frente. Se rezagaba un poco Almanza, estorbado por la carga, pero alentado por las muchachas. La niñita, durante las primeras cuadras pidió algo que no consiguió, por lo que finalmente agregó su llanto al del hermano. Como quien despierta, Almanza oyó la animosa voz de don Juan, que anunciaba:

–Aquí tenemos un local aparente, salvo mejor opinión de nuestro joven amigo.

Se apuró en asentir. Estaban frente a un café o bar cuyo personal, en ropa de fajina, baldeaba y cepillaba el piso, entre mesas apiladas. A regañadientes les hicieron un lugar y por último les trajeron cinco cafés con leche, con pan y manteca y medias lunas. Comieron y conversaron. Se enteró entonces Almanza de que don Juan era, o había sido, mayordomo de una estancia de Etchebarne, en el partido de la Magdalena, y que tenía un campito en Coronel Brandsen. Supo también que la rubia, madre de las dos criaturas, se llamaba Griselda. La morena, que se llamaba Julia, le anunció que a ellos los esperaban en una casa de pensión, que ofrecía todas las comodidades a precios

razonables, muy recomendada por pasajeros acostumbrados a lo mejor. Por su parte opinó don Juan:

–Le hago ver, hijo mío, que si se viene con nosotros, la ganancia es de todos. Pondré mi empeño, como si usted fuera de la familia, para que los patrones le ofrezcan una comodidad para salir de apuro.

Estas palabras recibieron el apoyo de las dos mujeres.

–De veras agradezco, pero ahora es imposible –afirmó–. Tengo reservada una pieza en la pensión donde para un amigo.

El descanso, la comida, la conversación trajeron un bienestar general, perturbado al rato por el llanto del bebe, tan tesonero que bordeaba lo insoportable. Así debió de pensar Griselda, porque de repente dijo:

–Con el perdón de todos.

Descubrió un pecho notablemente redondo y rosado y se puso a alimentar al hijo.

II

Acompañó a sus nuevos amigos hasta la pensión, que según se enteró después quedaba en 2 y 54, y les llevó el numeroso equipaje a la pieza, en el piso alto, para lo que debió subir y bajar varias veces la escalera. En ese ir y venir no se cansó de admirar unos vitrales, con figuras de colores vivos. Presintió que la otra pensión, donde le había reservado una pieza el amigo Mascardi, no le iba a gustar tanto. Lo que en ésta menos le gustaba era un olor, tal vez a cocina o a despensa, no sabía a qué, ni fuerte ni muy repulsivo, que parecía estar en toda la casa.

Aunque los Lombardo porfiaban en retenerlo, se despidió porque se le hacía tarde. Mientras lo acompañaban hasta la puerta, las mujeres le dijeron que no fuera ingrato, que las visitara pronto. Retumbó entonces un grito desgarrador. Después de un corto silencio oyeron la voz de don Juan, que entre quejidos llamaba a sus hijas. Griselda corrió escaleras arriba. Antes de seguirla, Julia dijo:

–Todavía no se vaya. No nos deje en este momento.

Almanza conversó con la patrona y con algún pensionista. Se preguntaban qué pasaba. Al rato volvió Griselda, muy nerviosa.

–Hay que llamar a un médico –dijo–. Mi padre está mal.

La patrona preguntó:

–¿Médico? Yo me manejo con el Centro Médico. Si quiere, llamo. Vienen en seguida.

–Llame, llame.

La conversación telefónica de la patrona fue continuamente interrumpida por Griselda, que indicaba:

–Repita que está mal. Que tuvo un vómito de sangre. Que hay que hacerle una transfusión.

Se fue Griselda, llegó Julia y preguntó:

–¿Queda lejos el Centro Médico?

La patrona dijo:

–A la vuelta, a unas cuadras de aquí. Vienen en seguida.

–Voy allá.

–Voy yo –dijo Almanza.

–¿No se perderá?

–No, si me dan las señas.

–Es fácil –aseguró la patrona–. Seis cuadras a la derecha, una a la izquierda, otra a la derecha. No puede perderse.

Sin pensar más, Almanza corrió a la calle. Contaba en voz alta las cuadras. Al cabo de la octava se encontró con una ambulancia que salía de un caserón. Levantó una mano, para detenerla y preguntó si iban a 54 y 2. Le dijeron que sí.

–Venía a buscarlos –dijo–. ¿Me llevan?

En la ambulancia había dos hombres. El que manejaba, vestido de enfermero, y el acompañante, de ropa casi igual, que debía de ser el médico. Cuando estaban por llegar, el médico le preguntó:

–¿Hepatitis? ¿Alguna enfermedad infecciosa, que recuerde? ¿Secretas?

–El enfermo es otro. Un señor mayor, don Juan Lombardo. Un amigo.

–Lo que pregunto es si usted tuvo hepatitis. ¿Infecciosas? ¿Secretas?

–¿Yo? Ni por casualidad.

Ya en la escalera de la pensión, el médico le dijo:

–Usted no se me vaya.

Almanza le señaló la habitación de los Lombardo. Diciendo “Permiso, permiso” para apartar a los pensionistas, el médico entró y cerró. Como la espera se alargaba, Almanza empezó a desear que la puerta se abriera, que Julia se asomara y dijera que su padre estaba perfectamente. Tanta voluntad había puesto en el deseo, que al abrirse la puerta pensó que era por obra suya. Quien apareció no fue Julia, sino el médico, que salió diciendo como para él mismo:

–Perfecto, perfecto. –De pronto fijó los ojos en Almanza y le dijo: –Estaba pensando en usted.

Con satisfacción notó que le daban importancia. Preguntó:

–¿Puedo ayudar?

–Puede.

–¿Qué debo hacer?

–Se arremanga un bracito.

Obedeció.

–¿Y ahora?

–Le doy un pinchacito.

El médico puso en una placa de vidrio un poco de sangre que había sacado.

–¿Ya está? –preguntó Almanza.

–Hoy es mi día de suerte. ¡El mismo grupo! ¿Se da cuenta?

–La verdad que no, doctor.

–Los dos tienen el mismo grupo: A, positivo. La sangre más común y silvestre que se puede pedir. Por favor, venga para acá, en seguidita.

–¿Dónde?

No podía creer que lo llevaran a la pieza del enfermo. El médico le decía por lo bajo:

–¿Está del todo seguro que nunca se pescó unas lindas purgaciones?

Entiéndame bien: no es el momento de andar con tapujos. Por amor propio o por simple vergüenza no le haga al pobre viejo semejante regalito.

A esa altura de la conversación había comprendido de qué se trataba. Nunca había dado sangre, pero tenía conocidos que lo hicieron, sin que se les notara después el menor perjuicio; de modo que no se preocupó. La parte más fea de aquella transfusión fue el hedor de la pieza, bastante raro, y el aspecto del viejo, con ojeras francamente marrones, pálido como difunto. El viejo se las arregló para sonreír y comentar:

–Yo sabía que Almanza no iba a fallarnos.

III

Pareció entonces que la culminación del suceso hubiera sido la reacción favorable de don Juan y la succulenta merienda que le sirvieron a Almanza en el café contiguo. Las hermanas Lombardo insistieron en acompañarlo, porque no querían que pasase por alto este segundo desayuno. Explicaron:

–Tiene que reponer fuerzas.

Tan agradecidas se mostraban que para agasajarlo debidamente dejaron solo al enfermo. Se despedían cuando entró la patrona de la pensión.

–¿El señor es el señor Almanza? –preguntó–. El señor Lombardo le pide que antes de irse tenga a bien subir un minuto a su pieza.

Almanza acudió. El feo olor prácticamente había desaparecido; lo reemplazaba, eso sí, el vago aroma propio de la casa. A lo que pudo ver, el señor Lombardo estaba más animoso. En cuanto a él sintió una momentánea sensación de malestar, como si faltara el aire. Atribuyó el hecho a su disgusto porque era tarde y por seguir demorándose. Pensó: “Es una vergüenza... Por lo menos si pudiera abrir la ventana, para que entren la luz y el aire de afuera”.

Don Juan lo llamó:

–Atráquese a mi cama. Usted me salvó la vida, así que yo le debo una explicación. Cuando se le dijo que lo saludamos por tomarlo por forastero, faltamos a la verdad. No se me enoje ahora, que va a oír la explicación prometida. Maliciamos que era forastero, pero a qué negarlo, yo lo encontré enteramente parecido a mi hijo. Las chicas no me desmintieron.

–¿Vive ese hijo suyo?

–¿Ventura? Nos han llegado noticias de que no.

–¿Dónde se encuentra?

–Para el corazón de este enfermo, aquí, junto a la cama. No lo tome a mal, ni piense que soy un viejo trascordado. Si me confundo es adrede y usted permitirá que en mi tribulación lo trate de hijo. El otro no sé por dónde anda. Hará cosa de siete años, de la noche a la mañana, se fue de la casa de sus padres.

–¿Sin motivo valedero?

–Con motivo, pobre muchacho. Es lo que más duele. Yo seré un viejo lleno de mañas, pero siento el dolor como cualquiera. Hubo una desavenencia, le levanté la mano, todo por una futesa que no merecía tanto disgusto. Quiero decir que entonces yo no veía por qué al muchacho le cayó tan mal.

–¿Qué le cayó mal?

–Si no me explico debidamente, usted no me va a entender.

Dijo don Juan que él siempre había sido franco y abierto para la gente que lo quería, pero malo como el ají para los que le llevaban la contra. Confesó que por aquella época amigaba con una viuda. El hijo de la viuda se metió a vendedor de seguros y ella le encareció que le comprara al muchacho un seguro de vida, para apuntalarlo en el conchabo.

–Sobre mi propia vida, ni hablar, porque soy supersticioso –continuó–. Mi pobre señora ya andaba muy decaída, así que venía a quedar eliminada, porque las primas o como las llamen iban a estar por las nubes. Pensé: “¿Quién más aparente que Ventura? Un muchacho en la flor de la edad”. Al principio la operación me salió bastante acomodada. En dinero nomás, porque en aflicciones ¡ni me hable! Vaya uno a saber qué dio en figurarse Ventura, sobre aquel seguro. Que yo tenía noticias de alguna misteriosa enfermedad suya, mortal a corto plazo. O todavía peor: me prestaba tal vez una intención aviesa, que no quiero pensar. Hasta las más altas horas duró la controversia

con mi pobre hijo. Al día siguiente no estaba por ninguna parte. Nunca volví a verlo.

Almanza temió que don Juan tuviera una recaída, porque parecía cansado, a punto de sofocarse. El recuerdo de la discusión de esa noche terrible tal vez fue demasiado doloroso para ese viejo que salía de una descompostura. Don Juan continuó:

–Ya no quiero hablar de aquel hijo. Me atribuyó designios por demás infames. Por suerte ahora tengo otro, que me salvó la vida.

La mano que apretó el brazo de Almanza no parecía la de un hombre enfermo y débil. Era una garra.

Como pensando en voz alta don Juan dijo:

–Ni siquiera sé que esté vivo o esté muerto. Lo más probable es que esté muerto, pero eso no basta para cobrar el seguro.

IV

Cuando pasó frente al hotel La Pérgola, pensó: “Antes de irme voy a fotografiarlo. Me gustaría parar ahí”. Al doblar por 43 divisó a su amigo Lucio Mascardi, a mitad de cuadra, recostado contra el marco de una puerta. Hasta que Almanza llegó a su lado, Mascardi no dio señales de verlo. Entonces dijo:

–Pensé que no venías.

–Te voy a explicar.

–No expliques.

–Me puse a conversar con una familia, gente de Brandsen. Tomamos el desayuno y cuando los acompañé a la pensión querían conseguirme una pieza, para que me quedara con ellos.

–Estaría bueno, después de volcar mi influencia para meterte acá.

–No sabés todo lo que me pasó.

–No te vas a excusar conmigo... Encontrar hospedaje en La Plata no es nada fácil. Las pensiones están, lo que se dice, al tope. El único arreglo posible fue poner una segunda cama en mi pieza, que es bastante grande.

–No quiero estorbar.

–¿Cómo se te ocurre? ¿No somos amigos de toda la vida?

Por el zaguán entraron en un patio al que habían techado con una claraboya, para convertirlo en sala. A ese patio, o sala, daban media docena de puertas de dos hojas, altas y angostas, con un numerito arriba, en una chapa ovalada, blanca, con persianas de madera pintadas de gris. El piso era de baldosas coloradas. Había dos o tres alfombritas viejas, por aquí y por allá, y una mesa de mimbre, sillones desvencijados, plantas en macetas, un reloj de péndulo. En comparación, la pensión de la familia Lombardo parecía imponente y rumbosa, con aquellos vistosos vidrios de colores. Se felicitó de que no lo convencieran los Lombardo, porque en una pensión de tanto lujo quién sabe con qué extras iban a salir. Eso sí, cuando le llegara la última paga, se mudaría allá por unos días, para pasarlos a cuerpo de rey.

El crujido de un gozne los detuvo. De la primera puerta, a contar por la izquierda, salió una mujer robusta, ni vieja ni joven, de pelo negro, de piel blanca, de labios rojos, mojados, que parecía “una monja de civil” y que, según dijo Mascardi, “antes de apersonarse los había espiado por la ventana que hay en la pared”. Mascardi habló con aplomo:

–Doña Carmen, le presento a su nuevo pensionista, el señor Almanza.

Tras examinar en silencio al nombrado, la patrona dijo:

–Perfectamente. Voy a hablar claro con el señor. Primer punto: a esta casa no me trae mujeres. Si un día llega su señora madre, vaya y pase; pero no se me venga con la hermanita, ni con la prima ni con la tía, bajo ningún concepto. Sepa bien que desde la ventanita de mi pieza lo estoy espiando. ¿Queda bien sentado, entonces, que ésta es una casa decente?

–Desde luego, señora.

Taconeando en las baldosas doña Carmen se dirigió a la única puerta entreabierta (tenía el numerito 4, en la chapa de arriba) y, con un amplio movimiento de brazos, la abrió de par en par. Se volvió, anunció:

–¡La pieza! –Después de un silencio agregó en voz más baja: –Con nuestra mataca adentro.

–Aymará, señora –protestó la muchacha.

–Da lo mismo. Contraída, como corresponde, a su obligación: limpiar, barrer. En mi casa todo brilla. Como en los grandes hoteles internacionales, no bien el pensionista sale, la mataca entra, para limpiar y poner orden.

–Ya terminé, señora –dijo la muchacha.

Ágilmente recogió el balde y demás menesteres de trabajo, mostró una amplia sonrisa que no alegraba sus ojos, saludó y se metió en otra habitación.

–La tengo en la mira –explicó Mascardi, en un susurro.

La patrona reclamó la atención de Almanza:

–En materia de electricidad, no me cambia una bombita por otra de más fuerza, ni me enchufa nada. ¿Se molesta al baño conmigo?

–Como ordene, señora.

–Entre y mire con sus propios ojos. ¿Toma debida nota de la limpieza? Quiero que los pensionistas me la cuiden. Así que nada de ensuciar afuera. ¿Entendido?

–Entendido.

–Le voy a encargar al cerrajero su llave de la puerta de calle. Óigame bien: el pensionista que vuelve después de las once de la noche me cierra la puerta con llave.

–Pierda cuidado, señora.

Doña Carmen respondió:

–Una patrona nunca pierde cuidado.

V

Ya en el cuarto, arrimó los bultos a su cama y se dejó caer. Mascardi, sentado en la otra cama, dijo:

–Si yo fuera vos, ordenaría ahora mismo las cosas y pondría tus valijas con las mías, detrás del biombo.

El biombo, que parecía de papel, era blancuzco o grisáceo, con pescadores en botes, en un lago, rodeado de serranías, por las que volaban cigüeñas.

–Brava, la señora.

Mascardi contestó:

–Conmigo, mansita, mansita. Claro que soy de la policía y quién te dice que la vieja no me tenga su respeto. No te preocupes: a vos también te va a respetar.

–Creí que estudiabas para abogado.

–Me cansé. Quién te dice que un día no me anote de nuevo. Hoy por hoy revisto en el cuerpo de custodias. Un trabajo que no es para mí, pero le encontré la vuelta. No me paso las guardias durmiendo, ni pegado a la radio, como los compañeros. Yo estudio, oíme bien, yo estudio para pesquisa, tira o

detective, como más rabia te dé. A lo mejor abrigo el sueño de ser un personaje

legendario, un Sherlock Holmes, un Viancarlos, un Meneses, vaya uno a saber. Estudio interrogatorios, seguimientos, un poco de todo. Porque todo tiene su técnica. No te olvides que en esta profesión la terquedad, la curiosidad, el amor propio, que a mí nunca me faltaron, pagan jugosos dividendos.

Tal vez por la transfusión, por las agitaciones de esa mañana y por el viaje, Almanza entendía a medias y dejaba entrever algún cansancio. Mascardi le preguntó:

–¿Qué pasa? Te noto, no sé cómo explicarme, apagado, triste. No me digas que la perorata de la patrona te amargó.

–¿Por qué iba a amargarme?

–Por la entrada prohibida a las mujeres. ¿Te digo lo que pienso? Para gente como vos y yo es una ventaja. La mujer cargosa, que nunca falta, no te molesta. Uno entra en la pensión y está a salvo. Afuera disponemos de la Organización Mascardi.

No quedó otro remedio que preguntar qué era eso. Mascardi explicó que él conocía a unos estudiantes, que tenían un departamento. En La Plata, en los departamentos de estudiantes, vivían hasta cinco o seis. Como regla general, una vez por semana los visitaba una mujer.

–Hay otra regla importante que debes grabar en la memoria. En todo departamento, el que presta la cama se reserva el primer turno.

Mascardi agregó que tampoco faltan mujeres que por la noche se ofrecen desde la vereda, “a grito pelado”. como dicen los estudiantes chilenos.

Mirándolo inexpresivamente Almanza comentó:

–La verdad que te has vuelto mujeriego.

–¡Basta de hablar! –dijo Mascardi–. Si hablo mucho, como hoy, a esta hora ¡me viene un hambre! Te propongo que festejemos tu llegada con el famoso puchero de un restorancito de acá a la vuelta.

Cuando salían, se cruzaron con la muchacha, que les dijo:

–Si van a comer, buen provecho.

–Agradecido, señorita –respondió Almanza.

Mascardi lo miró con expresión vaga, como si estuviera pensando en otra cosa, y preguntó:

–¿Me dijiste mujeriego por ésta? Sin más te aclaro que en la materia no soy orgulloso.

Recostada en la puerta de calle, del lado de afuera, vieron a una señora de pelo castaño, de cara juvenil, blanca y rosada, de cuerpo casi robusto.

Almanza murmuró:

–Con su permiso.

La mujer se hizo a un lado. Pasaron y saludaron.

–la señora Elvira, la esposa del inspector de estaciones de servicio de Y.P.F. –explicó Mascardi–. Ya se cansó doña Carmen de hacerle ver que una señora, parada en la puerta, da a la pensión una apariencia de conventillo. Semana tras semana el marido está ausente en sus viajes. La pobre lo quiere con locura y se pasa las horas en la puerta, en la esperanza de verlo llegar. Para mí que piensa que si por un minuto ella se descuida, el marido no vuelve.

Pasadas las doce almorzaron en un restaurante que venía a quedar en 44 y 117, donde cocinaba la patrona y atendía el patrón. La entrada era algo oscura; el salón estaba en desnivel; había que bajar uno o dos escalones. Comieron puchero de falda.

–No cargan los precios y te dan comida casera. Casi toda la concurrencia es de estudiantes –aseguró Mascardi–. Si alguien viene a conversar con nosotros, ni te acuerdes que soy de la policía. Este elemento mira con malos ojos al chafe.

–Los que te conocen ¿por qué van a desconfiar?

–Es gente muy quemada. Te digo más: el sector estudiantil está infiltrado por espías de toda laya. –Repentinamente preguntó: –¿A vos qué te trae a La Plata? ¿No me digas que has venido a estudiar?

–Vengo a sacar fotografías de la ciudad. Soy fotógrafo.

Mascardi volvió a lo que estaba diciendo:

–El sector está infiltrado de espías y, por si fuera poco, de activistas fanáticos. Para mi trabajo conviene que no sepan que soy de la repartición. Debemos tener presente que el día menos pensado me llega la orden de vigilarlos.

–Te elegiste un trabajo bastante bravo.

–No es para cobardes.

–Hasta peligroso me parece.

Bruscamente hosco, Mascardi replicó:

–No sólo para mí. Si alguna vez me liquidan, a lo mejor te liquiden a vos también, nada más que porque nos ven ahora, en esta mesa. No te hagas mala sangre: primero tienen que averiguar cuál es mi verdadero trabajo. –

Retomando el tono amistoso dijo: –No sabía que le hacías la competencia al viejo Gentile.

–Cómo se te ocurre. Trabajo con él. Justamente, el mes pasado apareció por el negocio don Luciano Gabarret, para que le sacáramos un retrato. Gentile, ya se sabe, si está entretenido en el laboratorio, no se apura. El otro juntaba rabia. Para mí que no está acostumbrado a esperar.

–Qué va a estar. Es un potentado.

–Casi le aclaro que el patrón pone el trabajo por arriba de todo, pero de golpe don Luciano me preguntó si me tenían de adorno o si me habían enseñado a sacar fotografías. Le saqué doce al hilo. En colores.

–Es bastante colorado, si recuerdo bien.

–Muy colorado y tiene cara de loco. Los ojos pasan rápidamente, no sé cómo decirte, de expresar astucia a expresar furia, como si echaran chispas.

–Es bajito.

–Y redondo. Parece un trompo. La única persona que he visto con briches y polainas de cuero, en todo el partido de Las Flores.

Contó Almanza que a la mañana siguiente volvió Gabarret y, cuando vio el trabajo, cambió de manera notable. Hasta se le endulzó la cara. Almanza comentó:

–No vas a creer. A infinidad de señoritas les pasa lo mismo que a este hombre. Ven sus fotos y se ponen contentas.

Siguió describiendo la entrevista. Gabarret le preguntó si únicamente sacaba retratos. Él mostró sus fotografías de estancias y volvió a preguntar Gabarret: “¿Quién las ha sacado? ¿Usted o el patrón?”. Entonces apareció el viejo Gentile, que contestó: “El señor Almanza. Yo no estoy en ánimo para largarme al campo”. A lo que dijo Gabarret: “En ese caso le propongo al señor Almanza que se vaya a La Plata, se tome una semana, con todo pago y me fotografíe la ciudad”. Él contestó que no tenía pensado cambiar de patrón. “Nadie se lo pidió”, afirmó Gabarret. “Mi intención es ordenar al Estudio Gentile una serie

de fotografías de los principales edificios y monumentos de La Plata, para el primer libro de la colección Ciudades de la Provincia de Buenos Aires. Previa conformidad del patrón, encargaría al señor Almanza el trabajo”. Terció Gentile: “Con su venia, don Luciano, voy a decirle media palabra a este muchacho que titubea”. Lo llevó aparte y le aseguró: “Es la ocasión de tu vida. Si la ciudad no te destruye, vas a crecer como hombre y, lo que es más importante, como fotógrafo. Dejé el asunto en mis manos”. Al entrar de nuevo en el salón, Gentile anunció: “El muchacho no quiere. Haré lo que pueda por convencerlo, siempre y cuando la paga sea acorde con las aptitudes de un profesional de su categoría”. Dijo las condiciones don Luciano: el boleto y “chirolas” al principio, con la promesa de girar a La Plata, a su debido tiempo, una cantidad a convenir. De plano rechazó Gentile. Nuevamente hubo un aparte y en voz bastante alta, a lo mejor para que lo oyeran, Gentile comentó: “El coraje de algunos”. “Contéstele que no y ya está”, dijo él, pero le hizo ver Gentile que una semana en una ciudad grande y populosa valía la pena y que, sobre las condiciones, no estaba todo dicho. Los viejos discutieron todavía un buen rato, sin ponerse de acuerdo. “Esta noche consultamos con la almohada y mañana retomamos la conversación”, declaró Gentile. “Como quiera”, contestó don Luciano, “pero en principio quedamos en que Almanza viaja a La Plata”. “Siempre que no me lo mande a una huelga de hambre”, replicó Gentile. “No será para tanto”, dijo el otro. “Qué le hace a un muchacho apretarse el cinturón por unos días”, y en puntas de pie, como si quisiera parecer más alto, apoyando las manos en la mesa y marcando las palabras con un vaivén de su cuerpo redondo y de su cara colorada, afirmó: “Mi criterio es muy claro: pagar lo menos posible hasta que me traigan el trabajo. Cuando lo vea, si me llena los ojos, pueden estar seguros que no van a quejarse de don Luciano Gabarret”.

Mascardi preguntó:

–Y ese viejo tacaño ¿no podía ayudarte?

–¿Qué viejo?

–Gentile, quién va a ser.

–Cómo se te ocurre. La situación es mala y, cuando la gente está desplatada, en lo que menos gasta es en fotos.

–En todos estos años ¿tu único trabajo fue atender el mostrador y fotografiar? Una vida tranquila, demasiado tranquila para mi gusto.

–Salí al campo. Antes de conchabarme con Gentile trabajé en una estancia, vacuné hacienda. Eso sí, me gustó siempre la fotografía. Un día le mostré a Gentile unas fotos que tomé con una máquina de cajón (rodeos de hacienda, carreras cuadreras, hasta una esquila) y me propuso que entrara de auxiliar.

–Tu trabajo, acá en La Plata, ¿cuándo empieza?

–Esta misma tarde.

–Tengo guardia, pero mañana por la mañana estoy libre. Si te parece, nos damos una vueltita para que te muestre lugares de interés. Comparado con más de uno, soy un platense viejo.

VII

Cuando entraban en la pensión oyeron la campanilla del teléfono. Atendió doña Carmen, la patrona, y con un fruncimiento de la boca anunció:

–Para el joven.

Almanza recordó algo que le había dicho Gentile en el momento de la despedida: “En la ciudad te esperan sorpresas, lo que es bueno, porque el

hombre despierta y vive”. Es verdad que agregó la prevención: “No dejes que nada te aparte de la huella”.

Tomó el teléfono y preguntó:

–¿Quién habla?

Realmente se llevó una sorpresa. La conversación duró poco, pero después, en el cuarto, debió esforzarse para escuchar lo que le decía Mascardi. Éste lo recibió con un comentario burlón.

–¡Qué tipo importante! Llega a La Plata y ya lo andan buscando por teléfono. ¿Se puede saber quién te llamó?

–Una chica. La conocí esta mañana. Hoy me acompaña a fotografiar.

–Una señorita seria, pero bien dispuesta.

–Una chica de familia. Estaba con su padre y con la propia hermana, que tiene un bebe y una nenita.

Mascardi lo oía con preocupación evidente. Habló luego sin apuro, pronunciando cada palabra por separado.

–El que viene de afuera, ande con ojo. El malandra huele de lejos al que no es de la ciudad. Oíme bien. De un tiempo a esta parte apareció lo que en la repartición llamamos una nueva figura delictiva. Una familia, que en realidad no es más que una junta de sujetos de frondoso prontuario. Entablan relación con el candidato, en este caso mi condiscípulo y amigo Nicolasito Almanza, y todo concluye en una estafa o algo peor. No sé si soy claro.

–¿Qué me van a sacar? ¿El equipo?

–¿Te parece poco?

–No lo suelto a dos tirones. Te aseguro que es una familia en serio. Gente de afuera. Como vos y yo. Con una diferencia: vienen de Coronel Brandsen.

VIII

Aunque llegó a la hora fijada, encontró a Julia en la puerta, esperándolo. “La cosa empieza bien”, se dijo. Don Juan le merecía respeto y tenía la mejor opinión de Griselda, pero esa tarde no se hallaba en ánimo de conversaciones. Estaba ansioso por fotografiar.

Caminaron hasta la estación, que fotografió de lejos y de cerca, en conjunto y por partes. Julia se mostró como una señorita diligente, de notable paciencia. Le sirvió de auxiliar y al rato empezó a sugerirle fotografías, siempre con fundamento y mucho tino. Cuando concluyó con la estación, Almanza fotografió el Roca, un cinematógrafo que había por ahí y, yendo hacia el lago y el bosque, fotografió el edificio de la Facultad de Ciencias Exactas, que le gustó mucho, y el monumento al Almirante Brown, “de altura imponente”, según le comentó a Julia. Más adelante vieron el lago, con patos y cisnes, y gente que remaba en botes. Una insinuante voz italiana preguntó:

—¿Quieren una bella fotografía? Hay que guardar el recuerdo de un momento feliz.

El que habló era uno de esos viejos fotógrafos de plaza, con su guardapolvo y su gran cámara de trípode, provista de trapo negro. Julia dijo:

—Por mí no se ponga en gasto.

Almanza contestó con un frase dirigida al fotógrafo:

—Pierda cuidado, Julia. A un colega el señor le hace precio.

—Maldito oficio —contestó el fotógrafo (dijo *maledetto*)—. En estos días todo el mundo es colega, pero uno tiene que vivir. Próximo al lago, próximo al lago: será una bella fotografía. Hay que aprovechar ahora, que de nuevo está con agua.

—¿Estuvo seco?

–¿Cómo? ¿El señor no sabe? Hubo un crimen, pero no encontraban el arma. Si no hay arma, no hay condena. Se le metió en la cabeza a la policía que el arma estaba en el fondo del lago. Lo secaron. Este lago, orgullo de La Plata, se convirtió en un barrial infame, con burbujas de agua podrida y charcos donde boqueaban mojarras, una carpa que era un verdadero monstruo y bagres bigotudos, más feos que yo. No se imagina la cantidad de objetos inservibles que ocultaba este bello lago. Francamente, señor, había de todo, menos el cuchillo del crimen.

Mientras hablaba los fotografió. Entregó después una copia a cada uno.

–No está mal –comentó Julia–, aunque yo parezco de noticias de policía.

–Es un buen trabajo –dijo Almanza.

Julia preguntó si podía quedarse con la foto y agradeció el obsequio.

Almanza pagó.

–Yo le voy a sacar una mejor –susurró cuando se alejaban por un sendero en el bosque, entre el jardín Zoológico y el Museo de Ciencias Naturales.

Almanza fotografió el edificio del Museo y después a Julia sentada en la escalinata, riéndose mucho, porque decía:

–Ésta es la escalinata de los enamorados. Me contaron en la pensión que a la noche la usan las parejas.

–Ahora la voy a tomar de cerca. La cara nomás.

Al mirarla a través del objetivo se dijo: “Qué linda cara. Es la primera vez que la veo. Como si yo no viera sino a través del lente de la cámara. Unos ojos extraordinarios y una nariz perfecta: algo que no se encuentra todos los días”.

En voz alta comentó:

–Creo que le va a gustar la foto.

–Si me saca linda, Griselda se muere de celos.

Todavía estuvieron un rato en el bosque. Fotografiaron el planetario, para finalmente alejarse por una calle de tilos. Julia preguntó:

–¿No sentís el aroma?

Almanza notó que lo había tuteado. Por un momento se distrajo y perdió algunas palabras de lo que Julia le decía.

–Con Griselda nos queremos, pero nos peleamos, porque es muy celosa. En cambio yo era inseparable de mi hermano Ventura.

–Don Juan me contó que se fue de la casa.

–Te habrá dicho que murió.

–No dijo eso. Por lo menos, convencido no está.

–De un tiempo a esta parte lo da por muerto. Mi padre no es malo, pero a veces parece que no tiene alma. No digo que sea desalmado, sino que no tiene alma, fijate bien. Me contaron que los artistas son así.

–No sabía.

–Hoy representan un papel, mañana otro.

–A mí, don Juan me dio a entender que siente mucho la falta de su hijo.

–No por el hijo, se me ocurre, sino por las consecuencias. Sin Ventura para aconsejarlo, se enredó en negocios raros. Nos metieron pleito y tal vez nos embarguen Brandsen.

Por la manera en que habló Julia de ese campo, Almanza comprendió que era un lugar muy querido por ella, vinculado a sus mejores recuerdos.

–Ya se las arreglará tu padre para salvarlo –dijo.

–Tal vez. No se desanima fácilmente. Es muy buscavida, aunque no trabajador.

–Me contó que la desavenencia con tu hermano fue por una póliza de seguro.

–Fijate qué raras son las cosas. Tomó esa póliza para favorecer a una señora amiga, mejor dicho al hijo de la señora, un muchacho que era agente de seguros. Poco después el muchacho dejó el trabajo y abandonó la casa de su madre.

–¿Más o menos como Ventura?

–Con la diferencia que se metió de fraile, en un convento, a la salida del Azul. Dicen que es el llamado de la vocación. ¿Vos dejarías todo para meterte en un convento?

–Yo no, pero a lo mejor a él le da por la religión como a mí por la fotografía.

IX

Se despedían, frente a la pensión de los Lombardo, cuando apareció en la puerta Griselda y lo invitó a pasar. Se excusó, pero estuvo conversando con las dos hermanas, como si no tuviera el menor apuro. No tardó, sin embargo, en irse, porque entendía que el laboratorio quedaba lejos y quería llegar antes que cerraran.

Debió caminar un buen rato y mirar de vez en cuando el papelito en que Gentile anotó la dirección. Como algunas calles no tenían chapa en las esquinas, temió haberse pasado... A un señor que distribuía a su familia en los asientos de un automóvil, le preguntó si iba bien.

–Tres cuadras –contestó el señor y agregó que el laboratorio debía de quedar donde 24 hace esquina con la diagonal 75. El señor dijo “el diagonal”.

Por fin llegó. Abrió la puerta el propio señor Gruter, un viejo de pelambre revuelta y de expresión ansiosa.

–Te estaba esperando –dijo–. Ya creí que no venías.

–¿Es tarde?

–Mucho me temo.

–¿Hora de cerrar? Me voy.

–Cerramos para los clientes, no para los amigos. Pasá, pasá. Te presento a Gladys, mi ayudante.

Gladys era una muchacha rubia, con aire de inglesa o tal vez de alemanita, alta, huesuda, probablemente maternal y de buena índole. Entraron en una sala poco iluminada por una lámpara con pantalla de seda verde, en forma de cúpula, con hileras de cuentas de colores, a modo de fleco. En una mesa había infinidad de fotografías y, en la pared, una estampa de Cristo, con ropón morado. En una repisa, algunos libros se alineaban entre las estatuillas de un chino o japonés con los ojos vacíos y de una mujer desnuda con muchos brazos.

–¿Quiere un mate? –preguntó Gladys.

–Gracias, no se moleste.

–¿Cómo quedó Gentile?

–Bien. ¿Podría pasar al laboratorio?

–Así me gusta. Digno ayudante de mi viejo amigo Gentile. ¿Me sigue?

Lo llevó al laboratorio. Almanza contempló con admiración y un dejo de envidia la ampliadora, tanto más moderna que la de ellos. Estuvo trabajando un rato. Las fotografías salieron bien, por lo que pensó que la niebla de La Plata no era desfavorable.

Cuando se iba pidió disculpas por haberlos entretenido hasta esas horas.

–Al contrario –aseguró Gruter– me gustaría que uno de estos días te quedaras a conversar.

–Mañana me tendrá de vuelta.

–¿No conocés a nadie en La Plata?

–A un compañero de colegio. Vino a estudiar y ahora trabaja. De nombre, Mascardi.

–Eso está bien –comentó Gruter.

–Conozco, además, a una muchacha, que me acompañó a fotografiar.

–¿La que sacaste en la escalinata del museo?

–La misma.

–¿Cómo la conociste?

–Por casualidad.

Contó cómo fue su encuentro con la familia Lombardo. Gruter comentó:

–Una verdadera casualidad. Es claro que si uno llega de afuera debe cuidarse.

–¿Mascardi le estuvo hablando?

–¿El amigo tuyo? No tengo el gusto de conocerlo.

X

A la otra mañana había la misma luz apenas atenuada por la niebla. Le dijeron que era típica de La Plata. Menos mal que esa luz favorecía el trabajo, porque las dificultades no faltaban. Para empezar, el tamaño de los edificios. Ya le previno Gentile que se encontraría con edificios tan grandes, que se vería en apuros para meterlos en una foto sin deformarlos. En Las Flores se ejercitó, aunque no bastante, con la Municipalidad, la Iglesia y la fábrica de pantalones

y camisas. Menos mal que la avenida 7 de La Plata era ancha. Se entretuvo allá hasta la una pasada: fotografió el Banco de la Provincia, la Universidad, el cine Gran Rocha, que está a la vuelta, en 49. Desde el correo despachó a Gentile el material del día anterior. “Ojalá que lo dé pronto a Gabarret y que guste”, pensó. Trabajó un rato en la plaza San Martín. Cuando llegó al restaurante, Mascardi le dijo:

–Creí que no venías.

–¿Es tarde?

–Bastante.

–Desde que llegué no oigo más que esa queja. No es por alardear, pero me tengo por puntual.

–Aunque llegues tarde, como todo el mundo. Esta mañana no te acompañé porque me llamaron del Departamento. Yo trabajo en serio y cumplo horarios. Puedo acompañarte después del almuerzo.

–Después del almuerzo me acompaña la señorita de ayer.

–No me vas a creer: a esa gente le estoy tomando una idea... Te digo más: no sé qué buscan.

–Son dos hermanas. La otra también es muy linda. Te la presentaría, pero es casada.

Fue a sentarse con ellos un muchacho de poca estatura, menudo, de frente ancha, que debía de ser joven, casi un chico. Un chico avejentado, con anteojos de cristales gruesos. Mascardi habló en un tono de burlona solemnidad:

–El amigo Almanza, un compañero de escuela, que vino a fotografiar La Plata, y el amigo Lemonier, alias el Viejito, estudiante de ingeniería, futuro medalla de oro.

–¿Vino especialmente a fotografiar mi ciudad? –preguntó el Viejito–. Por encargo, quiero creer.

–Para una colección de libros.

–¿Empieza por La Plata, como corresponde? Una ciudad nueva, de gran pasado. Su pasado es de cuando el país tenía futuro.

–No entiendo –dijo Almanza.

–¿Molesto? –preguntó un muchacho de campera, que se había acercado a la mesa.

Mascardi presentó:

–Pedro, alias Pedrito. Lemonier, alias el Viejito y Almanza, que es de mi pago.

El recién llegado arrimó una silla. Tenía la piel rojiza, la nariz curva, los ojos chicos, los brazos cortos. Lemonier retomó el diálogo interrumpido:

–Le va a gustar cuando se aquerencie. Es increíble, pero aquí la gente se aquerencia.

Pedrito miró sucesiva, atentamente a Lemonier y a Almanza. No pestañeaba.

–Lo que se nota es la falta de tradición –afirmó apesadumbrado Mascardi.

Almanza lo escuchó con asombro. No sabía que su amigo fuera capaz de una reflexión como ésa.

–La Plata –dijo Lemonier– tiene la mejor de todas las tradiciones: la del país grande y próspero que fuimos. Yo diría que la ciudad es un vivo monumento a esa esperanza. Además tenemos tradiciones chicas, de barrios y de amigos. Más auténticas, en muchos casos, que las de zapateadores y grupos folklóricos. Es claro que entre nuestras más auténticas tradiciones hay una que te regalo: la de malos gobiernos.

–¿Todos te parecen malos? –preguntó Mascardi–. ¿No serás medio anarquista?

–¿Por qué no? Como dijo alguien en un sueltito de *El Día*: “Soy un soldado desconocido de la guerra del individuo contra la sociedad”. No sólo contra el Estado, también contra el consorcio de propietarios y contra el club, aunque sea Estudiantes de La Plata y le duela a Mascardi.

El tal Pedrito escudriñaba a Lemonier con atención y desconfianza. Tras un bostezo, Mascardi habló apresuradamente:

–¿Te cuento, Almanza, lo que de verdad tu amigo Mascardi está pensando mientras debaten ustedes los tópicos más profundos? Está pensando que no tiene el menor inconveniente en que le presentes a la hermana de tu amiga. Que esté casada es un detalle que no interesa.

–Menos compromiso –observó Lemonier.

Mascardi comentó:

–El Viejito es lo que se llama un cerebro y un amigo. Como quien no quiere la cosa, dice la verdad. Ya es tiempo que aprendas.

XI

Julia lo acompañó desde las tres de la tarde hasta la puesta del sol. Con diligencia lo ayudó y pareció compartir su afán de fotografiar.

Después, en el laboratorio, Gruter examinó las ampliaciones y lo felicitó por la calidad del trabajo. Ampliando y conversando pasó un rato agradable. Cuando ya estaba por irse, Gruter le preguntó si vio de nuevo a “la familia ésa”.

–A la hija soltera, únicamente. Me acompañó a fotografiar.

–Cuidate.

–Créame, señor Gruter, es una señorita de lo más formal y comedida que se puede pedir. Cuando yo venía para acá por la diagonal 75, miento, por la 76, me pregunté si alguna vez habré hecho méritos para que tengan conmigo tantas atenciones.

–¿Crees que no las mereces?

–¿Por qué las iba a merecer?

–¿Y no desconfías?

–Con su perdón, señor, sería bastante feo de mi parte.

–Muy justo. Sin duda el auxiliar de mi amigo Gentile es una buena persona.

–Se calló, lo miró con ojos ansiosos, por último declaró: –El que no es buena persona es el diablo. Seduce para conseguir.

–Pero, señor Gruter, detrás de la chica hay una familia, con criaturas y todo lo que quiera.

–Yo no quiero nada y, por favor, explicame de qué manera esas criaturas estorban al diablo.

Comprendió que no iba a convencer a Gruter. Se despidió. En el trayecto, recordando la conversación que tuvieron, se preguntó si la vida en la ciudad no sería más complicada y misteriosa de lo que había pensado. En la pensión la patrona lo recibió con el anuncio:

–Lo llamaron las Lombardo. No lo dejan tranquilo. Con santa paciencia contesto que no está y al rato insisten. A mí se me caería la cara.

–¿Dejaron algo dicho?

–Que esperan al señor Almanza a las ocho y media.

XII

Acompañó a Mascardi al restaurante. En la puerta se encontraron con el Viejito Lemonier que preguntó:

–¿Tomamos esa mesa? Está libre.

A su vez el patrón preguntó:

–¿Tres cubiertos?

–Dos –contestó Almanza–. Yo me voy en seguida.

–¿Creíste por un instante que iba a quedarse con nosotros? –dijo Mascardi a Lemonier–. Cómo se ve que no estás familiarizado con el sujeto. En la propia mañana de su llegada se armó de nuevos amigos y esta noche lo invitaron a cenar con ellos. Mejor dicho, con ellas.

–Feliz de él.

Mascardi explicó:

–Lo malo es que los supuestos amigos forman una familia. Una familia de arañas, y Almanza ya está en la tela.

–Hasta mañana –dijo Almanza.

–No te enojés –dijo Mascardi.

–No me enojo. Quiero llegar a la hora. Aunque no me creas, soy puntual.

–Cuando se trata de esa familia.

Pensó que Mascardi, Gruter y la misma doña Carmen querían protegerlo. A lo mejor sabían por qué y lo hacían por su bien. Todos estaban contra la familia Lombardo. A lo mejor un día lograba amigar unos con otros y vivían en paz.

En la pensión de los Lombardo lo recibió Griselda, con muestras de afecto y resplandeciente de belleza. Almanza pensó que nunca había visto a una persona tan limpia. Le gustó, además, la vestimenta: una especie de túnica

negra, muy apretada y corta, con infinidad de redondeles de vidrio o espejitos, que producían reflejos cuando se movía.

–Ya pensé que me había plantado. No me haga caso, soy una mala. El apuro es porque vamos al teatro. Empieza a las nueve.

Iba a decir gracias, pero pudo más la curiosidad y preguntó:

–¿A qué teatro?

–Una ópera, *El Demonio*, del famoso músico Rubinstein. ¿Lo conoce?

–No –aseguró Almanza.

–La patrona, aquí, dice que es famoso. Papá y Julia ya se fueron, porque son unos impacientes y dicen que si uno pierde el principio no entiende nada. Yo me quedé para esperarlo.

–Gracias.

–No tiene que darme las gracias, porque voy a pedirle un gran favor. Lo hago porque usted es un gran amigo.

–Claro que soy –dijo con orgullo.

–¿Me acompaña hasta la pieza?

En un primer momento no entendió; quién sabe por qué pensó que le hablaba del teatro. Todo fue tan inesperado que se sintió un poco aturdido. De buen ánimo siguió a Griselda escaleras arriba. Evidentemente la patrona trataba a las hermanas Lombardo con respeto. No pudo menos que advertir la diferencia entre una pensión y otra.

La pieza no parecía la misma de la tarde anterior. Todo estaba en perfecto orden, con las tres grandes camas, la camita donde dormía Rosalía y la cuna con el bebe. Los Lombardo le abrían de par en par la entrada a su vida familiar. Los que pensaban lo que no es, se equivocaban. Allí no había más que limpieza y decencia.

Griselda le dijo:

–Le iba a pedir que se quedara con los chicos hasta que volviéramos de la función. Un rato nomás. No le van a dar trabajo, así que le dejo la revista que estoy leyendo, para que no se aburra.

También le dejó instrucciones precisas.

–No mecer la cuna por más que llore el bebe. Si no, usted se va a pasar la noche meciéndola. Los chicos, una mala comparación, se parecen a los animales. En cuanto uno afloja, se vuelven mañeros. Eso sí, le da la mamadera a las once en punto.

Le previno que en un primer momento, el tipo (así llamaba cariñosamente al bebe) presentaría resistencia.

–Oiga bien un consejo: impóngase. El tipo está acostumbrado a mi pecho y, es claro, si le meten otra cosa, berrea. ¿Usted no haría lo mismo? Aquí, en el termo, está la leche, bien calentita. La pasa a la mamadera y se la da. Aquí hay un pañal limpio, por si acaso. Usted me entiende.

Preguntó alarmado:

–¿Sabré poner el pañal?

–Haga de cuenta que es un chiripá.

–Nunca puse un chiripá.

–Si tiene alguna duda, despierte a la nena. Es una mujercita hecha y derecha y sabe todo mejor que yo. ¿Puedo besarlo?

Le dio un beso en la frente.

XIII

Como Rosalía y el bebe dormían, colocó la silla bajo la lámpara, se repantigó, cruzó una pierna, pensó que en un momento así debía de ser

agradable fumar un cigarro de hoja y con toda tranquilidad se puso a mirar la revista de Griselda. Las chicas que él había conocido leían revistas que se ocupaban de modas o de la vida de galanes y estrellitas de la televisión y de la radio. En cambio Griselda se interesaba en asuntos que no estaban al alcance de cualquiera. Llegó a esa conclusión tras una rápida ojeada y casi deseó que su amiga no volviera demasiado pronto, así le daba tiempo de leer un artículo titulado *Entretelones de la lucha por la dominación del mundo*. Explicaban allá cómo las grandes potencias y también nuestro país no eran más que una simple pantalla y cómo todo lo que sucede en esta tierra de Dios –hasta lo que nos pasa a usted y a mí– depende de la decisión de un puñado de señores, de traje negro, sentados alrededor de una mesa redonda. La parte escrita era bastante clara y los dibujos de las tiras, perfectos. Pensó que le gustaría entrar en la sala donde se encontraban los señores, levantar la mesa en vilo y con todas sus fuerzas tirarla sobre el presidente de esa banda de desalmados. Sin darse cuenta pasó de la imaginación a un sueño, donde el presidente, un señor furioso, de grandes bigotes renegridos, con las puntas para arriba, se desplomó bajo el peso de la mesa y echó a llorar. En ese momento Almanza comprendió que se había dormido y que no era el señor el que lloraba, sino el bebe. Tuvo tiempo de pensar que por suerte el llanto lo despertó, porque si no se hubiera expuesto a que la familia Lombardo, al volver del teatro, lo sorprendiera durmiendo. Se repetía: “Menos mal”, despertaba del todo y comprendía la situación. De pie junto a la cuna, Rosalía pasaba la mamadera por la cara de su hermano y tal vez con la mejor intención lo rociaba de leche y lo enfurecía.

–Dame que se la doy yo –dijo Almanza.

–Creo que la mamadera pierde –comentó Rosalía–. Vas a tener que preparar otra y cambiar los pañales.

–Ahora mismo vos ganás la cama y seguís durmiendo –ordenó con enojo.

La chica obedeció. Poco duró la satisfacción por esa victoria, porque el llanto del bebe se volvía apremiante y él se preguntó si sería capaz de enfrentar la situación. La tarea que le esperaba consistía probablemente en cumplir a un tiempo, a toda velocidad, sin errores, tres o cuatro operaciones complicadas. “No perdamos la cabeza”, murmuró y tuvo, sin poder evitarlo, un pensamiento que era un amargo reproche a Griselda, pero también un ansioso llamado. En ese momento se abrió la puerta y Griselda apareció, hermosísima entre los relumbrones de los espejuelos de su vestido, sonriendo de un modo irresistible. Con la mayor calma aplicó la mamadera al bebe. El cuarto, que un rato antes pudo convertirse en pandemonio, recuperó el silencio. Todo había entrado en el orden. Los chicos dormían pacíficamente.

–Papá y Julia se quedaron en un restaurante. Yo me vine porque me dije no sea que de pronto la situación se ponga fea para mi delegado. Porque esta noche usted es mi delegado. Llegué en el momento justo, ¿sí o no?

–Más justo imposible.

–Puede creerme: papá y Julia no vuelven en seguida. Cuando entran a comer, va para largo. Óigame bien: para largo.

Movió afirmativamente la cabeza. Griselda explicó:

–Los nenes duermen como dos benditos, de modo que, si usted quiere, lo premio.

Porque estas palabras, dichas con una sonrisa y en un murmullo, lo confundieron, siguió callado.

Arrimándolo contra ella, Griselda preguntó:

–¿No quiere que lo premie?

–¿Cuándo?

–Ahora.

Mientras lo estrechaban, atinó a agitar un brazo en dirección de los chicos, sin interrumpir por ello la suave pero vertiginosa caída conjunta. Ya en la cama, una explicación, poco menos que soplada, lo alentó:

–Duermen con un sueño pesadísimo, pesadísimo.

Sintió esas palabras como caricias.

XIV

Griselda quedó tirada en la cama, con la cabeza apenas ladeada, con el rubio pelo revuelto, que descubría la intimidad de una nuca de extrema blancura, con los ojos cerrados. La miraba.

–Por favor, abra los ojos.

–¿No te gustan?

–Porque me gustan, quiero verlos.

Pensó que debía fotografiarla. Pensó también: “Ayer a la mañana, cuando vi este pecho, no pensé que tan pronto lo vería de nuevo”.

Después de la despedida, le previno Griselda:

–Acá están siempre mi hermana y mi padre, así que la próxima vez tiene que ser en tu casa.

Aunque la proposición lo alarmaba, notó más que nada el agrado que le producía la voz. No perdió el tino y contestó:

–En la pensión no dejan que uno lleve mujeres.

Griselda rió como si la divirtiera lo que había oído.

–¿Y vos te imaginás que a nosotros nos dejan traer hombres? Por hacerte pasar yo me arriesgo a que me traten como una arrastrada. No me digas que sos más cobarde que yo. ¿O no valgo la pena?

–¿Cómo se te ocurre? Pero el plan tiene sus complicaciones. Empezando porque un amigo duerme en el cuarto.

–¿Vos te avergonzarías de mí? Yo, de vos, no. Así que no me importa que le digas que te voy a visitar. Le pedís que salga a dar una vuelta o que mire para otro lado y chau.

–No es necesario. En el cuarto hay un biombo.

Debió ella notar que estaba todavía indeciso, porque le preguntó:

–¿O estás proponiendo que vayamos a un hotel?

El tono de esta pregunta no dejaba lugar a dudas. Contestó en el acto:

–Ni se me ocurre. Claro que la entrada no va a ser fácil, con la patrona en su aguantadero, junto a la puerta. Tiene oído de tísica.

–Entonces ¿no volvemos a vernos?

–¿Por qué?

–No sé. No te habrá gustado.

–Claro que me gustó.

Le parecía increíble que ella no lo supiera.

–A mí también –aseguró Griselda, ya sin enojo–. A las doce en punto de la noche de mañana me presento. Mejor dicho de hoy, porque ya es más de la una. Verás que todo sale bien. Dame la llave de tu casa.

No pensó más y obedeció.

XV

Se dijo que nunca, nada le gustó tanto. Si le prometían otro momento así, no iba a preocuparse por las consecuencias y los disgustos que trajera. ¿A quién se le hubiera ocurrido que el día de llegar se pasearía por toda La Plata con

una chica lindísima y a la noche tendría amores con otra, no menos linda, casada y, por si fuera poco, madre de dos hijos, instruida y joven? No se cambiaba por nadie.

En el mejor estado de ánimo se encaminó a su casa. De algún modo se las arreglaría para entrar, así que no debía preocuparse. En cuanto a la anunciada visita de Griselda, por más que hubiera complicaciones, tenía el santo día por delante para encontrar cómo sortearlas y, en todo caso, lo principal era que Griselda quería visitarlo. Un regalo de la suerte.

Confiado en su buena estrella, pensó que al mismo tiempo que él llegaría algún otro pensionista. Como esto no sucedió, golpeó suavemente la puerta. Muy pronto apareció la patrona, en camisón, con un chal colorado sobre los hombros, blanquísimos y desnudos.

—¡Qué horas de llegar! ¿Ya perdió la llave?

—Por favor, señora, ni se le ocurra. La dejé en la pieza, cuando salí.

—¡Qué horas de llegar!

—Si me perdona el atrevimiento, señora, ¡qué horas de estar despierta!

Sin duda esa noche le sobraba el aplomo. La patrona vaciló y dijo:

—Se lo perdono, claro, se lo perdono. Estaba con cuidado.

Al pronunciar esta última palabra la boca se le frunció en un mohín. El muchacho se preguntó si estaba conmovida y por qué. En ese momento el reloj dio las dos.

—La verdad que es tarde. Hasta mañana, señora.

—Hasta mañana, hijo mío. Ya es hora que estemos los dos en cama.

Nunca había pensado que la gente de la ciudad fuera así. Todos parecían quererlo y protegerlo. Como decía el viejo Gentile, el que vive aprende.

Para no despertar a Mascardi, abrió la puerta con la mayor suavidad, pero la precaución fue inútil, porque los goznes crujieron. Tomando las cosas en

broma, pensó que para la noche convendría comprar una lata de aceite y echar unas cuantas gotas en varias puertas de la casa.

–¡Qué horas de llegar! –rezongó Mascardi.

–Creéme que no me arrepiento –contestó.

“Ni me reconozco”, se dijo. “Estoy pisando fuerte. No sé qué tengo.” Por de pronto, no todo lo que había pasado esa noche facilitaba las cosas para la siguiente. Que la patrona se mostrara tan buena, cuando él planeaba algo que la iba a disgustar, era más bien molesto. No lo era menos que a las dos de la mañana hubiera oído en seguida sus golpecitos en la puerta. Dijo:

–Mañana voy a precisar tu ayuda.

Mascardi respiró o resopló. Almanza también se durmió pronto.

XVI

A las ocho de la mañana, en un café de 43 y 7, frente a una casa donde alquilaban disfraces y trajes de etiqueta, los dos amigos bebían café con leche y comían felipes y medias lunas. Muy divertido, Almanza refirió su desilusión de no ir al teatro, la noche anterior, y la sorpresa, hasta el enojo, cuando supo que lo habían convocado para tenerlo de cuidador de las criaturas. De pronto dijo:

–Esta noche voy a precisar que me des una mano.

–Si es para que sigas de niño, desde ya te digo que no.

–Lo que te voy a pedir es que te des una vueltita, porque viene a verme una de las chicas Lombardo.

Tan sorprendido estaba Mascardi, que preguntó:

–¿Ahora?

–A la noche.

–Qué me contás. El viejo te echó el ojo para yerno. Me pongo en su lugar: que se case con cualquiera, con tal que no quede solterona.

Había recuperado el aplomo. Almanza le explicó:

–La que viene es la casada.

–Qué me contás. Primero dejan los chicos a tu cuidado. Después te meten en líos con el esposo.

–Está en Coronel Brandsen.

–¿Y qué pasa con la patrona, nuestra patrona? ¿La cloroformamos?

–Eso corre por cuenta de la chica.

–Está bien. Yo pongo el biombo, de modo que no se vea mi cama, y listo.

–Está bien, aunque yo estaría más tranquilo si te fueras a dar una vuelta.

–Para que no me entere de tu papelón, si la señora no viene. Pero te hago ver: ¿qué te enseña el cálculo de probabilidades? Cuanto menos pasemos frente a la pieza de la patrona, menos peligro de despertarla.

–De acuerdo.

–Sí, de acuerdo, pero en lo del biombo y basta. Sobre la familia mantengo mi opinión. ¿Qué buscan, vamos a ver? Primero te chupan la sangre para el viejo cachafaz.

–Un señor a la antigua, muy llano, bastante simpático.

–No hay estafador que no sea simpático: requisito indispensable para estafar.

–Estás hablando sin conocerlo.

–Después te dejan de cuidador de nenes y, por último, como si te hubieran hecho un gran favor, viene la señora madre, a cobrar la cuenta. Mirá, sospecho que vas por mal camino.

–Estás cargando las tintas, Mascardi.

–No cargo nada. Eso sí, la noche con las criaturas me parece lo más triste. Francamente, el que mucho anda con mujeres, no te diré que se amaricona, pero al primer descuido se convierte en lo que vulgarmente llamamos un tremendo pollerudo. Yo te hablo por tu bien, aunque te duela. Como decía el finado mi padre, todo bicho que camina debe tener una profesión que lo proteja.

–Que lo proteja ¿de qué?

–¿De qué va a ser? De las mujeres. Te pregunto con el corazón en la mano: a un fotógrafo ¿quién lo toma en serio? Eso no es profesión, ni nada por el estilo. Ahora, si te parece, podrías acompañarme en algunas custodias, para ver si el trabajo te gusta. El que no prueba, no sabe.

–Cambiemos de tema.

–¿Te ofendí?

–Viene el Viejito.

–Me está pareciendo que te voy a sacar buen policía.

–Creo que no.

XVII

Mascardi habló por lo bajo:

–Está acompañado. Flor de hembra. No por nada pintan la suerte con una venda en los ojos.

Seguida de Lemonier, entró una chica morena, flaquita, con grandes ojos, un poco ansiosos y graves.

–Laura. Los amigos Mascardi y Almanza –presentó Lemonier y preguntó: –
¿Podemos sentarnos con ustedes?

–Claro –dijo Almanza y ofreció una silla a Laura.

Ésta dijo al patrón:

–Dos cafés con leche completos.

–No. Para mí un mate cocido –dijo Lemonier.

–Qué manera de alimentarse. O de no alimentarse –protestó Laura.

Conteniendo una risita comentó Mascardi:

–Hay que reponer fuerzas.

–El café con leche me cae como una piedra, pero si te doy un gusto, que venga nomás.

Laura corrió hacia donde estaba el patrón, para cambiar el pedido.

Lemonier preguntó:

–Nuestro fotógrafo ¿no se cansó todavía de La Plata?

–Al contrario –contestó Almanza.

Cuando les trajeron el café, Laura sirvió y dijo:

–Tomalo ahora, antes que se enfríe.

–Es muy raro –dijo Lemonier–, la gente quiere a esta ciudad. Vaya uno a saber por qué. Una ciudad de estudiantes, de empleados públicos, de funcionarios del gobierno.

–Todo el mundo quiere a los estudiantes –dijo Laura.

–De la boca para afuera –replicó Lemonier–. En cuanto a los empleados públicos y a los funcionarios del gobierno...

–¿Para qué te pedí un completo si vas a tomar el café bebido? –preguntó Laura.

–No come porque sólo piensa en caerle al gobierno –observó Mascardi.

–A este gobierno en particular, no. A todos –aclaró apresuradamente Laura.

–A éste también –dijo Lemonier.

–Es un anarquista hecho y derecho, un ácrata, un rebelde –dijo Mascardi–. Justo al revés de Almanza.

–¿Nuestro fotógrafo es oficialista? –preguntó Lemonier.

–Como lo oyen, pero nada más que de una señora, de una señorita y de la parentela que las acompaña. Eso sí, con esa gente, está para lo que manden.

–Eso no me parece tan mal –comentó Lemonier.

–Porque no estás informado. Lo usan, te juro que lo usan.

–Yo te diría que si me usa una mujer que me gusta, me siento orgulloso –comentó Lemonier.

–Cada uno es como le da la gana, pero que a un amigo lo tomen por sonso, no me divierte. ¿Oíste, Laura? El Viejito se declaró tu esclavo.

Laura contestó:

–No sé quién es esclavo de quién.

–¿Les digo lo que estoy pensando? –preguntó Mascardi–. Que las reuniones entre nuestro fotógrafo y una famosa familia ya no van a ser lo mismo.

Cuando la soltera lo vea, le saca los ojos. Apuesto que por amor propio no lo ha llamado todavía para pedirle explicaciones. Desinteresadamente le doy mi parecer: si quiere zafarse, que me presente a la señorita en cuestión.

La señora de la caja se acercó y preguntó:

–El señor ¿es el señor Almanza? Lo llaman de su casa.

Almanza fue al teléfono, habló menos de un minuto, volvió a la mesa, cargó la valija de la cámara y los lentes y anunció:

–Me voy.

–¿Dónde? –preguntó Mascardi–. ¿A la pensión de los Lombardo?

–Adivinaste.

–Soy brujo.

–El señor Lombardo quiere verme.

–¿No será mejor que te acompañe?

–Bueno fuera que me presentara con escolta.

Mascardi pareció molesto. El Viejito comentó:

–Un hombre valiente. Se va al foso de los leones y no quiere que lo acompañen.

No fue al foso de los leones, al menos directamente. A mitad de camino recordó que no había despachado la segunda remesa de fotografías. Pasó por el correo y mandó el sobre por expreso (era grande y pesado). Pensó: “Por suerte me alcanza todavía la plata, para el correo”.

XVIII

Don Juan no se levantó de la silla para recibirlo. De pijama, con un poncho sobre las piernas, realmente parecía enfermo a quien no le miraba la cara. Tenía buen color.

–Aquí me ve, en el banco de la paciencia. Hasta mañana o pasado, reposo obligatorio. Créame, ya me estoy cansando.

–Le creo.

–Eso no es todo. Un enfermo depende de la buena voluntad del prójimo. Es muy violento para mí tener que jorobar su paciencia.

En un primer momento no entendió. Contestó después:

–Usted dirá.

–Una persona de mi relación, fuerte comerciante de esta plaza, reunió informaciones para un proyecto que acaricio. Las espero y no llegan. No puedo llamarlo, porque el teléfono de ese amigo está descompuesto. Usted me

dirá que si tengo dos hijas, mande una. No es tan fácil. Por de pronto mi Griselda se fue a Brandsen, a reclamar del marido los alimentos.

–¿Cuándo vuelve?

–Nadie lo sabe. Probablemente esta noche. Aprovechando la oportunidad, la Julia le sacó a pasear a los chicos. ¿Cuándo vuelve? Nadie lo sabe.

Probablemente yo me pase el santo día aquí postrado, comiéndome las uñas con la ansiedad. Por eso mismo me atrevo a jorobarlo y pedirle que se dé una corridita hasta 19 y 64.

–¿La casa del comerciante?

–Su domicilio y su empresa.

Golpearon a la puerta. Con voz apagada ordenó don Juan:

–Entre.

No debieron de oír. Con mal reprimida impaciencia, el enfermo se levantó, corrió hasta la puerta y la entreabrió. Almanza oyó la voz de la patrona, que decía:

–Llamó de Brandsen la señora Griselda, para avisar que vuelve a tiempo para la cena.

–Poca gente, en los tiempos que corren, ha de tener hijas como las mías. Tan consideradas con el padre. Como la Griselda no hay otra. ¿Le doy, Almanza, las señas por escrito? El señor se llama Lo Pietro y la empresa está en 19 y 64, frente a una mercería.

Cuando llegó al lugar indicado se preguntó por qué no aceptó que don Juan le anotara la dirección. Ahí no podía ser, aunque había enfrente una mercería, como le dijo. Cruzó la calle, entró en la mercería y preguntó:

—¿Conocen a un señor Lo Pietro?

Sin mirarlo contestó un hombre:

—Qué vamos a conocerlo.

Una mujer suspiró y dijo:

—El de la Moderna. Ahí nomás.

No estaba molesto, pero tenía que hacerse a la idea. Don Juan debió prevenir. A lo mejor el pobre viejo pensó que si le decía, lo asustaba. Recordó que su padrino apuraba el paso frente a la cochería. En broma, seguramente, porque a la noche, en el Club Social, jugaba a la baraja con el patrón, a quien llamaba, como todo el mundo en el pueblo, don Pomponio.

Cuando empujó la puerta de la cochería, sonó una musiquita. Detrás de un escritorio había un hombre moreno, peinado para atrás, con gomina, de frente angosta, de pómulos salidos, de gruesos labios y dientes prominentes, con un traje de etiqueta que parecía chico para él, y corbata de moño negra. El hombre se levantó (era altísimo, de brazos muy largos) y sin decir palabra quedó mirándolo. Preguntó Almanza:

—¿El señor Lo Pietro?

—¿Quién pregunta por él?

—Yo —tras un silencio agregó: —De parte de Juan Lombardo.

El gigante lo hizo entrar en un salón donde se amontonaban, por todos lados, ataúdes. Le dijo:

—Espere.

En la pared de la izquierda había una puerta; a la misma altura, en la pared de la derecha, un enorme biombo de espejos, que reflejaba y multiplicaba los

ataúdes. En el fondo había un escritorio bastante imponente. Después de un rato, un hombrecito movedizo y gordo apareció por la puerta de la izquierda.

–Soy Lo Pietro –dijo–. Disimule el desorden. Su grata visita me sorprende en la mitad de un cambio de moblaje. Vanidad aparte, voy a tener, esté seguro, un salón atractivo donde mi clientela se hallará cómoda. El señor, que es artista, me entiende, lo doy por cierto. Además de la mercadería, que por fuerza hay que tener en exposición, habrá objetos como este biombo antiguo, de espejos azogados, que realza el ambiente y de paso oculta la puerta que va a nuestro tallercito y laboratorio. Aquí –dijo señalando un lugar libre en el centro del local– voy a poner una columna de porcelana azul, de un metro veinte de alto, con una planta, un agave. En las paredes irán fotografías. El salón va a quedar más alegre, mucho más alegre. A lo mejor el señor se molesta y me visita de nuevo. Perdone si le hablo demasiado. Usted me trae un recado del señor Lombardo. ¿O me equivoco?

–No, señor –contestó Almanza–. Le traigo solamente una carta de don Juan Lombardo. Don Juan me dijo que...

Lo Pietro, que lo escuchaba con vivo interés, lo interrumpió para preguntarle:

–¿Por qué no toma asiento?

Le indicó un cajón, que había cerca del escritorio.

Iba a decir “Estoy bien así” pero obedeció, para evitar una interpretación indebida. Lo Pietro dijo:

–Lo envidio. Un fotógrafo, un artista.

–Un fotógrafo, nomás.

–Si no es un artista ¿qué es un fotógrafo?

Tras alguna reflexión, Almanza confesó:

–Llevo años en el oficio, por lo menos uno o dos, y nunca se me ocurrió la pregunta.

–Con su permiso voy a presentarle a una joven colega –Lo Pietro abrió una puerta que daba al interior de la casa y gritó: –¡Carlota! ¡Carlota! ¿Me oyes, querida? ¿Podrías venir al salón de ventas, con tu máquina fotográfica? –Se volvió y explicó: –Es joven. Da todavía sus primeros pasos en este arte difícil, pero con tal entusiasmo, que no dudo: hay en ella una acendrada vocación.

Apareció una chica de unos diez años, baja, ancha, morena, con un vestido de terciopelo rojizo, con una ancha cinta del mismo tono en la cintura, medias blancas, zapatitos negros, con presilla y botón. Tenía en las manos una de esas cámaras que venden en las farmacias.

–El señor es un fotógrafo. Podrá aconsejarte.

La chica miraba inexpresivamente.

–Es muy –dijo Lo Pietro cuando fue interrumpido por el primer fognazo. Después explicó sonriendo: –Le iba a decir que era tímida.

Sobreponiéndose a los repetidos fognazos dijo Almanza:

–Pero la afición puede más. Así me gusta.

–Bueno, bueno –exclamó Lo Pietro–. Ya lo fotografiaste bastante al señor. Y sin pedirle permiso. Qué vergüenza, mi Carlota, qué vergüenza. Mientras ustedes dos hablan de fotografía, voy de una corridita hasta mi pieza, a buscar el informe que me pide el señor Lombardo.

Almanza buscó una frase para salir del incómodo silencio. Como nada se le ocurría, levantó los ojos hacia Carlota. Parpadeó en seguida, ante otro fognazo. Innesariamente preguntó:

–¿Te gusta fotografiar?

Lo Pietro volvió con un gran sobre blanco, en la mano. Casi no lo advirtió Almanza, porque estaba ocupado en un proceso que ocurría en su mente. Para expresarlo retomó una conversación anterior:

–Estoy pensando –dijo con alguna exaltación– que un fotógrafo es un hombre que mira las cosas para fotografiarlas. O a lo mejor un hombre que mirando las cosas ve adonde hay buena fotografía.

–Es lo que llamo el ojo profesional –exclamó Lo Pietro–. Uno se lo hace. Yo veo por primera vez a una persona y calculo el tamaño de su cajón.

Algo, no sabía qué, lo indujo a mirar hacia el biombo de espejos. Entrevió entonces la cabeza, con el pelo engominado peinado para atrás, del gigante que parecía un mono. En cuanto se cruzaron las miradas la cabeza precipitadamente desapareció detrás del biombo.

XX

Al salir vio en la vereda de enfrente a Gladys, la auxiliar del viejo Gruter. La muchacha corrió a su encuentro y le preguntó qué hacía en ese lugar.

Agregó:

–Quiero creer que nada malo te trae.

Tardó en comprender. Por último dijo con apuro:

–Vine por encargo de otros.

–¿Otros? Los de siempre, más bien, apostaría. La santa familia ¿o estoy equivocada?

–¿Cómo adivinaste?

–Pasemos. ¿Alguien murió? No, claro, éstos no mueren. Lo primero ahora es la purificación. Podríamos ir a un templo, pero yo prefiero otro recurso. El verdadero. El infalible. Trabajar un rato.

La miró con perplejidad. Ella dijo a modo de explicación:

–El trabajo purifica todo.

–Puede ser.

–Te acompaño a sacar algunas fotografías para tu libro.

–Don Juan Lombardo me espera. Tengo que darle este sobre.

–La santa familia, de nuevo. Por el señor ése dejaste para después las fotografías que ibas a sacar esta mañana. Parece justo que ahora te espere un rato. Nada hay más importante que tu trabajo.

–Muy justo.

Primero fueron hasta la casa de Almafuerte, en la calle 66. Pidió a Gladys que le tuviera el sobre, porque le molestaba, y se volcó en el trabajo, de muy buen ánimo. Cuando concluyó se encaminaron a la plaza Moreno, desde donde fotografió la Catedral. Cuando entraron a verla, se admiró de la altura. “Nunca pensé que hubiera un local tan alto”, comentó. Le gustaron mucho los vitrales. Tan embelesado los contemplaba que apenas oyó el murmullo de una vocecita, que le recordaba el zumbido de un moscardón. Distraídamente vio por ahí cerca una mujer en un reclinitorio y, sin pensar más, dedujo: “Es ella. Está rezando”. Seguido de Gladys caminó hasta la baranda que rodea el altar. Después de un instante descubrió algo raro. Donde él fuera, la vocecita aparecía. Cuando oyó la pregunta: “¿Quién es el diablo que está adentro?”, se hallaban detrás del coro, en un corredor en forma de herradura: por ahí no había reclinitorios ni mujeres rezando. Salieron de nuevo al cuerpo principal de la iglesia y se detuvieron debajo de una ventana con vitrales. No bien levantó la mirada para contemplarlos, oyó la vocecita. Parecía de alguien que

hablaba con furia, pero sin abrir la boca. Aunque la pronunciación no era clara, oyó perfectamente unas palabras que lo sorprendieron: “A Satanás yo le ordeno que ahora mismo salga del cuerpo de Nicolasito Almanza”. Reflexionó que más valía salir cuanto antes a la plaza, porque tal vez Gladys había contraído una enfermedad y le iba a caer bien el aire libre. Al pasar junto a la pila del agua bendita Gladys mojó los dedos, le trazó en la frente una cruz y retomando su propia voz le dijo:

–Te ofrezco mi cuerpo. Quiero salvarte de esa mujer. –Cuando enfrentaban la luz de afuera, que les obligó a cerrar los ojos, Gladys continuó, con marcada animación–. Qué día lindo. Vas a sacar las mejores fotografías.

Almanza pensó: “No andaba errado. Salir de la iglesia le hizo bien”.

–Prefiero la niebla de ayer –contestó–. Es un poco tarde y el sol está demasiado alto.

Sin embargo, no suspendió la tarea. Cruzaron la plaza, blanquísima, y sacó el Palacio Municipal, el Palacio de Gobierno y, desandando camino, en 50, la casa de Dardo Rocha y después la plazoleta Benito Lynch, donde había un árbol en una maceta de azulejos, con nombres como La Florida, que lo dejaron pensando. Gladys explicó:

–Benito Lynch es una figura que amo, no sé por qué.

–Se hace tarde.

–No has perdido tiempo.

–Muy cierto, pero debo entregar el sobre a don Juan.

Era notable cómo Gladys lo había arrugado y hasta ensuciado. Almanza dejó ver, tal vez, su desconcierto, porque la muchacha dijo:

–No te preocupes. Me lo llevo a casa, le paso una goma de borrar, lo plancho un poco y queda como nuevo.

–No hay tiempo –dijo, preocupado–. Lo llevo como está.

–No me guardes rencor ni te hagas demasiada mala sangre. ¿Te cuento lo que dice el señor Gruter de toda esa familia?

–Ya sé, que no es una familia. Que son malandras.

–No, eso no lo dice el señor Gruter. Lo decía o lo pensaba...

–Mascardi.

–No sabía que lo dijera el señor Mascardi. Lo pensaba esta humilde personita, hasta que el señor Gruter la desengañó.

–Qué suerte.

–No, qué mala suerte. Según el señor Gruter, la familia en cuestión es el propio diablo: Satanás.

XXI

En camino a la pensión de los Lombardo pensó mucho y rápidamente, con ideas no manejadas por su voluntad. Primero se dijo que fotografiaría desde adentro los vitrales de la Catedral, tratando de evitar, en lo posible, la deformación, y que pondría 30 de velocidad y ensayaría fotografías con aberturas que irían de 2,8 a 8. Después se preguntó (lo que era raro en él, porque no solía buscar en las palabras de nadie, más interpretación que la evidente) qué habría querido decir Gruter al mentar al diablo. ¿Que los Lombardo eran de mala entraña? Tal vez, pero no solamente eso, en vista de las preguntas y de las órdenes que le oyó a la vocecita, cuando visitaban la Catedral. A renglón seguido se preguntó qué haría cuando don Juan le echara en cara el estado del sobre. Aguantar, porque en realidad el sobre estaba a la miseria y porque él no se iba a rebajar a descargar la culpa del manoseo en Gladys, aunque fuera una perfecta desconocida a quien don Juan no iba a tener en su perra vida ocasión de reprochar. Se admiró a continuación de cómo sus

amigos de La Plata lo prevenían contra los Lombardo, sin conocerlos en absoluto. Si al fin de cuenta los Lombardo salían siendo unos malandrines y le traían algún perjuicio (¿qué perjuicio, háganme el favor?) ya oiría un reguero de reproches de ser terco y no hacer caso a quienes, porque lo querían bien, lo precavieron. Pero si dejaba de verlos, por la injerencia de gente que no los conocía, se portaría enteramente mal con una familia respetable, de la que recibió repetidas pruebas de afecto.

Entró en la pensión de 2 y 54 todavía atareado en tales cavilaciones. Por un movimiento de su brazo reparó en el manoseado sobre y se acordó del momento amargo que lo esperaba. En ese instante oyó un clamoreo y un golpe, como si algo pesado hubiera caído, en el piso superior, por el lado de la habitación de los Lombardo. Corrió escaleras arriba. Se encontró con la puerta entreabierta y con un cuadro inesperado y desagradable: don Juan, arrebatado por la furia, con una mano en alto y Julia gimiendo en el suelo. Segundos después (segundos que le parecieron larguísimos) don Juan se dejó caer en su silla. Pensó entonces que lo peor había pasado y que más valía retirarse. Con un poco de suerte, quizá ni el padre ni la hija se enterasen nunca de que un extraño los había visto en tal mal momento.

XXII

Almanza era un muchacho tranquilo, aguantador si lo exigían, incapaz de perturbarse por el simple hecho de asistir a una discusión violenta o a una pelea. Sin embargo no se acordó de buscar a la patrona, para dejarle el sobre.

Tal vez lo que vio le pareció penoso, por envolver a un padre y a su hija. Peor todavía: a un padre anciano y a una hija que no era una criatura, sino una

mujer. Una mujer joven, que ese mismo día él recordó, en más de una ocasión, como si la extrañara. Probablemente lo contrariase también el hecho de que la situación entrevista correspondiera, en apariencia al menos, a la idea que se hacían los otros sobre la familia Lombardo.

Mascardi lo esperaba en la puerta de la otra pensión. Como era de prever, dijo:

–Qué horas.

–No sabés la mañana que tuve.

–Ya me contarás. Vamos a llegar tarde a nuestro restorancito.

–Me parece mejor que hoy almuerce cada cual por su lado.

–¿Qué pasa?

–Tengo que poner cuidado en el gasto. Acá todo es carísimo y quién sabe cuándo llega el giro de Gabarret.

–Nadie tiene mujeres de arriba.

–No me cuestan plata.

–Al señor no le cuestan plata las mujeres. ¿Te habrás vuelto medio agarrado? Hay que elegir: agarrado o embustero.

–Como quieras, pero almuerzo en el café.

–Te acompaño.

–Esperame. Voy a dejar en el cuarto la cámara y este sobre.

–Te acompaño –dijo Mascardi cuando salían, y agregó: –bajo protesta.

Se metieron en el primer café que encontraron, en la misma calle 43, frente al Sindicato de Obreros de la Carne.

–Tengo que fotografiar el sindicato.

–Es una tapera.

–Basta mirarlo un poco para saber que te da una buena fotografía –dijo Almanza.

Pidieron dos cafés con leche completos.

–Agregue un especial de lomo –ordenó Mascardi, para luego bajar la voz y puntualizar: –Acordate: de acá hoy salgo con hambre.

Después de lamentar el puchero que se perdió (plato del día del restorancito) le preguntó qué lo había tenido ocupado hasta esas horas.

–Fue una mañana cargada. Don Juan, que está atrasado de salud, me pidió que le hiciera una diligencia.

–¿Se puede saber qué diligencia?

No estaba en su ánimo dar pormenores y lo molestaba que le hicieran muchas preguntas. Por su parte, Mascardi no se conformaba así nomás. Había tomado en serio sus estudios de cómo llegar a la verdad en un interrogatorio.

Almanza adoptó la firme resolución de no decir una palabra de lo que vio en la pensión y, como quien transa, refirió su visita a la cochería Lo Pietro.

–No vas a creer, pero ahí me encontré con una colega de unos diez años, que me sacó una punta de fotografías. La hijita de Lo Pietro. Si te cuento lo que me dijo este señor muy formal y tan amable, te morís de risa. Me dijo que no bien conoce a una persona, ya calcula las medidas del ataúd.

Al salir del café, dijo Almanza:

–Voy a pasar por la pensión.

–Te acompaño. Me sobra el tiempo.

–Voy a buscar la bolsa con la cámara y la carta que me dio Lo Pietro para don Juan Lombardo.

–Apuremos el tranco –dijo Mascardi, mientras sujetaba de los brazos a su amigo, para explicar con burlesco empaque: –No hay que tener esperando a tan expectable caballero.

–Te parece gracioso, pero el pobre espera desde la mañana y ahora va a recibir un sobre manoseado y sucio.

–En tu lugar, me moría de vergüenza.

–Es claro que me da vergüenza. No viste el sobre. Voy a pasarle una goma y plancharlo un poco.

–A mi juego me llamaron. Yo me encargo. Te lo dejo como nuevo. Estudié la bolilla.

–¿Qué bolilla?

–No se lo digas a nadie. El curso completo abarca más de veinte bolillas.

–¿Eso qué tiene que ver?

–Tiene. Precisamente la bolilla catorce –puntualizó– trata de lo que el vulgo llama violación de correspondencia.

–Ni se te ocurra abrir el sobre.

–No se nota.

–No es por eso.

–Entonces ¿por qué? ¿Una viaraza? Bajo mi responsabilidad, el hombre no se entera. En cambio, si nosotros nos enteramos de algo sospechoso, me das la razón. En el caso (uno en mil, te juro) en que no encontremos nada sospechoso, no digo otra palabra contra esa gente. Mientras viva.

–Sería una ventaja, pero no.

–¿Bajo ningún concepto te avenís?

–Te dije que no.

–Ya verás que nos arrepentimos. Bueno, te dejo, para siquiera una vez llegar puntualmente al trabajo.

Salía con el sobre para don Juan. La mujer del inspector de estaciones de servicio, que estaba en la puerta, le preguntó con una sonrisa:

–¿Dónde va tan apurado? Me gustaría que alguna vez charláramos un momento.

–Cuando mande.

–¿Ahora?

–Si gusta.

–¿Tomamos un cafecito?

No lo tomaron en el bar que está frente al sindicato, por quedar demasiado cerca de la pensión.

–Pueden vernos –dijo la señora–. La gente es mal pensada.

Entraron en el de 7 y 43. Ya en la mesa, explicó la señora, riendo y mirándolo a los ojos:

–Las mujeres somos como los chicos, de lo más curiosas. Cuando vemos a un hombre que tiene suerte con las mujeres nos preguntamos por qué será.

Se alegró Almanza de que fuera animosa y habladora, porque había notado que en las conversaciones con mujeres él tendía a callar, por no saber qué decir. La señora aclaró:

–Yo digo lo que se me pasa por la cabeza, porque sé que usted no va a pensar mal. Los hombres que gustan a las mujeres nunca piensan mal.

Además, yo podría ser su madre.

–Usted es joven todavía.

La señora pasó a explicar que, precisamente, el hecho de querer tanto a su marido le daba una libertad que no tienen otras mujeres, menos seguras de lo que sienten. Continuó:

–Yo sé que no pasa nada si mi marido, a lo largo de sus muchos viajes, encuentra alguna mujer que le gusta. ¿De acuerdo?

–Es claro, sí, pero no estoy seguro de entender.

–Todo lo que puede pasar es un revolcón, pero después vuelve a mí, como siempre. Y si por una casualidad yo hiciera otro tanto, el resultado no varía. Es claro que para él las cosas son fáciles, porque las mujeres son más naturales. Y más vivas. No se dejan engañar por lo que dicen, no sé si me entiende.

¿Quiere una prueba de que son más vivas? Gobiernan el mundo. Los hombres se limitan a repetir lo que ellas les inculcaron. Fíjese, los hombres siempre fueron andariegos y mujeriegos, enemigos de las ataduras. Desde que se tiene memoria, las mujeres buscaban el casamiento y los hombres como podían lo evitaban. Ahora todo eso cambió. Ni les hable a los hombres de una aventura pasajera. Quieren formar pareja y construir algo, no saben qué. Repiten lo que las mujeres les dijeron. El resultado está a la vista. Hoy en día la mujer que pretende una aventura pasajera es una sobreviviente de otra época. No quedan hombres para ella. Entre los que quieren construir algo y los maricas, no quedan hombres. ¿Usted qué piensa?

–Francamente, no sé.

–Lo que sabemos es que estaba apurado. No quiero que por mí llegue tarde. Almanza agradeció, pagó y se fue.

Porque nunca una mujer le había hablado así, lamentaba que esta conversación quedara trunca.

XXIV

Cuando llegó a la pensión de los Lombardo, la patrona le dijo:

–Ave María purísima. Menos mal que vino. El señor don Juan estaba inquieto.

–¿Enojado?

–Para nada. Le diría: todo lo contrario. Inquieto de que le pasara algo. Pobre señor: al verlo ¡cómo se va a alegrar!

–Subo a su cuarto. ¿No estará durmiendo la siesta?

–Vaya, vaya cuanto antes. Le aseguro que es notable el afecto que le ha tomado el señor en tan poco tiempo.

–Voy ahora mismo.

–Que no me oigan las hijas. O me equivoco de medio a medio, o lo quiere más que a ellas. Ave María purísima. Para mí que ve en su traza algún parecido con el hijo que perdió.

Una vez más, al subir las escaleras, admiró el vitral de las figuras. Golpeó a la puerta. Debió repetir los golpes. Por último, con voz de sueño, Lombardo preguntó acremente:

–¿Quién es? ¿Qué hay?

–Soy Almanza.

–¿Ya? No puedo creer. Adelante, adelante.

Almanza entró y dijo:

–Le traje el sobre.

En tono tranquilo, como el que se aviene a relatar algo que no le interesa mayormente, prosiguió don Juan:

–Te has tomado tu tiempo, hijo mío. A sabiendas, no nos llamemos a engaño, de que yo esperaba la carta con la mayor ansiedad. Es claro que al mocito mi ansiedad lo tiene sin cuidado. Que el viejo majadero se las arregle.

–Siento mucho, señor.

–Es un poco tarde para sentir mucho. ¿Se puede o no se puede saber en qué ocupaste el tiempo? ¿Sonseando con alguna arrastrada? ¿Una arrastrada que yo conozco perfectamente?

–No sé de qué me habla, señor.

–No te abuses, muchacho. Tengo correa, soy bonachón y tengo correa, más que nada para lonjear al que se pasa de vivo. Yo nunca perdono al que me toma por estúpido.

–Aquí le traigo esto, señor.

Recibió don Juan el sobre. Lo miró por un lado y por otro, sin ocultar la extrañeza.

–Yo diría que has tardado bastante y que has traído una cosa impresentable. Ya sé: para todo hay explicación. Primero, te tiene sin cuidado lo que yo piense. Después... después, una pregunta: ¿no te enseñaron a dominar la curiosidad?

–No entiendo.

–¿No? Sabrás por qué. Es más claro que el agua. Abrir lo que está pegado, es muy fácil, pero después, pegarlo sin que se note, requiere una larga paciencia. Lo más triste es que de nada vale el esmero que uno ponga. Quedan marcas.

–No estoy seguro de entender.

–Me dan rabia los que faltan a la verdad.

–Usted no me conoce. Por eso habla así.

–Para que te respete, no te hagas el quisquilloso –dijo don Juan, con una sonrisa benévola–. Conocí gente quisquillosa, con el amor propio a flor de piel, que se allanaba, como cualquier bribón, a engatusar y desplumar al prójimo.

Parecía muy divertido con sus explicaciones y tal vez también con las de Almanza. Éste replicó:

–No me gusta que me digan lo que no es.

–Que te demoraste más de la cuenta no se discute. Que el sobre está manoseado, tampoco.

–Manoseado, señor, de acuerdo. Soy el primero en reconocerlo. Pero que lo abrí, señor, eso nunca.

Mientras decía estas palabras, abrió la bolsa, escarbó en su interior, extrajo la cámara.

–No puedo creer lo que veo –exclamó don Juan–. ¿Es manera ésa de manifestar respeto? Mientras levantas, o finges levantar, cargos bien fundados, te pones a jugar con tus maquinitas.

–Señor, pensaba tomarle unas fotos.

Almanza había sentido el impulso de fotografiar: lo conocía perfectamente. Por su parte don Juan dejó ver en el semblante el recorrido de sus emociones, desde el furor inicial, a través de una inesperada reconsideración, hasta la conformidad y la complacencia. Preguntó:

–¿De veras vas a fotografiarme?

–Si usted lo permite.

–Cómo no. –Quizá tuvo aquí don Juan una duda, porque preguntó rápidamente: –¿Cuánto me va a costar?

–Nada, señor.

–¿Me vas a fotografiar ahora mismo? ¿Cómo me pongo?

Sin esperar contestación irguió la cabeza, adoptó una expresión tensa, grave y enérgica, sacó pecho. Parecía desafiar al fotógrafo y al mundo.

Almanza lo fotografió no menos de veinte veces. Después don Juan retomó la conversación.

–Para evitar mala sangre, la tuya y la mía, acepto tus explicaciones. Debes recordar que la gente, a mi edad, es un poco pesada y hasta cargosa. Además, como sabes, no estoy muy bien.

–Ya se va a reponer.

–Cuando ése mejore –dijo don Juan, señalando la ventana con un dedo que parecía una garra y guiñando un ojo.

–¿Cuándo mejore quién, señor?

–Quién va a ser. El tiempo. Está raro.

XXV

Volvió a la pensión, para dejar la cámara y, ya que estaba, averiguar si había llegado la carta de Gabarret. Por increíble que parezca, doña Carmen no debió de oírlo. Almanza tuvo que golpear repetidamente en la puerta y en la ventanilla. Por fin apareció la señora, con el pelo revuelto, el batón ladeado y refregándose los ojos con una mano carnosa. Almanza dijo:

–Perdón, señora, si molesto.

Miró la boca pintada. Tal vez por el aspecto de la señora, más vale desaliñado, la pintura de la boca resaltaba tanto.

–No, en absoluto. Es muy raro. Me habré dormido, yo que duermo tan mal.

–Una picardía, despertarla –se lamentó Almanza.

–Nunca duermo la siesta –aseguró doña Carmen.

–Perdone, señora, quería saber si llegó algo para mí.

Los labios rojos se fruncieron en un mohín de contrariedad.

–Cuando llega correspondencia, la entrego.

–Espero una carta del hombre que me contrató.

Los labios rojos volvieron a fruncirse.

–No me gusta que me tomen por sonsa.

Con su arrebatado doña Carmen impidió el comentario que estaba por hacerle sobre la demora del giro. “Mejor para mí”, recapacitó Almanza. Quizá no convenga alertar a una posible víctima.

XXVI

Del cuarto número 5 salió un matrimonio con el que se había cruzado varias veces. No lo saludaban. Lo miraban entrecerrando un poco los ojos, con mal disimulada extrañeza o desconfianza. Eran gente mayor. El señor, de cráneo en forma de huevo, cara pálida, verdosa, opaca, lampiña y traje negro; la señora, parecida en cuanto a cabeza ovoide y ropa oscura, tenía la cara tan pálida como su marido, pero sombreada por la vellosidad. Doña Carmen les dijo algunas palabras cordiales y, cuando se alejaron, comentó:

–El matrimonio Kramer, ¡qué gente encantadora!, un verdadero pilar de esta pensión. Viven con nosotros desde el día en que la inauguramos y espero que nos acompañen por largos años.

Al final de la tarde trabajó en el laboratorio. Las revelaciones y las ampliaciones le probaron que a pesar de la luz vertical del mediodía había fotografiado bien. Conversaron como siempre y Gruter le dijo:

–Año tras año me gusta más mi trabajo, aunque me paso la vida ampliando fotografías comunes.

Explicó el viejo que solamente en el laboratorio podía uno hacer justicia a la incomparable luz de La Plata, a esa niebla sutil que algunas tardes envuelve los edificios y les da un encanto particular, como el nimbo a los santos.

Concluyó:

–A veces me pregunto si el verdadero oficio del fotógrafo no empieza en el cuarto oscuro, en las piletas y en la ampliadora.

–Hasta ahí no lo acompaño. Sé que no soy nadie para discutir con usted, pero estoy convencido de que toda la fotografía depende del momento en que apretamos el disparador.

–¿Y la máquina hace clic?

–Y la máquina hace clic.

–El disparo siempre es igual, aunque sostenga la cámara un fotógrafo de plaza, o el señor que la compró en la farmacia para sacar a su familia o un profesional como Gentile, como vos o como yo.

–Igual, sí, pero con la diferencia, como se dice en el truco.

–Vean cómo se agranda cuando habla de su oficio –comentó con aprobación Gruter.

–Está bien –observó Gladys–. El verdadero artista no se equivoca sobre su capacidad, ni para arriba ni para abajo.

Más alentado, Almanza declaró:

–Yo creo que es fotógrafo el que sabe cuándo debe apretar el disparador.

–Está bien –concedió Gruter–. Es fotógrafo el que sabe qué parte del mundo que nos rodea permite una buena fotografía.

–A veces me pregunto si no me hice fotógrafo porque me gustaba apretar el disparador.

–¿Las cámaras no te atraen? Yo siento por las cámaras una atracción casi erótica –dijo Gladys.

Reflexivamente comentó el viejo:

–En boca de una niña ciertas libertades lo toman a uno de sorpresa.

–Yo creo en el poder de la mente –dijo Gladys– y concentro el que tengo en salvarlo de esa familia.

Como si él ya no estuviera ahí, comentó Gruter:

–Va a darnos trabajo. Cree en ellos, los quiere. Es un hombre que no prevé la mentira.

XXVII

Fue hasta la pensión, por si hubiera llegado el giro. No había llegado.

–¿Qué sucede? –preguntó Mascardi, que salía de la pieza.

–Nada. Casi nada. Se me acaba el dinero.

–Hoy comemos en el restorancito. Una buena alimentación reanima. Es un remedio que no falla.

–No estoy para derrochar.

–Haceme caso. Yo pago.

Conversando, salieron a la calle.

–No puedo comer en restaurante, aunque pague otro, si no tengo lo que debo.

–Haceme caso. El giro va a llegar.

–¿Y si no llega? ¿O si llega y no alcanza para nada?

–Entra a funcionar el plan Mascardi. En la mitad de la noche, cuando todo el mundo está en el séptimo sueño, dos amigos, cargados con sus pertenencias, abandonan en puntas de pie la pensión y con la mayor tranquilidad se dirigen a otra, en otro barrio.

–Todo el mundo estará en el séptimo sueño, menos la patrona, que no cierra el ojo.

–¿Nicolás Almanza creyó eso? Un cuento que ella misma pone en circulación, para que los pensionistas no se le escapen en la mitad de la noche.

En tono grave dijo Almanza:

–No está bien que te juegues por mí. Para peor, siendo de la policía.

–¿Peor siendo de la policía? En ese punto estás completamente equivocado.

Te aseguro que la señora va a pensar dos veces antes de presentar una denuncia que puede envolver a un miembro de la repartición.

En el restaurante les dieron la mesa de siempre. El Viejito y Laura, que llegaron al rato, se sentaron con ellos. Laura comentó:

–Hoy al almuerzo no apareció ninguno de ustedes.

–Almorzamos en un café –dijo Almanza.

–Qué le vamos a hacer –dijo Mascardi–. El señor quiere ahorrar. No le mandan la paga.

El Viejito comentó:

–Yo creía que solamente el empleado público pasaba por ese trance. La verdad es que nadie se apura en pagar y que nadie te da respiro a la hora del cobro.

–Me perdonan si tardé –dijo el patrón–. ¿Qué les puedo servir?

–Para nosotros, un puchero –dijo Laura.

–Como ven, no pierde la manía de alimentarme –dijo el Viejito.

–Para el señor, un churrasco a la pimienta, bien picante –dijo Mascardi, señalando a Almanza–. Esta noche tiene que estar al pelo.

–¿Por qué? –preguntó Almanza.

–¿No esperabas una visita? –preguntó Mascardi.

–No estoy seguro.

–Por si acaso es mejor que te sirvan comida picante. No queremos que hagas un papelón.

–¿Qué papelón? –preguntó Almanza.

Los otros se rieron.

–No les hagas caso –dijo Laura–. Son unos groseros y unos envidiosos.

XXVIII

Se había hecho a la idea de que tal vez no viese a Griselda esa noche, pero después de las bromas de Mascardi, que daban por segura la visita, en dos o tres ocasiones preguntó la hora, como si estuviera impaciente. Cuando llegaron a la habitación, Mascardi le recordó:

–Dijiste que ibas a poner el biombo entre las camas.

–¿Para qué? No va a venir.

Sin duda no quería llevarse una desilusión.

–Te dijo que venía. Yo que vos estaría preparado.

–Estoy seguro que no viene.

–Y en caso de equivocarte, que se arregle sola... Me la imagino: una pobre cieguita, golpeando con su bastón las puertas, despertando a toda la casa.

–No tiene nada de ciega.

–Pero llega a un lugar que no conoce y lo encuentra a oscuras.

Almanza movió la cabeza con incredulidad. Le previno Mascardi:

–Nunca se sabe. Pensemos lo peor. Si la patrona sorprende a tu convidada, ahí nomás la echa y te echa. En ese momento, tan propicio, le anunciás que no vas a pagar la cuenta, por falta de plata. Te come crudo.

–Habrá que aguantarse.

–Me parece que te importa poco de esa chica, o señora, o lo que sea.

–¿Por qué?

–No te importa que pase un mal momento. Estarás resignado, quiero creerlo, a que tu Griselda, aunque no conozca lo que se llama el orgullo, te haga la cruz. Quién te dice que no salgas ganando.

Minutos antes que el reloj de péndulo diera las doce, Almanza, no del todo convencido, puso el biombo entre las camas, entreabrió la puerta, avanzó a tientas por la penumbra del salón, hasta que sus manos extendidas tocaron la puerta cancel. Si Griselda llegaba, desde luego convenía que él estuviera ahí para recibirla. Es verdad que esa llegada le parecía increíble; de todos modos pasó un largo rato atento únicamente al esperado rumor de la llave en la cerradura, que no se producía. No pensó que Mascardi lo hubiera mandado a ese plantón para mofarse.

XXIX

Cuando el reloj de pie dio las doce y cuarto, Almanza se dijo que ya podía irse tranquilamente a la pieza. Más le valía no prolongar el plantón. A Griselda, con el viaje, se le había hecho tarde para visitarlo esa noche. Por su parte, llegaría a la pieza con alivio, como el que se salva de un engorro, pero a los pocos minutos se preguntaría si no se había apurado. Para qué negarlo: tenía ganas de ver a Griselda. Nunca había tratado a una mujer igual, tan aseada, tan linda. Tan sincera también. Y aparte de todo eso, porque le había gustado estar con ella, la extrañaba. Se dijo entonces que lo más atinado era quedarse ahí hasta que el péndulo del reloj marcara el próximo cuarto de hora. A lo mejor le daba tiempo a Griselda para llegar. De gente conocedora había oído que las mujeres, principalmente las bien vestidas y lindas, no se preocupan por el horario. Es claro que de cuarto de hora en cuarto de hora;

podría muy bien pasarse ahí toda la noche. Lo que de veras lo sorprendió fue el rumor inconfundible, tan esperado un rato antes, de la llave en la cerradura. Miró con la mayor atención, la puerta que se abría y la vio a ella o, mejor dicho, casi no la vio. Estaba en la oscuridad, con la cabeza envuelta en un pañuelo y el cuello del impermeable levantado. Perplejo y confuso, recordó comentarios de los muchachos del pueblo, sobre señoras que entraban con aparatoso disimulo en hoteles, y lo enojó que su amiga se portara como ellas. Con un ademán, por no saber qué decir, le indicó la puerta del cuarto. La muchacha se deslizó adentro. “¿Por qué esta pantomima?”, se preguntó, pero recapacitó que tal vez él tuviera la culpa, ya que había insistido en el peligro de que la patrona los descubriese. “Peligro ¿de qué, háganme el favor? Yo fui el chiquilín.” Justo en el momento en que se disponía a entrar en la pieza, oyó a sus espaldas la voz de la patrona, que preguntaba:

—¿Se puede saber qué ocurre, señor Almanza?

Caminó hasta la ventanita, miró, muy serio, a doña Carmen y dijo:

—Nada, pero desde ya, si usted quiere, me voy.

—¡Qué malo es, Almanza! ¿Cómo voy a querer que se vaya?

¿Por qué le hablaba así? Él no había tenido intención de amenazar ni de mostrar enojo, sino de avenirse a la voluntad de la señora, que era la dueña de casa. Dio las buenas noches, entró en la pieza, encendió la luz. “No está acá”, pensó, de nuevo perplejo. Vio en seguida la ropa tirada por el suelo, miró la cama, descubrió que la chica estaba debajo de las mantas. Arrimaba la mano para levantarlas, cuando resonó el grito sofocado: “Soy yo”, volaron las mantas por el aire y apareció desnuda, tapándose la cara, risueña pero avergonzada, Julia.

No podía creer lo que veía.

–Yo te quise primero que ella –protestó, mirándolo ansiosamente–. ¿Quién te acompañó a fotografiar? Creía que congeniábamos, por eso vine. Nunca se me ocurrió que te ibas a enojar.

Pensó que Julia, en su llanto, no hacía muecas y que le gustaría fotografiar esa cara tan linda, empapada en lágrimas. Le dijo que era muy linda. Julia contestó:

–Entonces besame.

XXX

Descansaron un rato, en silencio; después conversaron. Julia le confesó que a la tarde, cuando él se asomó, don Juan le pegaba.

–Vio que yo sacaba de la mesa de luz la llave que le diste a mi hermana.

–¿No quería que vinieras?

–Quería que viniera Griselda. No vayas a creer que le divierte mucho que su hijita preferida ande con hombres, pero no pierde la esperanza de que por vos olvide a Raúl. ¿Todavía no descubriste cuál es el juego que le gusta más a mi padre?

–Nunca pensé en eso.

–Sos una buena persona. A mi padre le gusta manejar a los otros, sin que sepan que los maneja ni para qué.

–¿Quién es Raúl?

–El marido, o ex, de Griselda. Ella se largó a Brandsen para verlo, con el pretexto de que no paga lo que el juez ordenó. La pura verdad, por otra parte.

–¿Lo quiere?

–No sé si lo quiere o si quiere impedir que yo vuelva a él. Yo tendría que estar loca.

–¿Que vuelvas a él?

–Era mi novio o como quieras llamarlo. Me lo sacó Griselda. Por suerte. El tipo no vale nada. Lo más lindo es que mi padre dice que yo le saco los hombres a mi hermana. Ahora me voy, porque me cansé de hablar susurrando.

–No te vayas todavía.

–Tengo que irme. Te dije en broma lo de hablar susurrando, aunque en verdad es cansador. Tengo que irme porque no puedo llegar tan tarde.

–Te acompaño.

Lo besó y le dijo:

–No te levantes. Quedate bien tapado, que hace frío. Me voy sola. Te aseguro que no es necesario que me acompañes hasta casa.

La acompañó y, cuando llegaron a la otra pensión, quiso entrar, para llevarla hasta el cuarto. Julia dijo:

–Mejor que ahora te vayas.

Un poco en broma, un poco en serio, agregó que él era muy valiente.

–¿Por qué?

–¿Cómo, por qué? Estabas dispuesto a ir conmigo hasta la propia boca del lobo.

No aclaró si el lobo era Griselda o don Juan.

En el trayecto de vuelta le pareció ver, a lo lejos, en una esquina, a Mascardi. Almanza lo saludó con la mano. El otro, fuera quien fuera, se perdió en la oscuridad.

Al entrar en la pensión oyó una severa voz inconfundible.

–Joven Almanza.

–¿Doña Carmen?

Desde su ventanita (un rectángulo iluminado en la pared oscura) la patrona muy pintada y con la cabeza envuelta en un mantón negro, de flores rojas, hizo un mohín que pretendía ser pícaro, pero que traslucía irritación. Exclamó:

–Cuántas idas y venidas. Cuántas vueltas y revueltas. ¡Qué horas!

–Tiene razón, doña Carmen. Ha de ser tarde.

Se deslizó a su cuarto, y no se acordó de retirar el biombo, para ver si Mascardi estaba. Tenía sueño. Se aflojó el cuello, se tumbó en la cama.

XXXI

Se levantó a la hora de siempre. Cuando se acordó, apartó el biombo. Mascardi no estaba. El desorden de sábanas y mantas parecía indicar que durmió ahí. Al pasar al salón oyó:

–¿Gusta un mate?

Le hacía la pregunta la señora del inspector de estaciones de servicio. Con ella mateaba una muchacha, de grandes ojos y largas trenzas, relucientemente oscuras. Tardó un instante en contestar, porque se admiró ante la desconocida. Así encuadrada en el alto respaldo del sillón de mimbre, la veía como si ya la tuviera en una foto. Una postal, quizá.

–No se moleste, señora –contestó.

–No es molestia –dijo la señora Elvira y le pasó el mate.

Tras una chupada comentó:

–Está muy bueno, señora.

–Algunos dicen que tengo buena mano para cebar.

Almanza recordó que el viejo Gentile siempre comentaba que sería una gran idea preparar una colección de postales para las fiestas de fin de año.

Cuidando las palabras dijo:

–Agradecido. También le voy a agradecer a la señora, si le pide a la niña que me pose para un retrato.

–Le prevengo, Almanza, que la niña es licenciada en ciencias políticas.

–Socióloga, tanto da –terció la desconocida.

–¿Te fijaste, Zulema? –observó la señora–. Todos son iguales. Hasta los artistas. Ven la belleza de la juventud y que las demás revienten.

–Te prometo que me gustaría ser tan linda como vos –dijo Zulema.

–Y a mí, tan buena como vos –dijo riendo Elvira.

–Las dos son lindas –se apuró a decir Almanza.

–Y usted me gusta más cuando es franco –dijo Elvira–. Creo que para ver la belleza de la madurez le falta un poco de imaginación y de refinamiento.

–No estoy seguro de entender –contestó Almanza–. ¿Puedo fotografiarlas?

–Ya habrá ocasión de fotografías y de lo que se le ocurra. La licenciada llegó hace poco y la tenemos para rato.

Caminó hasta el bar de la otra cuadra, se sentó en la mesa donde Mascardi leía el diario y pidió mate cocido y pan.

–¿Con manteca y dulce? –preguntó el mozo.

–Pan solo, pero abundante, por favor.

–¿Midiendo los gastos? –preguntó Mascardi.

–No es para menos.

–¿Y realmente creés que si pidieras un café con leche completo, como la gente, serías un derrochón?

–No, pero me gusta el mate cocido con pan. Cuando trabajaba en el campo, nos desayunábamos con mate cocido y galleta. También me gusta.

–Sufrido, el joven.

Después de un rato comentó Almanza:

–Te vi anoche.

–Yo también te vi –contestó Mascardi.

–¿Por qué me espiabas?

–No te espiaba. Me di una vuelta, entre las dos pensiones, por si te preparaban una trampa.

–Jugando a los detectives. ¿No te habrás vuelto loco?

–Sabía que te ibas a enojar. Sé, también, que tu suegro no es trigo limpio. Para sus antiguos patrones, los propietarios de un campo en el partido de la Magdalena, es un grandísimo bribón.

–Eso no prueba nada. Los propietarios nunca hablan bien del mayordomo que se fue.

–En Brandsen tuvo pleitos. Uno con un lindero, que de puro bueno le cedió paso por el campo. Y don Juan lo acusó de haber corrido alambrado para quedarse con hectáreas de su pertenencia y otras falsía.

–Te voy a pedir muy en serio que no sigas tus averiguaciones.

–Es mi trabajo.

–Lo sé, pero te pido que dejes en paz a los Lombardo. No quiero que por mi culpa te pongas a ventilar sus secretos.

–De acuerdo. ¿Puedo hacerte una última pregunta, antes de abandonar el tema?

–Claro.

–¿Supiste por qué se fue el hijo?

–¿Ventura? Don Juan me contó.

–¿También te contó que el hijo tenía miedo que lo matara para cobrar el seguro? Todo Brandsen lo sabe.

–Si me mata a mí no podrá cobrar el seguro.

–Me das la idea. Francamente, no se me había ocurrido.

Pagaron y salieron. Antes de tomar cada cual su camino Almanza dijo:

–Echás las cosas a la broma, pero yo te hablo en serio. Por favor, dejá en paz a los Lombardo y no me sigas.

–Está bien.

–No sé qué pasa últimamente. Es muy cansador. Todos quieren cuidarme. Antes no era así.

–Antes no habían aparecido... Ya me olvidaba de la promesa. Hasta luego. Si no me apuro, llego tarde al trabajo.

XXXII

Caminaría hasta la plaza Moreno, fotografiando al azar, con la esperanza de recoger, de reproducir, la luz y el ambiente de la ciudad. Tomó así instantáneas de transeúntes y de escenas callejeras. Más tiempo le llevaron una antigua estación de tranvías, la Facultad de Ciencias Económicas, la de Derecho, la Universidad, que fotografiaba por segunda vez, el Jockey Club. De golpe comprendió que se olvidaba nuevamente de mandar el material a Las Flores. Mientras corría a la plaza Rocha, pensaba: “No tengo arreglo. Es como si quisiera darle una excusa a ese viejo agarrado, para que no mande el giro”. Ya despachado el sobre, fotografió el pasaje Rocha y, luego, en la diagonal 73, una escuela. A la altura de 9 alguien lo tomó del brazo. Era Laura.

–Te andaba buscando.

–¿A mí? –preguntó, extrañado.

–¿No te importa venir un momento a casa? Es acá nomás. Tengo que hablarte.

No era ahí nomás. Caminaron cuerdas y cuerdas. Laura iba adelante, muy derecha, y a él le costaba seguirle el paso. Entraron por fin en una casa de departamentos, que le pareció altísima y que no debía de estar lejos del café donde habían desayunado el día antes.

El hecho de que tomaran el ascensor era para él una satisfacción. Ya le había pronosticado Gentile que en la capital de la provincia conocería cosas nuevas. Mientras subían miraba con interés los números de los pisos. De pronto comprendió que se había olvidado de la chica. Pudo ver que también ella estaba atenta al paso de los números. “Qué raro que mire como yo, si para ella no es novedad.” Después de observarla, reflexionó: “Lo hace para contener el llanto. Los ojos están brillosos”.

El departamento era de un solo cuarto, con una gran cama de mimbre, muchos libros, una máquina de escribir, dos sillas. No se sentaron. Laura dijo como si riera:

–Se lo llevaron.

La risa no era más que una mueca para reprimir y, muy pronto, soltar el llanto.

–¿Quién se lo llevó?

–¿Te dijo tu amigo que es de la policía? ¿Y te acordás del otro que se arrimó la primera vez a nuestra mesa, en el restaurante, un mirón de ojos muy chicos?

–¿Pedro?

–El mismo. Ése también es detective.

Ya no parecía triste sino enojada.

–Al tal Pedrito no lo conozco. A Mascardi, de toda la vida. Pongo las manos en el fuego por él.

–¿En qué trabaja, vamos a ver? ¿Vive del aire?

–No sé de qué vive ni me importa, pero quiero que me cuentes qué le pasó a Lemonier.

Laura se cubrió la cara con las manos y empezó a llorar.

XXXIII

Fue directamente al restaurante. En cuanto se asomó supo que Mascardi no estaba ahí. Tenía demasiada hambre para quedarse adentro, sin comer. Salió, se paró en la otra vereda. Pensaba: “Ojalá que aparezca. Apuesto que bastan cinco minutos de conversación franca, para que me aclare que él no tiene nada que ver con lo del Viejito. ¿O me equivoco?”. No se encontraba en las mejores condiciones para prolongar el plantón. “Una vergüenza”, murmuró. “Siento las piernas flojas. Ha de ser el hambre.” Cuando vio pasar, frente al restaurante, a una embarazada, pensó: “O aparece Mascardi o, a la segunda embarazada, me doy por satisfecho y me voy”. La espera fue corta. A los pocos minutos apareció Mascardi.

–¿Juntando hambre? –preguntó–. ¿Así que no llegó el giro? Por algo los ricos son ricos.

–Quiero hablarte.

–Hablamos en el restaurante.

–No piso el restaurante hasta que el dinero llegue.

–Si es por eso, no lo vas a precisar.

–Ahora no entiendo.

–Mascardi y Almanza, esta noche, cantando bajito, se mudan de pensión.
Resultado: al despertar mañana estás libre de toda deuda.

–Y mañana mismo, un suponer, llega la tan esperada carta de don Luciano Gabarret. Nunca más cobro. ¿O pretenderás que después de nuestra fuga me presente a doña Carmen, para preguntarle si hay algo?

–Desde el restaurante, mientras almorzamos, nos piden comunicación con el escritorio Gabarret, en Las Flores. Quedás bien. No llamás para reclamar nada, sino para avisarles que estás por mudarte. Si mandaron el giro no hay mudanza, pero hay almuerzo. Si no lo mandaron, también hay almuerzo, porque desaparece por arte de magia, o de Mascardi, la cuenta de la pensión.

–Si uno se atiene a tus palabras, todo es fácil.

–Lo es. Vamos a almorzar.

–Para que salgas con la tuya.

–Y no pases hambre. ¿Para qué están los amigos?

–De un amigo, quería hablarte. De Lemonier.

–¿Qué hay con Lemonier?

–Eso te pregunto yo.

–Que yo sepa, nada, pero de seguir con la conversación, cuando entremos nos dicen que no sirven hasta la noche. –Hizo una pausa y preguntó: –¿O te has olvidado del número de Gabarret?

–Lo recuerdo.

Mascardi lo tomó de un brazo, cruzaron la calle y entraron.

–Le pedimos a la patrona que llame.

Por de pronto pidieron puchero. Como siempre, o casi, era el plato del día. No tardaron en servirlo, pero ya se habían comido una panera de felipes, pálidos y brillosos.

–El señor, acá, tiene que hablar con un número de Las Flores. ¿Podría su señora encargarse del llamado?

Almanza dio el número. Cuando el patrón se retiró, preguntó a Mascardi si estaba completamente seguro de no saber qué pasó con el Viejito.

–¿Pasó algo?

–Se lo llevaron.

–¿Lo metieron adentro? No pensarás que yo tengo algo que ver.

–Hay quien lo piensa.

–Se equivoca de medio a medio. ¿Qué clase de policía creen que soy? No estoy para perder el tiempo, ni tomo por peligroso activista a un charlatán de café. Te digo más: hoy mismo averiguo en la Jefatura si alguien sabe algo. Desde ya me comprometo a poner el hombro para que suelten a ese pobre farabute. Si me dan calce, ¿estamos de acuerdo?

Almorzaron, tomaron varias tazas de café y por último consiguieron la comunicación con Las Flores. Cuando Almanza volvió a la mesa, Mascardi preguntó:

–¿Qué te dijeron los atorrantes?

–Que mandaron el giro. Me he sacado un peso de encima.

–Te sacaste un peso y te quedaste con la ansiedad.

–¿Por qué?

–Se va a hacer esperar el giro. Si no, explicame por qué es tan rico don Luciano. Si aplicamos el método deductivo descubrimos que la plata ajena trabaja para él. Ahora está de turno la tuya.

–De todos modos voy a pasar por la pensión a ver si llegó la carta –dijo Almanza.

–Te apuesto que no llegó.

–¿Vamos andando?

–Siento mucho. Para mí, se hizo tarde. No te olvides que yo tengo un trabajo en serio, con horarios que cumplir.

XXXIV

En la pensión encontró, por cierto, a doña Carmen en su ventana. La señora lo saludó. “Si hubiera llegado algo, me diría”, pensó. “Ahí, en la ventanita, parece una foto encuadrada.” Sintió, entonces, el impulso de fotografiarla. Este impulso de fotografiar en el acto lo que tenía delante, en ocasiones le resultaba cargoso. Lo había comentado con Gentile, que le dijo: “Es tu fuego sagrado. Esperemos que no se apague nunca”.

A la pregunta de si podía fotografiarla, doña Carmen respondió con una salida (“¿La máquina está asegurada? ¿No teme que se le rompa?”) que le hizo reír.

–¿Cuándo quiere fotografiarme?

–Ahora.

—En un minutito me mudo. No me va a sacar con esta traza. Parezco una gitana.

–Está muy bien, señora, y no es necesario que se mude. Hoy le fotografío la cara, nomás.

–¡Qué suerte! Siempre quise tener un cuadro de mi cara.

Mientras ella se pintaba la boca, se sombreaba las pestañas, se arreglaba el pelo, Almanza miraba a través del objetivo y pensaba “Qué cara grande. Cuando la señora la vea en el papel, capaz que se enoja”. Recordó un dicho de Gentile: “La salvación de nuestro gremio es el cariño de la gente por su cara”. La señora preguntó:

–¿Para dónde miro? ¿Quiere que sonría? Dígame si estoy linda así.

Almanza le pidió que girara despacio la cabeza, de izquierda a derecha, levantando un poco el mentón. Cuando desapareció la papada y no se notaron los pliegues debajo de los ojos apretó el disparador. Después de sacar unas buenas fotos, le pidió que se envolviera la cabeza con el mantón floreado y que se asomara a la ventanita.

–¿Como anoche, cuando usted vino?

Estaba seguro de que la fotografía iba a ser llamativa y extraña. La señora preguntó:

–¿Cuándo las voy a ver?

–Mañana.

Parecía contenta.

–Gracias –exclamó–. Permítame darle un beso.

Almanza pensó: “Pobre señora, va a estar menos contenta cuando le diga que no recibí la plata para pagarle la pensión”.

Antes de que llegara a la puerta, lo llamó.

–No sabía que usted era tímido. Conmigo no lo sea. Deme su palabra que siempre va a decirme lo que piensa.

Asintió, aunque no entendía del todo; lo suficiente, sin embargo, para saber que faltaba a la palabra si no preguntaba:

–¿Llegó algo para mí?

–¡Con la excitación de la foto, lo olvidaba! –Tragó saliva y continuó: –
Llamó su Griseldita. En este preciso momento lo está esperando en la confitería de 53 entre 5 y 6.

Al entrar en la confitería vio a Griselda en una mesa del fondo y pensó que de lejos también era linda. “Mejor así”, pensó, aunque sabía que eso no iba a servir de mucho en la conversación que lo esperaba: más de una pregunta sobre la noche anterior y quejas. Debía aguantar lo que viniera, porque Griselda se portó bien y él (sin proponérselo, es verdad) le faltó.

Por algo solía decir Gentile que las mujeres nos dan veinte vueltas. Después de saludarlo, sin dejar ver ningún enojo, Griselda quedó callada mirándolo. El silencio duró lo necesario para que Almanza de nuevo se preguntara si no debía prepararse para un interrogatorio. Entonces oyó una pregunta increíble:

–¿Estás enojado conmigo?

Contestó que no. Griselda se puso a explicarle por qué se había demorado en Brandsen más de lo previsto. Al principio no parecía enterada de la visita de Julia, después, sí. Almanza no sabía qué pensar.

–Te aviso que yo, por mi marido, no siento nada. Me largué a Brandsen para hablar con él, porque no quedaba otro remedio. Hay que pelearlo de vez en cuando; si no el desgraciado no se acuerda de la mensualidad de los chicos.

En el acto corroboró Almanza:

–La gente no paga si no la cargosean.

–Yo no cargoseo a nadie –replicó secamente Griselda.

–Estoy seguro.

–¿Te gusta hablar en una confitería?

Tardó en contestar porque la pregunta lo sorprendió un poco.

–No entiendo –dijo.

–A mí no me gusta. Hay gente oyendo y mirando. Te digo más: hay demasiada gente. Quisiera que estuviéramos solos.

–Vamos al parque. Es claro que no me sobra el tiempo...

–Si te esperan lo dejamos para mejor oportunidad.

–Tengo que pasar por el laboratorio, para revelar y ampliar las fotos que saqué hoy.

–Ha de haber cosas más importantes que la fotografía.

Aunque no sabía por qué, la aseveración lo enojó. Contestó con despecho:

–Es mi trabajo.

–Hay cosas más importantes que tu trabajo. ¿O no? En todo caso, yo quería que habláramos de algo que es importante para mí.

–Vamos al parque.

–¿A caminar, a cansarnos? Nada me aburre más. Quiero creer que hay otros lugares.

–No sé.

–Hoteles, por ejemplo.

Se dijo “Francamente no tengo ganas de llevarla a un hotel”. Como si le hubiera adivinado el pensamiento, Griselda aclaró:

–No creas que te voy a pedir que te acuestes conmigo.

–Le voy a preguntar al mozo si hay algo por acá.

Mientras tanto se preguntó si lo que tenía en el bolsillo alcanzaría. Ir a un hotel para conversar le parecía un despilfarro. Peor todavía en tiempos de estrechez.

XXXVI

La casa, que hacía esquina, tenía la puerta en la ochava; una puerta muy alta, muy angosta, de cristal y de hierros negros. Una señora de luto los condujo hasta el salón, al que daban las piezas. Vio una mecedora de madera

oscura, un costurero con agujas largas y ovillos de lana negra, una mesa cubierta por un mantel de puntillas, con un gato de porcelana, de color lila y de tamaño natural. Este adorno le trajo un recuerdo que se esfumó antes de aclararse y que por un momento le dejó nostalgias. Almanza preguntó:

–¿Alquila piezas por hora?

La señora dio el precio y explicó:

–Dos horas. El pago a la salida.

Entraron en la pieza. Antes de cerrar la puerta, se volvió Almanza y pidió:

–Por favor, a las dos horas nos avisa.

Griselda se había echado boca abajo en la cama y hundía la cabeza en la almohada, como si tratara de cavar una cueva, para huir. De vez en cuando se estremecía. Se sentó Almanza en el borde y quedó un rato mirándola. Por último le puso una mano en el hombro. Griselda sollozó. La postura era insostenible, por lo incómoda, así que se arrodilló junto a la cabecera. De repente se volvió Griselda con la cara mojada, el botón de arriba, del vestido, desabrochado. Lo abrazó con fuerza y dijo:

–Te mentí. Fui a Brandsen para que no venga. Si viene y se entera de lo nuestro...

–¿De lo nuestro?

–Mi padre es muy capaz de contarle todo por el simple afán de provocarlo. Dice que es un compadrón de lo último, que siempre anda buscando pelea.

–Y tu padre –dijo sonriendo Almanza– con ganas lo pelearía.

–Raúl es violento. Yo le tengo miedo.

De nuevo lo apretó entre sus brazos. “Qué raro”, pensó. “Tan fina y tan fuerte.” Le parecía lindísima, pero lo atraía menos que antes y por momentos lo irritaba un poco. Tal vez porque le mintió (sin mala intención, hay que reconocer) y también, era casi increíble, porque le confesó la mentira. Había

descubierto que no se hallaba a gusto con gente complicada y nerviosa. Mientras hacía esta reflexión, un brazo durísimo lo sujetaba por el cuello; sentía algún dolor y no podía moverse. Griselda, en cambio, se refregaba contra él. De pronto, con notable ímpetu lo empujó, lo apartó. Almanza quiso pasarse el pañuelo por la frente. Todavía lo buscaba en los bolsillos del pantalón y de la campera, cuando la vio, como caída en un desmayo, con la cabeza volcada en el borde de la cama, la mirada extraviada hacia arriba, la boca entreabierta, el pecho desnudo. “Siempre lo está manejando a uno”, pensó y volvió a enojarse. Recapacitó: “No es para tanto”.

–Se te va a hacer tarde –dijo ella en un tono tan tranquilo que lo sorprendió.

La chica se levantó y se arregló frente al espejo. Almanza la miraba distraídamente, pero de pronto sintió un impulso que le era bien conocido. Abrió la bolsa, tomó la cámara y la fotografió, no menos de veinte veces. Ella entornó los ojos y sacudió la cabeza. Volvió a fotografiarla.

Salieron. La mujer del sillón de hamaca, atenta a sus agujas y a su lana negra, le previno:

–Todavía no son las dos horas.

–Ya lo sé –contestó con alguna irritación.

En el momento de pagar, le pareció ver a Mascardi, que cerraba una puerta, como quien se esconde.

–No es necesario que me acompañes –dijo Griselda.

–Te acompaño.

No hablaron en todo el trayecto. Estaban un poco tristes.

El rato en el hotel no había sido agradable (“Menos mal que saqué las fotografías”, pensó) y lo molestaba bastante la sospecha de que Mascardi lo seguía para protegerlo. Habían llegado a la puerta de la pensión. Griselda preguntó:

–¿Entendiste o no por qué fui a Brandsen? Quería evitar que te complicaran en algo que no te interesa.

Atrás de la hija apareció el padre, que preguntó animosamente:

–¿Paseando? ¿No entra?

–Le agradezco. Voy al laboratorio.

Don Juan dijo a Griselda:

–Vos y tu hermana tendrán mucho que contarse. A ver si se dan una vueltita y dejan la pieza libre. Hay un asunto de importancia que yo quiero conversar con el señor.

Entraron en la casa. Julia bajó con los chicos, hablaron todos un instante y don Juan dijo:

–Almanza, ¿me sigue?

Ya en el cuarto, don Juan cerró la puerta y se dejó caer en una silla.

Señalando otra con el índice, ordenó:

–Tomala y arrimate a esta mesa.

Hubo un silencio. Por último preguntó Almanza:

–¿Quería hablarme?

–Parece que de una manera u otra entraste en la familia.

–Usted dirá.

–Tengo entendido que un sentimiento, por cierto amistoso, te une a mis hijas. Si me equivoco, te ruego que sin más procedas a enmendarme.

¿Estamos?

–Estoy oyendo.

–Por mi parte, y no corresponde que yo lo diga, te doy un trato bastante especial.

–Lo valoro.

–Te noticié de asuntos personales, de historias de familia muy dolorosas. Fui más lejos: te puse en el lugar de mi hijo.

Con gravedad contestó Almanza:

–Tal vez antes de comprobar si yo lo merecía.

–No me digas que te has olvidado, hijo mío, de tu sangre. Me diste tu sangre. Yo lo recuerdo. La sangre une, ata –aquí el señor hizo una pausa, como para recalcar las palabras–. Entre personas de la misma sangre podemos hablar claro.

–Usted lo dice.

–¿Cómo, yo lo digo? ¿Debo entender que, según tu mejor criterio, entre parientes hay que andar con tapujos?

–No, señor. Me expresé mal.

–Te voy a rogar, entonces, que al hablar conmigo no lo hagas. Me molesta.

–Disculpe.

–Estás disculpado. De una vez por todas, ¿puedo decir lo que pienso?

–Hable, señor.

–Una plata que me van a mandar de Brandsen no ha llegado.

Almanza pensó rápidamente: “Ya lo noté. Si a uno le pasa algo, se encuentra con otro, al que le pasa lo mismo”.

–Preciso cincuenta pesos.

Se levantó Almanza, metió una mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes y unas monedas. Abriendo la mano dijo:

–Todo lo que me queda son veintidós pesos con treinta centavos.

Pensó: “Tenerlos o no tenerlos, tanto da”. Don Juan dijo:

–Igual los agradezco.

Los agarró y lo abrazó con fuerza.

XXXVIII

Caminó con rapidez. “Ojalá que encuentre a Mascardi”, pensó. Cuanto antes quería pedirle que hiciera el favor de no seguirlo. Estaba realmente disgustado. Recapacitó, sin embargo, que si el disgusto empezó con la sospecha de que Mascardi lo seguía, se reforzó cuando el viejo le sacó hasta las monedas. “Todavía”, se dijo reprimiendo una sonrisa, “ me veré obligado a reconocer que tan descaminados no andan los que me previenen contra la familia Lombardo; pero en todo esto, vamos a ver ¿qué culpa pueden echarle a Griselda? Ninguna. ¿Y a Julia? Menos”. Un espontáneo impulso de proteger de los calumniadores a las dos mujeres le retempló el ánimo. Notó que nadie caminaba tan rápidamente como él. “Todavía”, pensó, “me voy a ver obligado a reconocer que no sólo por el disgusto me apuro. Hace un fresquete...”. En confirmación de lo dicho, un estremecimiento, como un hilo de agua helada, le recorrió la espalda.

Entró en la pensión, muy seguro de encontrar a Mascardi y resuelto a interpelarlo. Se encontró con Laura. Sentada en un sillón, en medio de la sala, mirando hacia la puerta con sus grandes ojos tristes, le pareció notablemente flaquita, ansiosa y grave. Almanza avanzaba con la mano estirada para el saludo, cuando oyó a sus espaldas:

–¿Qué te parece, hermano? La señora no me cree.

A lo mejor la sorpresa de ver a Laura le impidió, en el primer momento, reparar en Mascardi, sentado a la derecha de la puerta de entrada. Laura dijo:

–¿Quién le cree a un policía?

Notó Almanza que algo se movía en la pared, a su izquierda. No puso atención.

–Da la grandísima casualidad que el policía de referencia es un amigo – calmosamente contestó Mascardi.

–Tan amigo no será si nos ocultó que es policía.

De nuevo Almanza entrevió el movimiento en la pared. Doña Carmen (ojos con rimel, labios como un corazón) desde su ventanita le hacía ademanes y visajes, con marcada insistencia. Él volvió la atención a Laura y Mascardi. Éste arguyó:

–No hagamos confusiones. Una cosa es la reserva que te impone el trabajo. Otra, la amistad. Yo soy de los que no le fallan a un amigo.

–Está por verse –dijo Laura.

–No está por verse. Ya me jugué. Saqué la cara por el Viejito. Lo van a soltar.

Con furiosos ademanes, que por momentos parecían obscenos, doña Carmen señalaba con un dedo terminado en una uña colorada, primero a Laura, después la puerta de la pieza, para zarandearlo por último, de un lado a otro, en reiterada negativa. Se dijo Almanza: “Qué fe me tiene la señora”.

Laura contestó a Mascardi:

–Hiciste lo que te conviene. Más de uno quiere agarrarte a balazos.

–A tus amigos les das las gracias en mi nombre. No importa. Lo principal es que hoy, o mañana, sale libre el Viejito.

–Mejor que sea hoy.

–No te discuto. Mejor que sea hoy.

XXXIX

Cuando estuvieron solos, Almanza dijo:

–Perdón que te pregunte, ¿por qué me seguís?

–No te sigo, aunque puedo explicarte por qué debiera hacerlo.

–Por favor, no expliques nada. Hablé mal. Quería pedirte que no me sigas.

–No te sigo.

–Entonces ¿por pura casualidad fuiste al mismo hotel?

–Por pura casualidad y porque no hay otro cerca.

–Parece raro.

–Más raro sería que para seguirte, nada más, levantara a la señora de un inspector de estaciones de servicio. No me digas que te volviste engreído.

–Tal vez tengas razón, pero cuesta creer en tanta casualidad.

–Silencio por amore.

–No te entiendo.

Mascardi le guiñó un ojo y movió la cabeza para indicar que mirara. La licenciada estaba cerrando la puerta del cuarto. Cuando la vio de frente, Almanza pensó que ya sabía qué le recordaba. Pasó entre ellos, apenas murmuró un saludo. Almanza le dijo:

–Quiero fotografiarla; ¿podré alguna vez?

–No, gracias –fue la contestación, breve y clara.

–¿Qué les ha dado hoy a las mujeres? –comentó Mascardi–. Nunca adivinarás con qué me salió la mataca. Que por favor no la moleste. Me gustaría preguntarle qué se ha creído.

Almanza pensó: “Ya sé qué me recuerda esta licenciada con esos grandes ojos, la piel blanca, las dos trenzas a los lados. La paisanita, en óvalo, del aviso de una yerba. Un motivo apropiado para una postal de fin de año. Si

tengo un poco de suerte, la voy a fotografiar todavía más parecida que el dibujo”. Agregó: “Yo me entiendo”.

–¿De qué hablábamos? –preguntó Mascardi.

–No sé... Yo te decía que costaba creer en tanta casualidad.

–Ahora me acuerdo. Cuesta creer en la casualidad, pero ¿cómo explicar que yo esté en el mismo hotel? ¿Paso a paso te seguí con la señora del inspector? O si no ¿cómo supe dónde ibas?

–Vos mismo me contaste del curso para pesquisantes, y que te enseñaron un método que no falla.

–Verdad, pero no creas que me recibí de brujo.

–Has de tener razón.

–Tengo, aunque no sirve. Nadie me cree. Primero, Laura. Después, vos. Es demasiado. Cansa un poco.

–Has de tener razón. A lo mejor ahora entendés que a mí me canse un poco la guerra de todos mis amigos contra la familia Lombardo.

–Todos tus amigos soy yo, según creo.

–Está el viejo Gruter, y Gladys, la ayudante.

–¿Qué tal es Gladys?

–Una rubia, alemana o inglesa, buena chica. Pero si le oye decir al viejo Gruter que la familia Lombardo es el diablo, no se queda atrás y lo repite.

–Y acierta.

–Es cansador. –Tal vez también estuviera cansado de la discusión, porque dijo: –Diste la cara para que soltaran a Lemonier.

–Exageré, para impresionar a Laura. El Viejito cayó en una redada, con muchos otros en un café, y de todas maneras iban a soltarlo, por falta de méritos.

–¿Será verdad que quieren balearte?

–Siempre hay alguien que te quiere balear. Si estás en la policía, se entiende. ¿No llegó el giro?

–No llegó.

–Entonces, para hoy a la noche es la partida. Mañana, vida nueva.

–Voy a esperar hasta mañana.

–Hay algo que yo no dejaría para mañana. Buscar otra pensión.

–Ahora voy al laboratorio.

–Salimos juntos. Quiero comprar cigarrillos.

XL

En la puerta estaba la señora Elvira. “Siempre la encuentro cuando sale”, pensó Almanza. “Si no supiera lo de Mascardi, a lo mejor pensaba que es por mí.” La señora le sonrió. Mascardi y ella no se miraron. Almanza se levantó el cuello de la campera porque sentía un poco de frío y comentó:

–A ustedes nadie les gana en disimulo.

–Qué disimulo ni disimulo. A esa mujer no quiero verla.

–¿Se pelearon?

Mascardi dijo que no y, cuando Almanza preguntó qué había pasado, contestó:

–Absolutamente nada.

–¿Cómo nada, si fueron al hotelito? ¿No me digas que se echó boca abajo y se puso a llorar?

Mascardi lo miró con asombro.

–Es increíble. –Bruscamente su expresión fue de enojo y desconfianza. – ¿Espíaste? ¿O ella te lo contó?

–Por favor.

–¿Entonces?

–Una idea que tuve, nomás.

–¿Qué idea?

–Cuando dijiste que no pasó nada, me dije “le pasó lo que a mí”.

–¿Qué te pasó?

–Cierro la puerta y cuando me doy vuelta la encuentro tirada boca abajo, llorando en la cama. No podía creerlo.

–¿Estás diciendo la verdad? –preguntó Mascardi.

–¿Por qué voy a mentir?

–Es increíble.

–¿Qué?

–Adivinaste, hermano. Por esta cruz que yo no le cuento a nadie, ni siquiera a mi amigo Nicolasito Almanza, un traspíe que me deje mal parado. Pero si a los dos nos pasó lo mismo, hasta me dan ganas de echarlo a la risa. La llevo, porque a la señora se le antoja, pero después llora, no pasa nada y tengo que pagar la pieza, como un gil. ¿Te digo lo que me da más rabia? No haberla obligado a que pagara ella. ¿Vos la obligaste?

–No.

–Cortados por la misma tijera, hermano. Sonsos los dos. No se lo contemos a nadie. Que no sepan en Las Flores que dejamos el pago tan mal parado en la ciudad capital. ¿Vos creés que somos dos infelices? Yo creo que no. Para mí, somos dos tipos a la antigua. Mirá, me siento más amigo tuyo que nunca. Acompañame a comprar cigarrillos y yo te acompaño al laboratorio.

Por un rato, casi no hablaron y pensó: “Griselda es una buena chica. Yo me preparaba para una escena de celos. Lloró porque el marido la tiene asustada”. De ahí pasó a otras reflexiones. Con algún orgullo se dijo que él ya conocía el trayecto entre la pensión y el laboratorio. Se entretenía en anunciar mentalmente casas, detalles de casas, antes de que aparecieran a la vista. “Ahora viene la esquina de la cúpula”, se decía, “ahora el localcito del barbero, ahora el frente con balcones como tinajas cuadradas”. Y más aún que el trayecto, conocía el barrio de las pensiones. Estaba seguro que pocos de los amigos de Las Flores podían jactarse de haber visitado la ciudad capital y, menos, de conocerla como él. “Hoy por hoy, si no me sacan de uno o dos barrios y de este recorrido, soy un platense hecho y derecho, o empiezo a serlo. Qué picardía”, se dijo, como adivinando el futuro, “si un día olvido estos conocimientos que me dan satisfacción”.

Volvieron a comentar y a comparar sus experiencias de la tarde en el hotel. Nunca lo hubieran creído: burlándose de ellos mismos, fraternizaban y se divertían. Empezó a llover. Como ya estaban cerca no se guarecieron en un zaguán, ni siquiera caminaron junto a las casas. Corriendo y entre risas el trayecto pareció más corto. Cuando llegaron, Mascardi se despidió y se fue. De pronto se preguntó Almanza: “Vino hasta acá ¿para acompañarme o para seguirme? Es una vergüenza que yo tenga esta duda”.

Al verlo, Gruter exclamó:

–Pobre chico. Mojado hasta los huesos. Gladys, le das una muda de mi ropero, para que el chico se ponga ropa seca.

Almanza no aceptó el ofrecimiento. Dijo que no tenía frío y que su ropa se iba a secar.

–¿Puesta? –preguntó Gladys.

–Puesta –dijo.

Trabajaron en el laboratorio. Al principio lo reconfortó el calor de ese cuarto cerrado. Gruter le dijo:

–¿Serías tan bueno de permitirle una impertinencia a un viejo?

–¿A qué viejo?

–Al que ahora te habla.

–Lo que usted quiera, señor.

–Una pregunta, simplemente. Después del trabajo ¿dónde vas?

–A casa. A dormir.

–Menos mal.

–¿Por qué menos mal, señor?

–Pensé que de aquí marchabas a ver a una de tus amigas. De la familia ésa que no te suelta.

–Con el debido respeto, las hermanas Lombardo son buena gente.

–Puede ser. De todos modos, no olvidemos que sin contar las Lombardo, en el mundo hay infinidad de cosas y que para conocerlas tenemos una sola vida. Ya sé que la otra, la que viene después, vale más, mucho más; pero no es de este mundo.

–No estoy seguro de entender.

–Lo que te digo es bastante claro. Si la principal ocupación de tu vida es acostarte con mujeres, vas a perder una porción de cosas.

–Ante todo, señor, está el trabajo y doy cumplimiento, como puede apreciarlo por mis fotos. No serán buenas, pero me esmero y son muchas.

–Muchas y buenas. Tienes vocación.

–Mejor así, ¿no?

–Claro, pero no hay que desperdiciarla. Te prevengo: la vida pasa pronto y estás en una edad peligrosa. Hasta los treinta, la gente no hace más que fornicar.

–¿Y después?

–Nada cambia. Leí no sé dónde que la vida se compone de nacer, fornicar y morir. El resto no sería más que yugo, para ganar el sustento, y representación (la llamada cultura), un teatro para quedar bien ante los otros y uno mismo.

–Yo fotografío, señor.

–A eso voy. Cuando uno fotografía así –exclamó Gruter, mostrando una ampliación en que la plaza Moreno, al rayo del sol, parecía nevada y fantasmagórica–, tiene algo que cuidar.

–No me va a pasar nada.

–Está bien, pero no seas tan confiado. ¿Nunca te sucedió de avanzar por la oscuridad en un lugar que conoces perfectamente y de pronto extraviarte?

–Me sucedió; ¿qué tiene que ver?

–Tiene mucho que ver. A lo mejor te cuesta creerme: esas Lombardo me preocupan. Apostaría que no piensas demasiado en el mal.

–Es posible. Me dicen que no soy rencoroso.

–Ya me estás confundiendo, pero sigamos. No bien te mueras vas a encontrarte en un sueño como el de cualquier noche.

–Le digo la verdad: eso no me gusta. Pero usted ¿cómo lo sabe?

–Habrás oído, quiero creer, que el alma es inmortal. Aunque entierren tu cuerpo el alma sigue viviendo. Para prepararnos a esa vida soñamos. No busques. No hay otra explicación para los sueños. Son anticipos. Con una diferencia, es claro: tienen despertar.

–Casi nada la diferencia. Le juro que no le miento: lo que usted pinta no me gusta.

–No temas. Todo depende de tu voluntad. El sueño de la muerte no tiene por qué ser una pesadilla.

–¿Puede ser una pesadilla?

–¿Qué otra cosa es el infierno?

XLII

Cuando concluyó el trabajo, preguntó a Gruter si quería que lo ayudara en las revelaciones y en las ampliaciones prometidas para el día siguiente, a los clientes del laboratorio. El viejo le dio las gracias y le dijo que se fuera a la cama, porque parecía cansado. Lo estaba realmente, pero sobre todo sentía calor, más que nada en la frente y en la nuca, aunque de vez en cuando se refrescaba, porque un frío le recorría el cuerpo. Entre el laboratorio y la puerta de calle, Gladys le cerró el paso. Le apoyó las manos en los hombros y mirándolo muy seria le dijo:

–Te dejó preocupado.

Atinó a contestar:

–No.

–Es comprensible. Más que preocupado, perturbado. El señor Gruter descorrió, como quien dice, la cortina, el velo, y te mostró el más allá, donde pululan demonios, algunos de cara conocida, otros no. ¿Qué tal? Una conmoción. Te parece que la cabeza te va a reventar. Muy comprensible.

–Sí, me parece que la cabeza me va a reventar, pero no por lo que dijo el señor Gruter.

–Una coincidencia, entonces. Me apena que por orgullo no admitas los hechos. Para el pecado de soberbia, Nicolasito, no hay perdón.

–Ni siquiera sé de qué me estás hablando.

–Sabés perfectamente. Te hablo de esa familia. ¿Por qué no puedes apartarte a tiempo y salvarte? ¿Por las mujeres? No las has de querer tanto, si engañas a una con la otra.

–No las engaño.

Gladys retiró las manos de los hombros. Caminaron hasta la puerta. El abrió, salió y se detuvo. Quedaron uno frente a otro. Donde las manos de la chica estuvieron apoyadas, ahora sentía frío.

–¿Las quieres a las dos? No entiendo.

–A lo mejor me gustan las dos, pero como querer, tal vez a una sola. No sé.

–Y ellas se avienen. ¿Es necesario algo más para que entiendas que Gruter dice la verdad? No solamente Gruter: todos los que te queremos. ¿O todos estamos equivocados? ¿Qué te dan esas dos? Lo que te daría, con un poco más de limpieza, cualquier mujer. ¿Me has oído? Cualquier mujer.

–Sí, Gladys, pero no estoy bien. Ahora tengo que irme.

–No sabía que eras tan malo.

Corrían lágrimas por la cara de la chica.

–¿Qué te pasa? –preguntó Almanza, inútilmente, porque la puerta ya estaba cerrada.

XLIII

Afligido, se preguntó qué la habría disgustado a Gladys. Con la misma aflicción pasó a preguntarse por qué no le pidió prestados a Gruter unos pesos para el viaje. El trayecto a pie, con el malestar que le embotaba la cabeza y le

enfriaba la espalda, parecía demasiado largo. El sobre con las fotografías pesaba más que nunca. Estuvo a punto de tocar el timbre, pero previó malentendidos, explicaciones con Gladys, que de antemano lo cansaron. Partió, entonces, no del todo seguro de que las fuerzas le alcanzaran para llegar. La primer dificultad que encontró fue inesperada. En ese trayecto, que conocía mejor que tantos platenses, lo sorprendió primero el miedo de extraviarse y bastante pronto la sospecha de ya estar extraviado. Se sobrepuso. Ante sus ojos se prolongó la habitual perspectiva de la avenida 51, hasta donde la iluminación dejaba ver. Con alivio reconoció en su camino la casa con la puerta en el centro y los dos balcones a los lados; el almacén El Emporio, con las cortinas metálicas bajas; la inmobiliaria Barrenechea, con su lista de departamentos y terrenos, en la que podía leerse: “Joven licenciada prepara ingreso cualquier facultad”. Almanza pensó que esas casas eran mojones: le probaban que andaba por tierra conocida. Con verdadera satisfacción divisó el obelisco de la avenida San Martín, cruzó después las vías del paso a nivel y llegó, sin notar la distancia recorrida, a la ruta 3, por la que dobló a la derecha, siguió la curva hacia la izquierda, vio el campo y por último, desconsolado y con alguna zozobra, el cementerio. Encontrarlo ahí le disgustó, porque ése era el cementerio de Las Flores. Aunque estaba muy aturdido pudo recapacitar y, por una sucesión de revelaciones, recordó que también eran de Las Flores la avenida San Martín, el obelisco, el paso a nivel, la ruta 3 y la curva que lo llevó al cementerio. Comprendió que estaba soñando, pero de un modo nuevo y desagradable. Por lo general, cuando soñaba, no sabía que soñaba o, si lo sabía, podía despertar. Ahora sabía que estaba soñando, pero no podía contener las ocurrencias del sueño.

Oyó su nombre. Reconoció la voz y aliviado se volvió. Era Gruter. El viejo había comprendido que él no se hallaba en condiciones de recorrer a pie toda

la ciudad y, menos todavía, de encontrar la pensión. “Está acá para ayudarme”, pensó. “Me va a llevar.” El viejo le dijo:

–Yo te previne.

Hizo memoria y llegó a la conclusión de que, esa tarde, en ningún momento el viejo le dijo que así no podría caminar hasta su casa.

–¿De qué me previno? –preguntó con miedo.

Sonriendo el viejo contestó:

–Te dije que había que prepararse.

–¿Para qué? –preguntó, aunque sabía la contestación.

–Para el sueño de la muerte. Y ahora, que estás en el sueño, tendrás que prepararte de nuevo. Van a presentarte al jefe. ¿Adivinaste quién es?

–No.

–La familia Lombardo.

Al oír las últimas palabras desconfió en seguida. “Basta de sueños y de embustes”, dijo en voz alta, o poco menos. Un señor y una señora, mayores los dos, lo miraron con reprobación y apuraron el paso. Pensó: “Malician que anduve bebiendo” y se despabiló del todo. Estaba en la diagonal 73, casi esquina 48. Lo principal era seguir el camino sin detenerse; aunque faltaran algunas cuadras (demasiadas para su cansancio), cada una no tomaba mucho tiempo.

Ya que por fortuna se hallaba enteramente despabilado, iba a sacar fuerzas de donde fuera. Lo que estorbaba era el malestar, la flojera, los sueños. Creía tener los sueños a raya, pero bastaba el menor descuido para que volvieran y lo alucinaran. En plena 73 encontró a don Juan, que abría los brazos y con alegría espontánea murmuraba “Hijo mío”. Si, como decía Gruter, era el diablo, parecía un diablo amistoso. Descubrió entonces detrás de don Juan unos vitrales muy atrayentes, que había visto en otra parte. De pronto recordó:

en la pensión de los Lombardo. ¿Cómo pudo olvidar? Eran allí el adorno más vistoso. ¿Por qué los veía ahora en 73? ¿Por qué soñaba mientras caminaba despierto? Los sueños de esa noche tenían un extraordinario poder para convencerlo a uno. Había que reconocer también que eran bastante desagradables.

XLIV

Don Juan dijo en el tono de quien recita un verso:

–Celebro, muchacho, este encuentro casual.

Lo vio como un gigantesco protector, con los brazos abiertos. Esos mismos brazos descargaron sobre él efusivas palmadas que retumbaron en su cabeza dolorosamente. Imaginó su cabeza como un tanque repleto de algún líquido muy pesado. Explicó:

–Volvía a las casas.

–Quiero creer que no vas a desairar a un viejo, si te convida a tomar una copa.

Pensó: “Hablando así me marea”. Dijo:

–Quería llegar a las casas. Ando enfermo.

–No será para tanto, hijo mío.

Notó que los vitrales ya no estaban ahí. Trabajosamente razonó que si también el señor fuera un sueño, le estorbaría menos para seguir su camino a la pensión. Dijo:

–No sé qué me pasa, don Juan. Sueño despierto.

–¿Bebiste?

–Créame que no. Ando mal. Con decirle que seguro no estoy de atinar con el camino.

–Por fortuna yo aparecí para ayudarte –dijo don Juan, tomándolo de un brazo– y te voy a llevar directamente a un café, acá a la vuelta y tomarás algo y quedarás como nuevo.

Recorrieron cien, doscientos metros, Almanza apoyado en el señor, éste hablando y hablando.

Lo que al principio le pareció un zumbido fastidioso, muy pronto fueron explicaciones que lo sobresaltaron, porque estaba dormido. Las oía de manera confusa, pero todo quedó grabado en su memoria. Lo que oyó en el camino y lo que oyó en el café.

–Estoy de lo más contento de haberte encontrado –dijo don Juan–. Tengo que hablar con alguien para saber lo que pienso. Con los otros de nada vale, porque les corre interés. Con Griselda o con Julia tampoco, porque son, como ellas dicen, muy sensibles. Si les hablo, se ofuscan y complican un asunto de por sí delicado. Yo te trato, muchachito, como si fueras un hombre. Queda claro que por ningún concepto vas a ir con el cuento a las chicas.

Cuando entraron en el café creyó sentir más frío que afuera. Había parroquianos, en algunas mesas; en las del fondo, nadie. Almanza fue a sentarse en la primera mesa desocupada. Don Juan protestó.

–Si no quiero que me oigan mis hijas, tampoco voy a querer que me oiga un desconocido. ¿Tengo que explicarte por qué?

–Como quiera.

–Un desconocido es uno que no conocemos. A lo mejor, un policía de particular. Ya te dije: el asunto es delicado, capaz de prestarse a toda clase de interpretaciones antojadizas.

–Usted dirá.

–¿Te corre apuro?

–No, señor.

–Menos mal. En caso contrario lo archivamos y listo.

–No quise ofender.

–Estás perdonado.

Con alivio Almanza dejó en la mesa el sobre de las fotografías.

–No quiero olvidarlo –explicó.

–¿Qué se van a servir? –preguntó el mozo.

–Una ginebra, y, para el joven, un cortadito.

–Por favor, bien caliente –pidió Almanza.

–Estás perdonado –repitió don Juan–. La verdad que tengo los nervios a flor de piel. No es fácil hablar de cosas que lo afectan a uno en la fibra. Debo hacerlo, por considerarte hombre criterioso y por estar en juego el futuro de mis hijas. ¡De las hijas de mi sangre, Almanza! También el mío, qué embromar. A lo mejor mis hijas no exageran cuando dicen que son sensibles. A lo mejor todos somos sensibles en la familia. Si no lo fuéramos, yo no tendría estos nervios. ¿Me oyes o te dormiste?

–Lo oigo perfectamente, pero seguro de entender no estoy.

–Sería más fácil decirlo no siendo el padre. Un padre, hijo mío, pronuncia algunas palabras con entera repugnancia. ¿Por qué cerraste los ojos?

–Porque no estoy bien.

–Pero ¿estás despierto? ¿Seguro que estás despierto?

–Seguro.

–¿Hablo?

–Hable, si quiere.

–¿No me vas a despreciar?

–¿Por qué voy a despreciarlo?

–Porque tengo que matar a mi hijo.

El asombro lo despertó. Trajeron el pedido. Después de un trago de ginebra, don Juan hizo sonar la lengua en el paladar.

–Tenía la boca seca –explicó.

–¿Entendí bien, señor? ¿A su hijo Ventura?

–A mi hijo Ventura. Por cierto que matarlo, quitarle la vida, no. Por favor ¿cómo se te ocurre esa barbaridad?

Almanza probó el café cortado con leche. Estaba tibio. Porque le repugnaba, lo bebió rápidamente.

–Me pareció que usted dijo...

–Habré dicho lo que quieras, pero en la inteligencia de hablar con un ser pensante.

–¿Entonces?

–A Ventura debo darlo por muerto.

–Me hago cargo de su dolor. De todos modos me saca un peso de encima. No podía creer lo que estaba oyendo.

En verdad sentía un peso en el estómago. El café cortado le había caído mal.

–Pero, che, ¿por quién me tomaste?

–No podía creer lo que oía. Claro, es muy triste.

–¿Qué es muy triste?

–Esa noticia. ¿Cuándo le llegó?

–¿Qué noticia?

–La muerte de Ventura.

–Cruz diablo. Las cosas que se le ocurren a un muchacho de tierra adentro. Se figura que yo estaría acá, perdiendo tiempo con él, tranquilo si se quiere, si hubiera recibido semejante noticia. De Ventura no sé nada. Ni que esté vivo ni

que no lo esté. Pero si lo declaro muerto cobro el seguro y salvo a mis hijas de la miseria. Lo malo es que para declarar eso voy a romperme el corazón.

XLV

“La ventaja de llegar a estas horas”, pensó, “es que no hay nadie en la puerta de calle”. A un paso de su cuarto doña Carmen lo tomó de un hombro y le preguntó:

—¿Qué sucede, mi pobrecito?

Estaba envuelta en un mantón de seda, colorado y negro. Como una madre cariñosa, con recursos para todo, se ocupó de él.

—Estás volando de fiebre.

Vio dedos carnosos, con surcos oscuros, con uñas rojas, que delicadamente se contorneaban muy cerca. Sintió una mano en la frente.

—Hirviendo. ¿Qué has hecho para ponerte así?

—Un frío.

—Sabrás perdonarme si mi cuarto está un poco revuelto.

Lo tomó de un brazo y entraron. Murmuró Almanza:

—El que está un poco revuelto soy yo. Qué vergüenza.

—Te voy a sanar. ¿Crees en mí, aunque no tenga diploma? Una madre sabe más que un médico. Los remedios que voy a darte ya los usaba la finada mi madre. Leucotropina para el enfriamiento. Poción de Todd para la descompostura.

Doña Carmen abrió el ropero. Las manos de uñas rojas hurgaron entre ropa de seda con puntillas, jabones, un gran frasco de perfume y tomaron un tubito y una botella.

–La Leu-co-tro-pi-na. La poción.

Con una gran sonrisa, la señora los mostraba alternadamente.

–Con su permiso –dijo Almanza y puso en la mesa el sobre de las fotografías.

Echó a temblar. Tuvo miedo de perder el equilibrio y caer. La señora le dijo:

–Ahora mismo vas a quitarte esos pantalones y meterte en cama. Hay que abrigarte. Abrigarte.

Obedeció. Tomó las medicinas, no recordaba en qué orden. El brebaje era dulzón. Al tragarlo sintió calor en la garganta.

XLVI

Tal vez porque soñaba todavía, creyó ver a la licenciada. Su confusión aumentó al descubrir que la mujer sentada junto a la cama era Griselda. Envuelta en el mantón negro y colorado de la patrona, tomaba mate y lo miraba atentamente.

–Parece increíble. ¿Cómo estás acá?

Griselda se puso a explicarle que vino porque a la tarde se había portado como una histérica.

–La patrona me dijo que estabas mal.

–¿Te dejó entrar en este cuarto?

–Me pidió.

–¿En serio?

–No quería que unos pensionistas se le fueran sin pagar –dijo– y no quería dejarte solo. Entonces aparecí yo.

–¿Y te pidió que me acompañes?

–Exactamente. Hasta que ella vuelva. No hay que dormirse.

–No, no hay que dormirse.

Miraba con asombro, sin entender quizá.

–En cualquier momento vuelve –aseguró Griselda.

Muy despacio fue poniendo el mate en la mesita, incorporándose, dejando caer primero el mantón y, tras desabrochar una larga hilera de botones, la pollera y la blusa. Estaba desnuda. Apenas le dejó tiempo de confirmar que era muy linda y apagó la luz, entró en la cama, lo abrazó. Llevado por un impulso incontenible la apretó contra él.

Después pensó en Julia y por un recuerdo retomó el hilo de la conciencia. Recordó la noche anterior, cuando esperaba a Griselda y llegó Julia. “Aquello fue distinto”, razonó y cerró los ojos. El tiempo que estuvo así le pareció corto, pero no debió de serlo. De golpe se dijo: “Por algo habré pensado en lo que pasó anoche”. Encendió la lámpara. Se llevó entonces una segunda sorpresa. Junto a la cama, envuelta en el mantón, estaba doña Carmen, con ruleros. Quién sabe por qué reparó en el detalle, porque no podía pensar en otra cosa que en la desaparición de Griselda.

–Perdón por los ruleros –explicó la señora, con desacostumbrada timidez–.
¡Tenía mi cabello tan enmarañado!

–Comprendo –respondió Almanza.

En realidad, se forzaba por comprender. En tono de aprobación, dijo la señora:

–Estás con otra cara.

Era evidente que ella había recuperado el aplomo. Almanza miró el mate en la mesita, como quien encuentra un rastro revelador. “¿De qué?”, se preguntó.

Comentó la señora:

–Hay gente que no pasa los rulos: –tuvo un remilgo, suspiró y exclamó: –
¡Pero yo debo cuidar mi belleza! ¡Ya no soy una chica!

En alguna parte de la casa debió de caer un objeto pesado. Oyeron exclamaciones, chistidos, pasos. Apurada y resuelta, doña Carmen susurró:

–Otros atorrantes, los Kramer, estoy segura, que se quieren ir. De aquí nadie se escapa sin pagar, mi hijito. –Desde la puerta se volvió y agregó con voz melosa: –Hasta que doña Carmen vuelva, quieto y bien tapado. Nada de ventilarse.

Allá quedó, como le ordenaron, tratando inútilmente de comprender lo sucedido. En medio de sus cavilaciones advirtió que se le había pasado “el trancazo, o lo que fuera”. Reconoció: “Doña Carmen dijo que se me iba a pasar y no mintió”. Acordarse de la patrona lo llevó a pensar que tardaba, a valerse de la ocasión para salir de esa cama ajena, ponerse los pantalones, recoger el sobre de fotografías y, lo que le pedía el cuerpo, volver a la pieza.

XLVII

A la mañana, cuando despertó, vio a Mascardi, casi listo para salir. Le dijo:

–¿Madrugando?

–Lo que es vos, trasnochaste. ¿Hubo fandango con las diablitas?

–¿Qué diablitas?

–No te enojés. Me dijiste ¿o no?, que según el viejo Gruter esa familia es el diablo.

–Para qué lo habré dicho. Estás completamente de acuerdo con él.

De un cajón de la cómoda, Mascardi tomó, primero, una pistola, que acomodó en la cartuchera del cinto, después un revólver, que deslizó en la sobaquera, debajo del saco.

–Muchas armas.

–Mambrú se va a la guerra. La Ballester Molina, porque es reglamentaria. El revólver, porque el tamborcito no falla nunca y porque tiene la numeración borrada.

–¿Por qué borrada?

–Esta mañana despertaste muy preguntón, pero como somos amigos te diré un secreto profesional, que todos conocen. Pongámosle que por desgracia yo baje a uno. Evidentemente no quiero que por eso me compliquen la vida. Si el arma empleada es el revólver sin numerar, lo pierdo en cualquier parte y que me echen un galgo.

–¿Para hoy preparan algún procedimiento?

–En absoluto.

–Dijiste que te ibas a la guerra.

–Chanceaba. A un policía no lo pueden agarrar sin perros. Mejor dicho, sin armas. Vos también, cuando ingreses en la repartición, podrás llevar tu Ballester Molina.

Golpearon a la puerta, que se entreabrió y dejó ver la cabeza enrulada de la patrona.

–Perdón, señor Mascardi. Es para su compañero. Pensé que no estaba y que debía ponerlo en la lista de los fugados. Lo llama por teléfono el respetable padre.

–¿Quién? –preguntó Almanza.

–¿Quién va a ser? El viejo Lombardo.

–Me pongo algo y voy.

La cabeza enrulada se retiró.

–¿Por qué dijo que pensaba ponerte en la lista de los fugados?

–Vaya uno a saber.

–Visto y considerando su cabecita, un verdadero bombón, empiezo a entender tu engolosamiento con las hermanitas Lombardo, por peligrosas que sean.

–Menos mal.

–Sí, menos mal. Si anduvieras con la patrona serías lo que se llama un degenerado.

Tomó del sobre unas cuantas fotografías y fue a atender el teléfono.

XLVIII

Dio las fotografías a la patrona, que murmuró con embeleso, al ver su cara:

–Qué hermosura.

Tomó el teléfono. Don Juan le dijo que tenían que hablar cuanto antes.

–Por lo de anoche –explicó–. ¿O ya lo echaste al olvido?

–No, señor.

–Hay novedades que te van a interesar.

–Voy a la tarde.

–Francamente prefiero que vengas a la mañana. Te conviene. Vas a ganar plata, y mucha, sin arriesgar un centavo.

Con cierto fastidio contestó:

–Voy cuando pueda.

En una bandeja con guarda de flores azules, doña Carmen le ofrecía mate y bizcochitos con azúcar quemada.

–Agradecido –murmuró.

Mientras mateaban, sentados en los sillones de mimbre del salón, se acordó de Griselda, encontró que la cara de doña Carmen era extraordinariamente grande, recapacitó que si no le llegaba la remesa de Gabarret, más valía que ahora comiera unos cuantos bizcochos y que a su debido tiempo oyera la propuesta de don Juan. La señora dijo:

–Te me escapaste, pícaro. ¿Extrañabas tu camita? Te comprendo, te comprendo.

–Pensé que ya la había molestado bastante.

La miraba como si buscara un indicio revelador de lo ocurrido en la noche. Sólo vio la cabeza frisada, los renegridos arcos de las cejas, las mejillas en que se adivinaba el espesor de cremas y polvos, el mentón con un prominente lunar, las majestuosas curvas cubiertas por el liviano vestido verde y negro, las uñas rojas. Reflexionó: “Ya no parece una monja de civil”.

–Pero, con toda franqueza –preguntó doña Carmen–, de mi tratamiento ¿qué me dices? No hubo nada desagradable ni doloroso y, basta verte, hoy tenemos un hombre nuevo.

–Anoche no desvariaba, señora. Ahora estoy bien. Sus brebajes me sanaron.

–Mi eterna prédica. Cuando la cuestión es sanarse, ¿qué pasaría con los enfermos si no apareciera, a veces por la información de un simple desconocido, una señora acá y otra allá? Caerían en manos de los médicos.

Se levantó Almanza y dijo:

–Le agradezco, señora. ¿No llegó nada para mí?

–No llegó nada. Me ilusioné con la idea de que habías olvidado a la chiruza del pueblo... pero no me hagas caso. Te pido que me preguntes lo que quieras, por favor, cada vez que se te ocurra. Va a ser una manera de verte.

Tuvo ganas de tomarse la libertad que le ofrecía doña Carmen para preguntar por Griselda. No lo hizo; días antes lo hubiera hecho. En poco menos de una semana en la ciudad había aprendido a conocer a la gente.

Fotografió toda la mañana. Para recuerdo del viaje a La Plata, la pensión de doña Carmen, el sindicato, el café de enfrente, el hotelito, la pensión de los Lombardo y, por no estar del todo conforme con las fotografías que tenía, la casa de Almafuerte y el Palacio de Gobierno. Cuando ya volvía, se encontró con Laura y Lemonier que lo obligaron a almorzar con ellos.

–Hay que celebrar juntos la libertad del Viejito –dijo Laura–. Una libertad, una alegría que te debemos.

–Se la deben a Mascardi.

–Si no fuera por vos, Mascardi no mueve un dedo –dijo Lemonier.

–Habría que ver si no fue por Mascardi que lo metieron adentro –dijo Laura.

–Estoy seguro que no.

Almorzaron en el restaurante. Laura le dijo que probara la mostaza (“una pizca, nomás, en los bocados de carne”). Al principio mezquinaba, por desconfianza, pero pronto se aficionó. Lemonier le preguntó si extrañaba el pago.

–No sé qué decir –contestó.

–¿Por qué?

–Durante el día ni me acuerdo. No tengo tiempo, tal vez. En cambio, de noche me da por soñar.

–¿Con el pago?

–Con el pago. En el sueño estoy seguro de que nunca volveré. La tristeza me despierta. Me digo que a la mañana, no bien me levante, compro el boleto.

Aunque eran amigos nuevos no tuvo ninguna vergüenza de contar esas cosas. Con otros no hubiera hablado así. Laura y Lemonier eran personas que decían lo que pensaban y que pensaban libremente. Tal vez con ellos no estuviera siempre de acuerdo, pero los tenía por gente abierta a cualquier parecer, que no insistía con una opinión sobre cada tema. Hasta le preguntaron cómo le iba con las hermanas y cuál era más linda. Estaba a gusto con ellos.

–¿Cuándo te vas?

–No bien reciba la remesa por el trabajo.

–Entonces lo tenemos para siempre en La Plata –bromeó Lemonier, y agregó afectuosamente– . Mejor para nosotros.

–Me gustaría que nos viéramos antes de que te vayas –dijo Laura.

–Yo también –dijo Almanza.

–Vamos a vernos –afirmó Lemonier.

Laura agregó:

–Sin Mascardi.

XLIX

Cuando entró en la pensión, se encontró con la patrona, que le dijo:

–Soy adivina. Me vas a preguntar si llegó algo.

–No, señora. Quería el teléfono.

Se lo pasó doña Carmen, que pareció tener un estremecimiento, o encogerse de hombros. En todo caso, dio media vuelta, levantó el mentón y quedó con la cabeza erguida, mirando para otro lado.

Por primera vez Almanza llamó por teléfono en La Plata. Habló con Julia, para preguntarle si quería salir.

–El día está lindo. Vamos un rato al parque –dijo ella.

Minutos después pasaba a buscarla. Mientras caminaban entre el parque y el lago, comentó:

–Todavía quedan por fotografiar un vitral de la catedral y los animales antediluvianos del Museo.

Mirándolo con alguna tristeza, Julia dijo:

–El Museo está ahí.

–Ya lo sé. El día de la llegada fotografiamos el edificio. Mañana o pasado volvemos y fotografio adentro.

Se tiraron en el pasto, a la sombra. Decía bien Julia: era un lindísimo día de otoño. Si no fuera porque nada le gustaba tanto como dejarse estar al lado de la chica, hubiera sacado fotografías del parque. La variedad de colores de los árboles era extraordinaria. Sin embargo, no sentía remordimiento. Julia le bastaba, hablando o callando. En algún momento la conversación volvió al Museo y al vitral de la catedral. Almanza dijo:

–Nunca vi nada parecido al efecto de la luz a través de los colores de ese vidrio.

–Vamos a fotografiarlo –propuso Julia–. La catedral no queda lejos.

–Vamos mañana.

–¿Qué tal salieron las fotografías del día de la llegada?

–Traje las tuyas. –Le dio más de veinte fotografías. –Ojalá que te gusten.

–Nunca pensé que me hubieras sacado tantas. Cómo no van a gustarme. Sabés mirar. Sabés mostrar lo mejor de una cara. Qué pereza la furia que va a tener.

–¿Quién?

–Griselda. Puede ser que algún día me perdone nuestra acostada, pero estas fotos, nunca. Un poco de razón tiene. Son lindísimas. ¿Qué tal salió el Museo?

–Creo que pasablemente.

–Tiene que estar en el libro. El Museo es un símbolo de La Plata. Cuando yo no sabía nada de La Plata, sabía que tenía el Museo.

–Yo también. Siempre quise verlo. En la escuela me pusieron sobresaliente, el único de mi vida, cuando hablé de animales antediluvianos. Me costaba creer que ya no existieran. Después llegó una buena noticia: había uno en el sur, o en Brasil. Una esperanza a la que tuve que renunciar.

–Vamos, entremos.

–Vamos mañana.

–¿Cuando llegue el giro? El precio de la entrada son monedas. ¿O te parece que si yo pago, te mantengo?

–No es eso. No quiero agrandar las deudas.

–La entrada cuesta menos de un peso.

Julia las pagó, lo tomó de un brazo, lo llevó adentro.

L

Almanza caminó debajo del esqueleto de una ballena que colgaba del techo. Contó los pasos: más de treinta. Julia le preguntó si iba a fotografiar “esa preciosura”.

–No –contestó, después de leer la chapa explicativa–. A esta ballena la pescaron en el mar del sur. Voy a sacar únicamente a los animales antediluvianos.

–¿Son más lindos?

–No, pero dan que pensar. Se pregunta uno cómo habrán sido y cómo sería el mundo de entonces.

Fotografió el esqueleto de un plesiosauro. Julia dijo:

–En lo que decís trabaja la imaginación. No creo que sirva para eso la máquina fotográfica.

–¿Por qué? –preguntó Almanza.

–Un esqueleto se parece a otro. Todos te recuerdan la muerte.

–Puede ser.

–Caramba, te desanimo.

–Nunca me desanimás –contestó.

Salieron por el sendero que los trajo. Almanza pensaba: “Me gustaría seguir con ella. Qué desgracia que no vino el giro. Cualquier lugar donde llevarla cuesta plata”.

–Quería hablarte de mi padre.

–Si no lo mencionabas, ni me acordaba. Me está esperando.

–¿Mi padre?

–Me llamó esta mañana. Quería verme. Cuanto antes.

–No vayas.

–No puedo hacerle eso, después de tenerlo esperándome el santo día.

–Quiere usarte.

–Sea lo que sea, me comprometí.

–No dejes que te agarre. Soy la hija y lo quiero. Por algo te digo: cuidate.

–No tengas miedo. No me va a pasar nada. Yo creo que soy un hombre con suerte.

–¿No te da miedo decirlo?

–No, ¿por qué? ¿Vamos andando?

–Hago unas compras y voy. Llegás primero.

LI

Cuando Almanza entró en la pensión de los Lombardo, la patrona lo recibió con el comentario:

–Menos mal. Yo me decía: si no llega ¿quién lo aguanta al viejo?

–¿Está en la pieza?

–Como un león enjaulado.

Subió la escalera, no sin detenerse a mirar los vitrales. Eran tan lindos como en el sueño, pero tal vez menos que los otros, los que vio con Gladys. Qué raro: siempre fue partidario de las figuras y ahora prefería esos cuadraditos o losanges. Tal vez porque le recordaban el arlequín de una lámina que le gustó mucho, de un libro que tenía Gentile. Golpeó a la puerta.

–Adelante –dijo, desde adentro, don Juan.

Sentado en un sillón de hamaca, tendía una mano que retiró apenas tocó la de Almanza. Éste le dio las buenas tardes.

–¿Se puede saber qué estuviste haciendo hasta ahora?

El tono en que fueron dichas las palabras era de irritación y de cansancio.

–Primero, fotografías.

–Vaya, vaya.

Don Juan lo miraba bondadosamente y en su boca se entreveía una sonrisa de diversión.

–Trabajé bastante bien.

–¡Qué gran noticia!

–No puedo quejarme.

–Yo sí. Ayer te hago partícipe de un plan que me afecta en lo más hondo.

Hoy te digo que vengas ¡y vean la hora de llegar!

Una confusa, rápida situación ocurrió entonces. La puerta se abrió y apareció Julia. Se levantó don Juan del sillón, recogió un sobre que había sobre la mesa y lo guardó en un bolsillo. Julia tomó de un brazo a Almanza, le dio un beso, le dijo:

–No aflojes –y en voz más alta–. Ingrato, ¿cuándo te veo?

Don Juan lo tomó del otro brazo y lo condujo hasta la puerta.

–Bueno –exclamó–. No te retengo más.

Almanza balbuceó:

–Pero usted me dijo...

Interrumpió don Juan.

–No es molestia. Salgamos. Te acompaño unas cuadras. El que no se ventila, se entumece.

–Yo pensaba... –insistió Almanza.

Julia le sonreía. Don Juan le dijo:

–¿A quién le interesa lo que pensaste? Un mozo presumido. –Volvió a tomarlo del brazo y lo empujó hacia la escalera. –Por favor, salgamos.

Almanza logró decir:

–Créame, don Juan, no sé de qué habla.

–¿Nunca te dijeron que no eras avisado?

–Que yo recuerde, no.

–Tampoco has de recordar lo que te dije ayer. No quiero hablar delante de las muchachas. Te lo dije y te lo repito: no deben enterarse Julia y Griselda; son demasiado sensibles. Hasta capaces de ofuscarse y traer dificultades. Por ese motivo te saqué, para hablar a solas, de hombre a hombre.

–Hable, señor.

–Vamos a un café, a conversar, como gente que se respeta.

LII

De nuevo estaba Almanza por sentarse en la primera mesa libre, cuando le preguntó don Juan:

–¿Nadie te comparó con un caballo mañero?

–Yo no lo iba a permitir, señor.

–Bien contestado. Eso no quita que todo el tiempo endereces para donde no es. Me dirás que no lo haces adrede. De acuerdo, aunque al obrar así dejas ver tu desatención. ¿Y qué te he pedido, más de una vez, para contarte mis problemas? Tu atención por un miserable minuto. Ya lo sé: poner atención es el peor sacrificio que se puede pedir a hombres y bestias. Ahora, como queremos hablar sin que nos oigan, vamos a elegir una mesa alejada. ¿De acuerdo?

–De acuerdo.

–¿Qué van a tomar?

–Un vermouth con bitter y un café cortado –contestó don Juan–. Traiga también ingredientes: aceitunas, queso, maní, lo que tenga.

“Otro cortado tibio y ni la señora me salva”, pensó Almanza. Don Juan comentó:

–Se complicó la cosa. Todo siempre se complica.

–Lo lamento.

–No hay motivo. Precisamente porque se complicó, puedes resultar ganancioso. Pero ya me olvidaba. Traje algo para mostrarte.

Sacó de un bolsillo interior un sobre y, de éste, media docena de fotografías que esparció en la mesa: una criatura sobre un almohadón, probablemente de terciopelo, acordonado y con borlas; un escolar, de guardapolvo y mochila en la espalda; un niño teniendo del cabresto un caballo, rodeado de tres o cuatro perros ovejeros; el mismo niño a caballo; un adolescente, de bombachas, empuñando una larga horqueta, junto a un bañadero de ovejas; un hombre joven, de traje y corbata.

–¿Ventura?

–Ventura –contestó don Juan–, desde la primera infancia hasta poco antes de su partida. Si yo no lo quise, ¿por qué guardo este montón de fotos?

–¿Para quién el cortado? –preguntó el mozo.

–Para el señor –Almanza contestó sin apuro.

Don Juan pestañó, abrió los ojos, miró a Almanza, al cortado que le arrimaban y cuando pareció al borde de un ataque de apoplejía, sonrió con afabilidad, recogió las fotos y dijo:

–El joven aquí presente –señaló con un dedo a Almanza– ha cometido un error. Usted y yo, por esta vez, lo vamos a perdonar. ¿A quién se le ocurre que voy a pedir un cortado? Pedí vermouth con bitter. Llévase este brebaje, tenga la bondad, y tráigame el vermouth de siempre.

Innecesariamente aclaró Almanza:

–Los cortados a mí no me gustan.

–Ahora viene la yapa –dijo el viejo–. Una última foto, la más ¿cómo te diré? significativa. Una a todo color.

Trajeron el vermouth con bitter, bebió un trago don Juan y Almanza esperaba la foto que iban a mostrarle. “Por lo que me importa”, pensó, como quien se encoge de hombros. En ese momento don Juan la puso en la mesa, con el ademán del jugador que echa un triunfo.

–Soy yo –dijo Almanza–. Está fuera de foco, tengo los ojos cerrados, pero se ve a la legua que soy yo.

–Acertaste. Yo creí, lo confieso, que la ibas a tomar por otra de Ventura. Es claro que tu caso es muy especial. Un fotógrafo no mira las fotos como el resto de la gente.

–Sobre todo cuando es el fotografiado. Me la sacó la hija de su amigo, el funebrero.

–Mi amigo el funebrero, justamente, es el hombre que trajo la inquietud que vino a complicar las cosas; pero como mi joven amigo Almanza va a salir ganancioso, no nos quejemos. Eso sí, reconocerás francamente que para un tercero esta foto completa a la perfección la serie que te mostré.

–Usted lo dice.

–Convendrás, por lo menos, que se te puede confundir con mi hijo Ventura. Una persona de afuera, imparcial, piensa como yo.

–Su amigo, el funebrero.

–Dos contra uno.

–Está bien, señor. Además, tanto da.

Don Juan habló con tristeza y lentitud:

–De medio a medio te equivocas. Dejemos de lado el hecho de que tus palabras me lastiman. Se me fue un hijo y cuando apareciste pensé que tal vez lo recuperara; pero ¿a quién se le ocurre contar sus ilusiones a uno que no

entiende? Por si eso fuera poco, tus palabras perturban un plan cuidadosamente preparado.

–No fue mi intención.

–Pero lo conseguiste. De cualquier modo, habrá que seguir adelante.

¿Cuándo te vas a Las Flores?

–Calculo que dentro de dos o tres días.

–Nos queda el tiempo justo. Eso sí, no hay que dormirse. Antes de explicar nada voy a aconsejarte que no te dejes llevar por un primer impulso de rechazo. Te pido que te sobrepongas y le hagas caso a un viejo, que ha visto mucho.

–¿El viejo sería usted, señor?

–Exactamente.

–¿Y qué me está pidiendo?

–Que oigas con atención y me creas: la vida es una gran broma, sin ningún sentido. Claro que si enfermamos o caemos en la pobreza, la broma se vuelve aflicción. Quiero creer que ni a Griselda ni a Julia les desees calamidad semejante.

–Bueno fuera.

–Para la familia Lombardo la miseria está ahí nomás. Tratando de esquivarla he luchado, dentro de la ley, durante años. Ahora llegué a la conclusión de que por ese lado no hay esperanza.

–¿Y qué va a hacer?

–Por supuesto, seguir peleando.

–¿Dentro o fuera de la ley, señor?

–No importa si es afuera o adentro. Mi deber de padre exige que salve a Griselda y a Julia. ¿Cuento o no cuento con tu ayuda?

Tras un breve silencio dijo Almanza:

–Lo que usted prepara ¿es realmente una broma?

La furia brilló en los ojos del viejo. “Quién sabe qué me dice ahora”, pensó Almanza. Don Juan no dijo nada. Bastante pronto recuperó su aire de compostura y dignidad. Almanza pensó: “Cuesta desconfiar de un señor con esa cara”. Cuando volvió a mirarlo, le pareció “que estaba ahí, pero que se había retirado”. De pronto, como quien despierta, don Juan chistó al mozo.

–¿Cómo llaman a esto? –preguntó, señalando los ingredientes.

–Ingredientes, señor.

–¿No los llaman basuritas?

–Hay quien los llama así.

–Ustedes tienen que llamarlos basura. Lo que me trajo es una verdadera basura. ¿Cuánto debo?

Pagó. Para hablar con Almanza pasó al tono paternal.

–Te acompaño. Me vendrá bien estirar un poco las piernas.

En cuanto salieron del café, lo tomó de las solapas del saco y levantándolo un poco hacia él, le habló de tan cerca que sintió la respiración en la cara.

–Te confieso: en el estado de ánimo en que me hallo, no aguanto un rechazo. Por tu parte, cuando me oigas, a lo mejor ni siquiera sabes qué pensar y menos qué decir. Así que me oyes por favor sin abrir la boca. Esta vez lo pido en serio. Mañana por la mañana, con toda tranquilidad, me das el contesto.

–Lo estoy oyendo.

–Voy a hacer correr la noticia de que mi hijo, el hijo de mi corazón, el pobre Ventura, cruz diablo, ha fallecido.

–Le hablo francamente. Usted se va a meter en complicaciones.

–Me hago cargo y no te discuto. Voy más lejos: no pretendo mezclarle. La víctima de mi burla, o como quieras llamarla, es la compañía de seguros.

Nunca le sacaré lo que llevo pagado. He mentado el asunto porque es para bien de las chicas, que son tus amigas.

–Un paso en falso y también arrastra a las muchachas que trata de salvar.

–Por mi lado te digo que ya me estoy cansando. Creí que tus amigas Griselda y Julia te importaban. Qué golpe para ellas cuando venda Brandsen. Con un poco de buena voluntad lo evitamos. Basta que la compañía pague lo que me debe por la muerte del pobre Ventura.

–Le digo francamente, señor...

–Perdoname, pero estoy un poco harto. Qué se cree el muchachito, hablando francamente a don Juan Lombardo. Lo que hay que oír.

Antes que Almanza atinara a contestar algo, don Juan se alejó rápidamente y con marcada arrogancia.

Almanza prosiguió su camino. “Por cierto no me arrepiento de mi franqueza”, pensó con algún orgullo y entonces recordó a Julia. “Pobrecita”, se dijo. “Muy satisfecho de cumplir lo que prometí, sobre todo de haberme puesto firme y, a lo mejor, la dejó en la estacada. Qué barbaridad.”

LIII

En la puerta de la pensión no estaba, como de costumbre, la señora del inspector, sino la licenciada. Antes que Almanza hubiera preparado mentalmente la pregunta, recibió la contestación:

–¿Vuelve a molestar, con las fotos? Haga el favor de no insistir. Sé perfectamente lo que busca.

–Siento mucho –contestó.

Pasó de largo frente a la ventanita de la patrona, sin preguntar si había cartas para él y se metió en la pieza. Mascardi, que ya se iba, le dijo:

–¿Qué sucede? ¿Preocupado, triste? ¿La patrona te dijo que no llegó el giro?

–No pregunté.

–No preguntes. No llegó nada.

–¿Seguro?

–Seguro. Pregunté yo. Arriba el ánimo. Vamos a comer. Yo te invito.

–Ya te lo dije, Mascardi: no voy a un restaurante hasta que llegue el giro.

–Vas a morirte de hambre.

–Tengo deudas con todo el mundo.

–Con la patrona, conmigo y pare de contar.

–Con Laura y Lemonier también. A mediodía me convidaron. Me gustaría recibir un montón de dinero y convidar a todos a una gran comida.

–Te voy a mostrar el sitio ideal. Acompañame. No seas porfiado. Entre amigos no hay deudas.

Caminaron en dirección a la avenida 1, cruzaron las vías y, frente a la estación, entraron en la parrillada El Estribo: una suerte de rancho muy grande, con techo de dos aguas. Aunque descubrió que tenía hambre, Almanza comió con moderación: asado de tira, duro desde luego, y pan. Mascardi comió asado hasta cansarse, una enormidad de achuras, concluyó con dulce de membrillo y queso y bebió vino tinto. La comida los puso de excelente humor. Lloraron de risa cuando Almanza preguntó:

–¿Postre de vigilante? ¿No querías pasar desapercibido?

En el momento de pagar, Mascardi leyó en voz alta la cuenta y comentó:

–La mitad que en el restaurante. Si hubieras venido siempre acá, todavía tendrías plata.

Estuvo a punto de contestar “Vos me llevaste al restaurante”, pero pensó: “La comida fue buena, yo sería ingrato y Mascardi es un amigo, aunque hoy diga una cosa y mañana otra, con igual aplomo”. Dijo:

–Vamos andando.

Al llegar a la diagonal anunció Mascardi:

–Yo sigo por acá. Estoy sobre la hora de tomar servicio. El que trabaja en serio cumple horarios.

Almanza volvió a la pensión, algo cansado y con ganas de dormir. Ya había pasado frente a la ventanita cuando lo chistó doña Carmen. Con un pañuelo de colores en la cabeza, ojos que refulgían bordeados por líneas de rimel, labios de un rojo oscuro, no parecía una monja sino una gitana. O más bien, la adivina de una foto que le mostró Gentile.

–Llamó el funebrero Lo Pietro. Me pidió que te diga que a cualquier hora que vengas, vayas a verlo. Que se trata de algo importante. Te espera.

–Con el sueño que tengo...

–No le hagas caso. Primero está tu salud.

Almanza pensó: “Ya don Juan le contó que no pudo convencerme. Ahora va a probar él”. Dijo:

–Si me está esperando, voy.

Pensó: “Y le digo cuanto antes que no”. Se lamentó doña Carmen:

–Vas a volver tardísimo.

–Voy y vuelvo –afirmó Almanza.

Empujó confiadamente la puerta de La Moderna, que no cedió. Tuvo ganas de postergar la visita para mejor ocasión, pero se dijo que no tardarían en llamarlo y que debería costearse de nuevo. Apretó el timbre. Poco después, una voz infantil, que reconoció como de Carlota, la hija de Lo Pietro, preguntó desde adentro:

–¿Qué desea?

–Su padre me llamó. ¿Se acuerda de mí? Soy el fotógrafo, su colega.

La chica abrió y lo hizo pasar.

–Papá salió. Lo llamaron de casa de un cliente.

–Vuelvo mañana.

–Por favor, pase al salón. Papá no puede tardar. Voy a preguntar al Mono si dejó algo dicho.

En cuanto entró en el salón, oyó una musiquita, por momentos animosa, por momentos sentimental. Encontró el lugar muy cambiado. “Acá está la columna, con la famosa planta, de que habló Lo Pietro”, se dijo. “Acá, las fotografías.” En la pared del fondo colgaban dos fotografías en sepia; una a la izquierda del escritorio, otra a la derecha; las dos alargadas. La primera mostraba un cortejo de coches coupés, encabezado por un enorme coche fúnebre, tirado por cuatro caballos negros; delante de los caballos había un grupo de señores, de bigote y levita; la foto de la derecha, sin duda más reciente, mostraba un cortejo de grandes automóviles, encabezado por un furgón; delante del furgón había un grupo de señores correctamente vestidos, entre los que descubrió a un muchacho que se parecía bastante al señor Lo Pietro. “El señor Lo Pietro cuando joven”, pensó. También pensó que por suerte se le había pasado el sueño, porque a lo mejor iban a tenerlo mirando esas fotos y oyendo esa musiquita hasta quién sabe cuándo. Examinó la columna de porcelana, de un azul oscuro que le gustó mucho, y después el

biombo de espejos. Aunque no eran pocos los ataúdes en el salón, reflejados en los espejos del biombo parecían más. Un poco fuera de foco, eso sí. Movi6 la cara frente a uno de los espejos y not6 moment6neas deformaciones, como si la superficie del vidrio fuera ondulada. “Se ve que son antiguos. No se comparan con los de ahora”, se dijo. Estaba ocupado en tales consideraciones cuando le pareci6 ver otra cara. Por un instante crey6 que era la propia, que se multiplicaba como los ataúdes. Luego not6 que la otra estaba un poco m6s atr6s y que era la del empleado de la cocher6a, el de traje de etique y traza de mono. Parec6a inm6vil, agazapado, pero avanzaba lentamente. El individuo se acercaba muy despacio, con una mano en alto, empuñando una jeringa de larga aguja, a lo mejor resuelto a vacunarlo. Almanza golpe6 esa mano, de abajo para arriba. Se le abalanz6 el otro. Lo esquiv6, haci6ndose a un lado, lo empuj6. Encima del hombre cay6 el biombo, que se rompi6 en pedazos, con mucho estr6pito y muchos reflejos. En el apuro por salir antes que se levantara el ca6do o apareciera Lo Pietro y descubriera el biombo roto, se golpe6 la frente contra el borde de un ataúd. “Por suerte no es nada”, se dijo. Cruz6 dos puertas y sali6 a la calle. No oír la musiquita, estar afuera, ver a Julia fueron sucesivas alegr6as.

–¿Qu6 te pas6?

Almanza refiri6 los hechos.

–Te dije que no te dejes agarrar.

–Por tu padre.

–Lo Pietro es el compinche malo.

–¿C6mo supiste que ven6a?

–Quise hablarte, para ver c6mo te hab6a ido con mi padre, y la patrona me dijo que te llam6 Lo Pietro. Not6, en la voz, que estaba preocupada. Las mujeres somos locas.

Antes que pudiera protestar, Julia paró un taxímetro.

–Me he golpeado la cabeza, pero no las piernas.

–¿Te duele mucho?

–Nada.

En realidad estaba un poco débil; mareado quizá. Julia ordenó al taxista que los llevara a una farmacia. Preguntó:

–¿Hay alguna de turno, por el barrio?

Almanza pensó: “Todo se me da en pares”.

–¿Qué te pasa? –preguntó Julia–. Parecés preocupado.

Bajaron frente a la farmacia, en 22 y 63. Julia pagó en seguida. Almanza dijo:

–No puede ser que siempre pagues.

–Nos queda la posibilidad de ir presos.

–¿Qué le pasó a su marido, señora? –preguntó el farmacéutico, un viejo de anteojos, que los trató paternalmente–. ¿Se llevó por delante una pared? A ver, tráigame acá esa herida. Más a la luz, que mis ojos ya no ven...

Julia preguntó si la herida era profunda.

–Una herida superficial y un buen hematoma –contestó el farmacéutico, y siguió curando y explicando–. Limpiamos, desinfectamos. Como ya no sangra, la dejamos al aire, para que se ventile. Es lo mejor. Mañana, señora, cuando se levantan, me la desinfecta. Usted vio cómo lo hice.

Le dio un frasquito, con un líquido colorado, y les cobró unos pocos pesos. Al salir, Julia dijo por lo bajo a Almanza:

–Después arreglamos.

–Justamente quería decirte que volvamos a pie. No me llegó la paga.

–Pobrecito. Estás sin un peso y yo te obligo a pasearme en taxi.

–El giro tiene que llegar de un momento a otro. Mañana arreglamos.

–Entre marido y mujer, eso no importa. ¿O no oíste que el farmacéutico nos casó? Me tocó un marido pobre, pero estoy conforme. ¿Tendrás fuerza para caminar hasta la pensión?

Dijo que sí pensando en otra cosa. Pensando en que no le había disgustado que el farmacéutico los creyera marido y mujer. Al parecer, a Julia tampoco. La tomó de la mano y se dijo: “Es Julia”, lo que significaba: “Es Julia la que siempre quise”. Por fin lo sabía. O tal vez lo supo desde el primer momento.

Aunque estaba cansado, de buena gana se hubiera avenido a que ese trayecto no terminara nunca. De pronto oyó con sobresalto que Julia decía:

–Mirá quién nos espera. Se acabó nuestro matrimonio.

LV

En la puerta la patrona levantaba los brazos en alto y exclamaba:

–¡Ay, Jesús, María y José! ¿Qué le hicieron a mi muchachito? Voy a curarlo.

Rápidamente aclaró que lo habían curado, se despidió de Julia, pasó adentro y ya en la pieza quedó inmóvil, oyendo el clamoreo de las mujeres. Cerró con llave. Le había llegado el sueño, con toda la fuerza. Mascardi preguntó:

–¿Qué sucedió, hermano? ¿Una de tus amiguitas te corneó?

–Es para matarse de risa. Me llevé un cajón por delante. Un cajón de muertos. Antes que preguntes dónde, te digo: en la cochería.

–Explicame un poco. ¿Por qué fuiste allá?

–Porque el señor Lo Pietro llamó por teléfono y pidió que fuera.

–¿Una trampa?

–Así parece.

–No es para matarse de risa.

–Vas a ver. En la cochería me recibe la hija, Carlota de nombre. Me dice que su padre salió, pero vuelve pronto. Quedo esperando entre cajones lo más tranquilo, y de golpe descubro, por un espejo, que un sujeto que tienen allá, apodado el Mono, se me viene encima, con una aguja de vacunar en la mano. Cuando me embiste, lo esquivo, lo empujo, se va al suelo y se tira encima un biombo de espejos.

–¿De espejos?

–Como oíste.

–Es para no creer.

–Como a mi contrario le tocó la peor parte, emprendo la retirada y lo hago con tal mala suerte que me llevo por delante un cajón.

–Cruz diablo. Yo te previne de no hacer migas con esa morralla.

–Ahora me voy a dormir. No sé por qué, estoy bastante cansado.

–¿Dejo que te duermas? ¿Te vas a despertar mañana? Prometeme que no te vas a morir.

LVI

Soñaba muy a gusto. Don Juan le decía: “No vayas a creer que me regalaste tus miserables veintidós pesos con treinta centavos. Fue un adelanto, que ahora vamos a multiplicar”. Jugaron al truco, don Juan y él, contra dos parroquianos del café. Ganaron ciento setenta y seis pesos. Don Juan le daba la mitad y decía: “Las cuentas claras conservan la amistad”. Él pensaba: “Claros, pero no justas”, cuando oyó las palabras:

–Entre, señor.

Reconoció la voz.

–Entre –repetía Mascardi–. Vea con sus propios ojos cómo duerme un grandísimo dormilón.

Con alguna contrariedad comprendió que Mascardi, sin darle tiempo de recobrase, le metía un extraño en la pieza. Cuando descubrió que ese extraño era don Juan, pensó: “No entiendo nada”. Mascardi le dijo:

–Don Juan se ha costeado personalmente hasta acá para darte una explicación. Una fineza fuera de lo común. ¿Te cuento cómo lo recibiste?
Roncando.

Don Juan y Mascardi rieron.

–Quería dejar sentado –explicó don Juan–, perfectamente sentado, que no tuve parte alguna en la tropelía de Lo Pietro y su Mono. Hoy mismo voy a constituirme en el local de 19 y 64, para afear a esos caballeros su incalificable proceder.

Mascardi observó:

–Si yo fuera usted, no me metería en la boca del lobo.

–Lo Pietro no me asusta –dijo don Juan–. Ya veremos cuál es más hombre.

–Uno contra dos –reflexivamente observó Mascardi.

Se dijo Almanza que alguna otra vez, no recordaba cuándo, oyó algo parecido con relación al funebrero.

–¿Se puede saber por qué uno contra dos? –preguntó don Juan.

–Porque a más de Lo Pietro, está el Mono. Un verdadero gorila.

–Si lo sabré –comentó Almanza.

–Lo acompaño, cuando usted mande —dijo Mascardi.

–Valoro y agradezco el ofrecimiento, pero este asunto me incumbe a mí solo. Pensar que alguna vez contemplé seriamente la posibilidad de asociarme con Lo Pietro.

“No hace mucho”, pensó Almanza.

–Un trompeta de la peor especie –dijo don Juan.

–Por mi parte voy a proponer un plan más simple –dijo Mascardi–. Punto primero: convencer al amigo Almanza, aquí presente.

–¿De qué vas a convencerme?

–De presentar la correspondiente denuncia. El resto queda en mis manos.

Almanza dijo:

–No me preguntes por qué, pero no me gusta presentar denuncias.

–Lo mejor es no meterse, ¿verdad? Para que veas, en la Escuela de Policía nos enseñan que esa actitud es propia del más negro egoísmo individualista.

–El plan Mascardi nos parece justo –sentenció don Juan–. Al bribón le da su castigo.

–Para que no levante cabeza. Quién lo para, si no.

–Estoy en un todo de acuerdo –afirmó don Juan–. Del ataque a nuestro amigo en la cochería saqué una valiosa lección. Por ningún concepto debe un hombre mezclarse con sabandijas.

–Evidente –dijo Mascardi.

–Tan evidente que en cierto modo comprendo la reacción de nuestro joven fotógrafo. Lo que él quiere es no tener nada que ver con Lo Pietro.

–Presenta la denuncia y se acabó.

–No voy a presentarla.

–Ya lo dijiste.

–Les ruego, porque soy un viejo, que me hagan el obsequio de no discutir. Los dos tienen plena razón y me apresuro a reconocerlo. Mascardi, cuando quiere parar en seco a los bribones. Almanza, cuando no quiere nada que ver con ellos, ni siquiera a través de una denuncia.

–Presenta la denuncia y se acabó.

De nuevo don Juan sacudió gravemente la cabeza y dijo:

–Permítame, amigo Mascardi. Usted y yo sabemos de memoria que, presentada la denuncia, nada se acabó. Todo empezó, más bien. Sin contar con que el mal bicho, para defenderse, va a salpicar a medio mundo con sus calumnias. Puestos de acuerdo sobre este punto, me siento fortificado. Sé que encontraré la vuelta para salvar el campo de Brandsen, dentro de lo puntillosamente correcto y legal. Son ustedes testigos.

–¿De qué? –preguntó Mascardi.

–De que don Juan Lombardo se propone legar a sus hijas, no sólo una fracción de campo, sino también un nombre sin desdoro. Lo digo bien alto: sin desdoro. Pero ustedes son gente ocupada. No los entretengo más.

Se inclinó y se fue.

Almanza dijo a Mascardi.

–Por favor, alcanzalo antes que se vaya y dale el sobre grande que está ahí, en la mesa.

Cuando volvió, Mascardi le dijo:

–El viejo no vino a darte las gracias para no molestar más. Dijo que te iba a preguntar si podrían agrandarle una foto. Quiere encuadrarla y colgarla en la pared, detrás de su propio sillón, en el escritorio.

–¿Tendrá escritorio?

–¿Por qué no? En su casa, en el campo. –Tras una pausa agregó: –No me parece que don Juan es un hombre que fanfarronea.

Minutos después golpearon a la puerta.

–Permiso –dijo la patrona–. Quería saber cómo estaba.

–Perfectamente, señora.

–Una buena nueva. Yo traigo otra. Nuestro amigo está de racha. Hoy llegó la tan esperada carta de Las Flores. Parece increíble.

Se retiró después de entregar el sobre. Almanza lo abrió, sacó dos giros y una carta, que leyó. Gabarret le ponderaba el trabajo y le pedía que en las mismas condiciones viajara a Tandil, donde debía pasar una semana y fotografiar la ciudad y los habitantes, para el segundo libro de la colección Ciudades de la Provincia de Buenos Aires.

–Qué raro. Manda dos giros. Uno por el primer pago de la semana en Tandil. Otro por el doble de lo que me debía por las fotografías de La Plata.

–Te premia. Mejor dicho, te obliga, o quiere obligarte, a que aceptes lo que te propone. Estos potentados fuerzan la mano para salir con la suya.

Almanza contestó que eso no le importaba. Lo importante era que hubiera llegado el giro, que hubieran aprobado el trabajo y que le pidieran una nueva serie de fotos. Agregó:

–Para decir toda la verdad, me alegro que haya mandado más plata... A lo mejor podemos llevar adelante el proyecto de la cena de amigos y conocidos. Para que se vean las caras y se amiguen. Como te pasó con don Juan.

–¿No sería mejor dar el sobrante a don Juan, como préstamo?

–No creo que le sirva de mucho.

–Es verdad. Una miserable propina. Mejor la gran cena.

–Creo que sí.

–Toda la vida. En la parrillada que te hice conocer.

–De acuerdo. Explicame, un poco, por favor, qué pasó para que te amigaras con don Juan.

–Conversamos mientras dormías a pata suelta. Es un señor a la antigua, de esos que ya no se fabrican. Cien por cien derecho.

–Me dijiste una vez que tu oficio era desconfiar.

–Exactamente, pero si tengo una corazonada no me equivoco. Hay muchos que no saben qué es una corazonada. Yo sé. Es algo que nunca te dice una cosa por otra. ¿Cuándo te vas a Tandil?

–Lo voy a saber dentro de un rato. Ahora me largo a la terminal.

–En todo caso, el viaje ¿no será antes de la cena que planeamos?

–Así lo espero.

LVIII

En la boletería, el empleado le dijo:

–Estás en tu día, pibe.

Reflexionó: “Así parece”, y no tomó a mal que lo tuteara. Últimamente muchos desconocidos lo hacían.

–¿Por qué?

–Hay un lugar en el coche que sale a las veinte y veinticinco para Tandil.

–¿Hoy a la noche? Prefiero viajar mañana o pasado.

El empleado dijo:

–¡El siguiente! –como si hablara por encima de su cabeza, con el que lo seguía en la fila; pero no había fila ni había nadie.

–¿Qué pasa, boletero? No le he faltado, que yo sepa.

–¿Para qué hablar? No te conviene el coche de hoy a las veinte y veinticinco. Perfecto. Después no hay nada y, para las veinticuatro, se anuncia una huelga.

Pensó un poco y dijo:

–Deme ese boleto, por favor.

En camino a la pensión, reflexionó: “Qué raro. Ahora que sé que me voy, todo me parece un poco distinto. Las casas, la luz”. Cruzaba frente al hotel La Pérgola y se dijo: “Todo parece más triste. Quizá porque pienso que lo veo por última vez. Qué vergüenza. Uno creería que me engaño a propósito. No es por los lugares la gran tristeza de irme. Es por Julia”. Entró en la pensión, recogió la cámara y al salir dijo a doña Carmen:

–Si llama el señor Mascardi le pregunta dónde puedo encontrarlo, porque salgo a las veinte y veinticinco horas para Tandil.

La señora quedó mirándolo, inexpresivamente. Después preguntó:

–¿Es la manera de anunciarle a una que te vas?

–Yo acabo de saberlo. Quería viajar mañana o pasado, pero a media noche, según parece, empieza una huelga.

–El señor tenía planes y los callaba.

–No fue a propósito.

–No importa.

–Si llama la señorita Julia...

–La señorita Julia, o la señorita Elsa, o la señora Butterfly.

–Ahora sí que no comprendo.

–Eso es lo más triste. ¿Me pedías?

–Que si llama la señorita Julia le diga lo mismo. Y usted, por favor, me prepara la cuenta de lo que debo. Voy a pasar por acá a eso de la una, para ver si llamó alguien.

–Siempre dije que el hombre es el bicho que no se entera de lo que siente la mujer.

LIX

Por la calle 4 llegó a 73 y, por ésta, siguió hasta la plaza Moreno. En la catedral buscó un vitral de pequeños losanges de colores, que era el que más le gustaba; graduó la cámara en 30 de velocidad y 2,8 de abertura, y sacó cinco o seis fotografías. “Qué suerte”, pensó, “que hoy no me siga esa vocecita de cuis. Trabajo con otra calma”. Era increíble: la vocecita salía de la boca cerrada o de la barriga de Gladys. “¿Cómo hará para hablar así?” Vagamente atribuyó el hecho a la ignorancia, aunque estaba seguro de que en todas las cosas, menos la fotografía, Gladys sabía más que él. Fotografió de nuevo el vitral, con el foco en cada uno de las tres aberturas inmediatas.

En 52 le pareció ver a Julia, de lejos, de espaldas, entre la gente que se disponía a cruzar la avenida 7. Corrió hacia ella, para descubrir, cuando estuvo a su lado, que era una desconocida. “Con tal que no sea un mal signo”, se dijo y después: “¿Por qué tengo este pensamiento, si nunca creí en cábulas? Con tal que no me vaya sin verla”.

En el restaurante preguntó por Mascardi. El patrón le contestó:

—No se deja ver por acá.

Pensó: “Qué problema si no lo encuentro”. Caminó rápidamente, rumbo a la estación. Cruzó las vías, entró en la parrillada. Desde la puerta vio a Mascardi, en una mesa del fondo.

—Te busqué en el restaurante.

—Francamente uno se aburre de ver siempre las mismas caras. Además, ¿para qué mantener a esos ladrones, cuando otros iguales te dan la comida por mitad de precio? Hoy no te hago compañía, hermano, porque se me hace tarde.

–No almuerzo. Ando con el tiempo justo.

–¿Vamos yendo, entonces?

–Vamos yendo. Quiero pasar por la pensión.

–Te acompaño. ¿Vos también estás apurado?

–Salgo para Tandil, a las ocho y media.

–Es verdad, ibas a la terminal. ¿Dijiste que te vas hoy, a las ocho y media?

Una barbaridad, una grandísima barbaridad, si no presentás la denuncia. Te toma media hora.

–No puedo.

–Te pido que me escuches bien: esa gente trató de dormirte, no sabemos con qué propósito, o de matarte. ¿Está claro?

–Te dije que no iba a presentar la denuncia.

–Tampoco estoy de acuerdo en que te vayas con ese apuro. Como el que se escapa. ¿Oíste? Como el que está muerto de miedo.

–No estoy muerto de miedo. Lo que piense Lo Pietro no me importa.

–¿Y lo que piensen las muchachas? No van a quedar muy contentas.

LX

Llegaron a la pensión. Pidió a Mascardi que lo esperara un momento.

–Le pago a la patrona y vemos cuánto te dejo para la cena.

–No te entretengas. Estoy apurado.

–Yo también.

Tenía apuro por buscar a Julia.

Golpeó en la ventanilla. La patrona se asomó, sonrió, entornó los ojos.

–Entre –dijo mientras abría la puerta. Las fotografías de doña Carmen, desde la mesa, la repisa, el espejo, adornaban la habitación.

–¿Llamó alguien?

–Nadie.

Ahora la señora parecía cansada. Preguntó Almanza:

–¿Me dice lo que le debo?

–Cuando es malo, es malo. Yo te pregunto cuánto debo por esos prodigios – con un ademán indicó las fotografías–. ¡Nunca pensé que era tan hermosa! Le digo la verdad, señor Almanza, usted es un artista.

Hubo un silencio. “Es muy capaz de no cobrarme. ¿Qué hago entonces?”, pensaba, cuando entre remilgos y lamentos la señora le alargó un papel donde estaba debidamente anotada su deuda, día por día, con el total subrayado, al pie. Después de pagar, preguntó si podía dejar la valija en la pieza de Mascardi y buscarla a eso de las ocho.

–Qué maldad. Sabes perfectamente que estás en tu casa y que si ahora me decís “Me quedo”, no te cobro la habitación.

Dijo que estaba agradecido, que se quedaría con gusto, pero que le habían encargado un trabajo en Tandil. Volvió a la pieza. Tomó la valija, la abrió sobre la cama y preguntó a Mascardi:

–¿Cuánto te debo?

–Qué manía con las cuentas. Ya es una enfermedad. Para mí, que la agarraste en el mostrador, junto a Gentile.

–¿Te gusta que no te paguen?

–A nadie le gusta, pero entre nosotros no es lo mismo. Somos amigos, me parece.

La porfía siguió un rato. Después Mascardi sacó del bolsillo un papel donde había anotado, día por día, la deuda de Almanza. “Por fin”, se dijo éste.

Empezaba a sentir que se le iba el tiempo y que no hacía nada por ver a Julia. Sobre la mesa repartió el dinero, en dos montoncitos.

–Esto es lo que te debo. Esto, para pagar la cena.

–Sobra. Es una barbaridad que no la presidas. ¿Qué les digo?

–Que a último momento tuve que irme.

–¿Y si los invito para hoy a las ocho? Por lo menos habría tiempo de que te asomes unos minutos, para despedirte. ¿A quién invito?

–A todos. A los Lombardo, a Gruter, a Gladys, a la propia doña Carmen, a Lemonier, a Laura.

–¿También a esos dos?

–También.

–No creo que vayan, si yo los invito. No me perdonan. Te juro que saben que no denuncié a Lemonier. Me odian porque pertenezco a la repartición. Si no fuera de la policía, yo no hubiera dicho ni media palabra y a lo mejor el charlatán ése todavía estaba adentro.

–De cualquier modo hay que invitarlos.

–De acuerdo; pero si no van, que se embromen. En cambio me remuerde la conciencia por no haberte obligado a denunciar a Lo Pietro y al Mono. Todavía esos dos van a presentar una denuncia en tu contra. Yo siempre digo: hay que ganar de mano. Pero no te preocupes. Si la presentan, pobre de ellos.

LXI

Mientras caminaba rápidamente y en algunos tramos corría, se acordaba de una situación de sueño: estar apurado y caminar despacio, con piernas

cansadas, que pesan mucho. Lo cierto es que ese día todas las cosas le llevaban demasiado tiempo; más que nada, las conversaciones y las discusiones. Recordó un dicho de su padrino: “No hay que apurarse. La vida, por corta que sea, da tiempo para todo”, y también recordó el vaticinio de Gentile: “En la capital de la provincia va a encontrar novedades”. Una de las novedades tal vez fuera este apuro extraordinario, que no se limitaba a las corridas, ya que también lo sentía en la cabeza, como una fiebre. Se preguntó: “¿Será esto la famosa vida acelerada de la gran ciudad?”. Lo nuevo para él, recapacitó, lo que hacía la diferencia, no era tanto la ciudad como Julia. Sin agrandar nada, diciendo lo que es, admitía que no había conocido nada igual. Le llenaba la vida. Acostumbrarse a vivir sin verla no iba a ser fácil.

En la pensión de los Lombardo, la patrona dijo que la señorita había salido, pero que la señora Griselda y don Juan estaban arriba.

–Si quiere saludarlos, pase.

–No, gracias. Ando con el tiempo justo. ¿No se le ocurre dónde puedo encontrar a la señorita?

–Francamente, no –contestó la patrona y, después de una pausa, agregó, como si hablara consigo misma–. Sin embargo, yo me daría una vuelta por el parque. La señorita dijo que le gustaba ir allá.

Salió con la esperanza renovada. “A mí también me gusta, desde que estuve con ella.” Habían hablado mucho, pero cuánto les quedaba por decirse. Era un día templado, de luz brillante. “Mejor para pasarlo juntos que para fotografiar”, observó. La imaginó sentada en un banco verde, con un fondo de árboles.

Confiado en su buena suerte, se internó en el bosque, dispuesto a encontrarla. Tan afanosamente la buscaba, que no sacó una sola fotografía. El bosque era grande. Caminó y caminó, hasta perder la noción del tiempo (lo

que nunca le había pasado). Al término de esa excursión larguísima, se encontró en el punto de partida, en el sendero entre el Museo y el jardín Zoológico. Se dejó caer en un banco, a la sombra. Sintió frío. O tristeza nomás. Recapacitó: “Si viene, de acá la veo. Ya no va a venir”. Tendría que buscarla por la ciudad. Pero ¿por dónde empezar? El tiempo, que les faltó para establecer costumbres (como la de ir a un café, donde ahora podría esperarla) les alcanzó para quererse. La semana fue corta, se vieron poco y las horas de ese día, que reservaba para Julia, se le iban rápidamente. Recordó, uno a uno, los momentos que pasaron juntos. De quererla y del amor de Julia estaba seguro, pero no de que ella supiera que él también la quería. “Yo tengo la culpa”, se dijo y argumentó que si Julia lo hubiera seguido de lejos (precisó: “con un tele”) a lo largo de buena parte de su última tarde en La Plata, pensaría que ella no le importaba. ¿Por qué no la buscó inmediatamente de tomar el boleto para Tandil? Lo primero que hizo fue arreglar cuentas con la patrona y con Mascardi. Como si creyera que eso era la parte seria de la vida y que las mujeres, cualquier mujer, la misma Julia, venían después. Obró como si hubiera estado dormido. Del rato en que fotografió los vitrales no tenía que arrepentirse. Cumplía su trabajo. Ahora debía probarle que, a pesar de lo que indicara su comportamiento, la quería en serio. Comprendió que sólo había dos maneras. Quedarse en La Plata o pedirle que se fuera con él.

Eran casi las siete y veinte. Corrió a la pensión de los Lombardo. En cuanto lo vio, la patrona le preguntó si la había encontrado. Contestó que no. Ella dijo:

–Hará cosa de minutos que se fueron para la cena. Pensé que usted estaría allá. Daba gusto verlos: la señora Griselda, tan elegante, el señor, paquetísimo.

–¿Y Julia?

–La señorita Julia no volvió en todo el día. Pensé que ustedes se habían encontrado.

Se dijo que no iba a olvidar esa frase.

La patrona se apartó apenas de su tono indiferente, para asegurar:

–Si camina ligero los alcanza.

Caminó ligero, no para alcanzarlos, para pasar por la otra pensión, por si Julia había dejado un mensaje o, mejor todavía, si estaba esperándolo.

No había nadie en la puerta ni en la sala. Fue a su pieza. En seguida notó que le faltaba la valija. Se dijo: “Menos mal que no dejé la cámara”. Cerró la puerta con llave y golpeó en la ventanita. Del cuarto de doña Carmen salió la licenciada.

–¿Ahora qué se le ofrece? –preguntó.

–Quería saber si estaba doña Carmen.

–¿No se acuerda que la invitó a cenar?

–Me acuerdo. Pudo no ir.

–A mí no me invitó.

–¿Hubiera aceptado?

–Cómo se le ocurre.

–¿Entonces?

–¿Es todo?

–¿Llamó alguien para mí?

–¿Por quién me toma? No estoy para servirlo.

Le admiraba que esa mujer, con su aire de paisanita dulce, fuera tan brava. Debió contenerse para no preguntar si estaba segura de que la señorita Julia no había llamado, pero comprendió que era inútil.

Salió, apuró el paso, muy pronto llegó a la parrillada El Estribo. Entró en el salón, se detuvo cerca de la puerta, detrás de gente que esperaba una mesa libre. Pudo ver, en el fondo, a sus invitados: animosos, contentos unos con otros y con el agasajo. Don Juan explicaba quién sabe qué a doña Carmen y a Gruter, mientras Mascardi reía con Griselda y con Gladys. En cuanto al Viejito y Laura, acertó Mascardi: no estaban. Al descubrir que tampoco estaba Julia sintió que le latía el corazón. “Ahora qué voy a hacer entre esa gente.”

Retrocedió, salió a la calle. Por un instante creyó que Julia se había enojado. “Eso explica todo: por qué no la encontré hoy, por qué no vino.” Recapacitó y murmuró como si discutiera con alguien: “Es no conocerla”. Hablaba solo mientras caminaba. “Nunca me conformaré si no la veo.” Había tardado en comprender cuánto le importaba y, más todavía, cuánto iba a extrañarla y qué pronto. Estaba diciéndose: “Me da miedo pensar que mañana no podré verla y que todos los días siguientes serán iguales”, cuando entró en la terminal y vio a Julia.

LXIII

Abriéndose paso entre grupos de gente llegó a su lado. Vio la sorpresa y la alegría en la cara de Julia.

–Creí que no te encontraba –dijo Almanza.

–Por fin llegaste –dijo ella.

Se demoraron en recíprocas y apresuradas explicaciones.

–Llamé a la pensión. Me dieron la noticia y me dijeron que estaba invitada a cenar en El Estribo.

–Te busqué por todas partes.

–Yo por todas partes busqué esto. –Mostró un paquete, largo y angosto. –No vale nada. Quería traértelo. Ojalá fuera algo mejor.

Rompió el papel, abrió la caja y sacó un tubo de cartón, con líneas de colores, en espiral.

–Parece un anteojito de larga vista.

–Es un caleidoscopio. Quizá te recuerde los vitrales.

Miró y dijo:

–No se cansa uno de mirar.

–Te traje tu valija.

Mascardi la había llevado al Estribo, pensando que así lo obligaba a pasar por allá. Como Almanza no llegaba, se disponía a llevársela al ómnibus, cuando supo que Julia iba y le dijo: “No pesa mucho. Le va a gustar más que se la lleves vos”.

Anunciaron la salida para Balcarce, Tandil y Azul.

–Mejor que subas.

Obedeció. Golpeando el vidrio, porque no conseguía abrir la ventanilla, empezó a gritarle:

–Quería decirte...

Julia se tapaba la cara, para que no la viera llorar, y le decía algo, que no oyó.